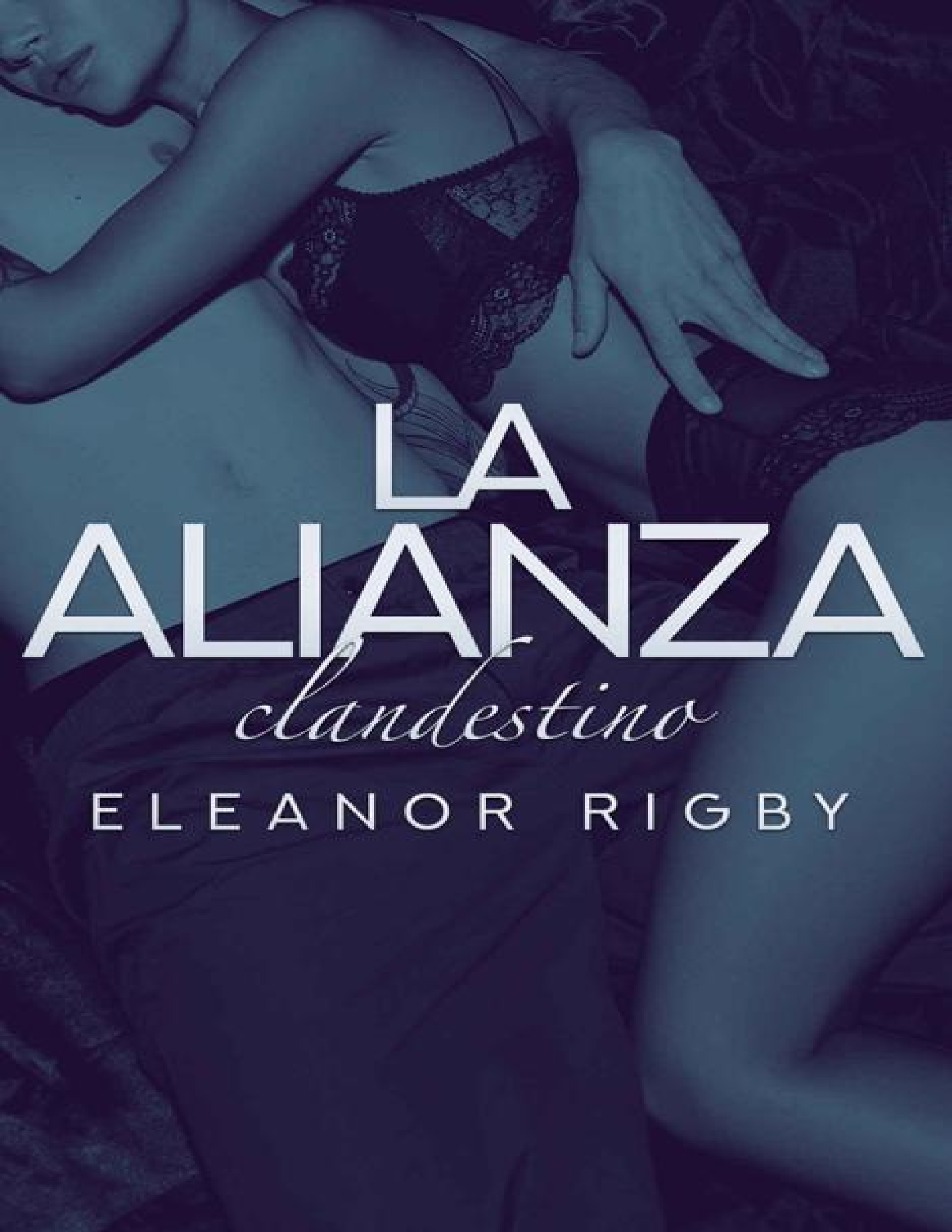




LA ALIANZA

clandestino

ELEANOR RIGBY

LA ALIANZA

Clandestino 7

ELEANOR RIGBY

© 2024, Eleanor Rigby

Título: *CLANDESTINO: Esta noche seré tuyo*

Primera edición: noviembre de 2024

Sello: *Independently published*

Diseño de portada: H. Kramer

Maquetación: Elena Salvador

Imagen: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1

Siempre se acordaba de Yeva al admirar la luna. Sobre todo conforme el verano se iba acercando y los días empezaban a hacerse más largos. Era entonces cuando el cielo clareaba antes de que al satélite le hubiera dado tiempo a desvanecerse y parecía que el sol fuera a coincidir con él en tiempo y espacio.

Consciente del acto perverso que había tenido lugar aquella noche, la luna se resistía a despedirse de él y desaparecer por fin. Lo miraba desde arriba, camuflada entre la bruma de la madrugada, pero no con afán de reproche, sino para ofrecerle su compañía a sabiendas de que en su brillo plateado, en su magnanimidad, descansaban los vestigios de su conexión con la pequeña.

Se auguraba una cálida mañana de primavera, tan diferente de las que vio Yeva.

Y, aun así, la luna era la misma.

Eso la hacía cómplice de los recuerdos que se habían perdido.

En el fondo, Sacha se alegraba de que las estaciones no hubieran vuelto a ser las mismas que en Ucrania, país que no volvió a pisar desde que supo de la desaparición de la criatura. En China, las flores brotaban con más color que en su tierra natal y había días que la contaminación impedía ver las montañas; en Texas hacía un calor abrasador que no se sufría en casa; en Washington, el frío era mucho menos penetrante.

Sacha no había presenciado en ninguna otra parte el delicado proceso de descomposición de la escarcha que Yeva solía admirar a través de la ventana las mañanas que le tocaba madrugar. Aún soñolienta, daba mordiscos distraídos a su desayuno cada vez que se percataba de que todavía lo tenía en la mano. Estaba tan sumida en la contemplación del jardín trasero, cubierto por una gruesa capa de nieve, que no era consciente de que su padre la observaba sobrecogido por el milagro humano que tenía enfrente.

Sacha tardó en acordarse de que estaba fumando. Se acercó el cigarrillo a los labios y dio una larga calada.

Había descubierto que se podía subir a la cochambrosa techumbre del motel. Allí se había dirigido como un autómata nada más finiquitar a Donald para admirar las primeras luces del alba.

Después de lavarse las manos minuciosamente, por supuesto. La mezcla de jabón y lejía se las había dejado acartonadas, pero aún podía notar la herrumbre de la sangre ajena entre los dedos.

Se había convertido en una sensación más familiar que la de sostener a su niña en brazos.

Eso hacía arder su corazón.

Alzó la mirada de nuevo a la luna.

«¿Ahora está menguante, o creciente?», solía preguntarle a Yeva las noches de verano que se tendían en la hamaca del jardín, la una tendida encima del otro como si aspirara a fundirse con él. Ella, iluminada por una inteligencia extraordinaria para tratarse de un ser tan minúsculo, había asimilado muy rápido el carácter engañoso del astro: cuando parecía una «C» de «creciente», en realidad estaba menguando.

Sacha había tenido que aprenderse un sinfín de datos astronómicos para contestar a la infinidad de preguntas que la pequeña le iba arrojando con la convicción de que él siempre tendría la respuesta.

Procuraba tenerla, y más que esforzarse por que fuese la correcta, se aseguraba de que no fuera decepcionante.

—Papá —le dijo una vez mientras la llevaba de vuelta a casa de su madre. Tenía la mejilla y la manita apoyadas en la ventanilla del asiento trasero, y contemplaba el cielo con la boca entreabierta—. ¿Por qué la luna me sigue?

Él la miró desde el cristal retrovisor y se le escapó una sonrisa colmada de ternura cuyo sabor aún no había olvidado.

—Porque te la regalé cuando naciste.

Recordaba que ella había apartado la vista del paisaje para encaramarse al asiento del piloto con esa energía arrebatadora que la poseía cuando la hacían sentir amada.

—Pero tú no estabas cuando yo nací, ¿no?

—Estaba escondido detrás de las cortinas para darte una sorpresa. Pero estaba.

Seguía estando. Ya no en Chernivtsí, y ya no trabajando para ella o por ella en exclusiva, pero seguía estando.

Y ahora tenía compañía.

El recordatorio de que no había llegado solo a Houston lo activó.

Por acto reflejo, echó un vistazo rápido al recinto del motel en busca de una cabeza morena.

A su señal, Ayane había salido de la habitación para que él pudiera encargarse de Donald sin la distracción de un público impresionable. No porque creyera que no podría soportar los límites que estaba dispuesto a cruzar con tal de saciar su sed de venganza, sino porque desde un punto de vista legal era preferible no hacerla cómplice del delito.

Sacha estaba tan seguro de que jamás darían con los huesos del miserable que, desde luego, podría haberle dado el gusto de asistir a lo que él consideraba un deporte. Ahora bien, sabía que *malyshka* gestionaba mejor las escenas violentas y los descubrimientos cuando se los

dosificaban. Y no le cabía la menor duda de que la había pillado con la guardia baja al desvelar el nombre de su condena como para colmo arrojarla a la violencia que venía con él.

Ahora podía volver a pensar con claridad y mirar a su alrededor sin que un velo rojo lo empañara todo. Estaba de nuevo en sus cabales, pero ¿a qué precio?

No era tan ingenuo como para pensar que permanecía fresco como el primer día. Cercenar a un pedófilo amordazado y obligarlo a verlo, a sentirlo, era fácil. Era un placer. Lo que iba mermando su apatía era enfrentarse una vez más a la pérdida y al hecho de que nada de lo que hiciera le devolvería lo que tanto había amado.

Lo que continuaba amando.

La muerte era una pésima agencia de mudanzas. Se llevaba el cuerpo, pero dejaba atrás los recuerdos que este había creado en las mentes de los demás; que había sembrado en corazones a los que no les quedaría otro remedio que pudrirse.

Sacha terminó el cigarrillo y estiró las piernas, que había tenido dobladas a la altura del pecho. Se crujó el cuello, resentido tras largas horas de tortura, y, por si acaso, se guardó la colilla en el vaquero. Los federales no encontrarían los restos de un pitillo con su ADN mientras de él dependiera. No existía aún en el mundo un fichero, criminal o solo civil, con sus datos; no iba a permitir que su material genético entrara en el sistema por un descuido.

El reloj de pulsera marcaba las siete menos veinte de la mañana, pero había deducido la hora al oír el ruido de las persianas de los negocios más próximos: un *diner* que había visto tiempos mejores y una gasolinera que no se molestaba en permanecer abierta las veinticuatro horas.

Bajó del tejado por la escalera de incendios y se sacudió los pantalones. Ahogó un suspiro de pensar en las preguntas con las que Ayane le haría revivir las especificaciones de un trabajo mercenario que, a decir verdad, ya se le había olvidado.

Vivía las represalias como si estuviese bajo los efectos de las drogas. Más tarde se enfrentaba a lagunas de memoria y a una sensación de vacío que solo conseguía llenar fijando su próximo destino.

Tuvo que rodear la furgoneta para abandonar el recinto. Antes examinó las llantas y el guardabarros como quien no quería la cosa, pero sabía de buena tinta que había eliminado las pruebas del delito. El vehículo estaba libre de manchas tras la última revisión, realizada con leña en mano.

El único problema era el efecto del golpe contra el árbol. Le había reventado la parte delantera. La empresa de alquiler se desharía del coche mucho antes de ponerle arreglo: el coste de un accidente como ese era inasumible.

Esto a Sacha le venía de perlas. Si eran los propietarios los que lo mandaban al desguace, los federales perderían enseguida la pista que lo vinculaba con el crimen.

En cuanto a los restos del cuerpo, ahora descansaban a metros bajo tierra en las proximidades del desierto, hacia el que había tenido que conducir durante un puñado de horas al ritmo de Elvis Presley.

Yeva había nacido con un alma vieja. Ya de niña tenía problemas para dormirse con nanas y manifestaba una curiosa predilección por escuchar los éxitos de los años sesenta.

Solo Dios sabía por qué le entraban ganas de dormir en lugar de bailar con el rey del rock.

Cruzó la carretera hasta el *diner*. De lejos le había dado la impresión de captar una melena negra, y dudaba que hubiera dos como aquella en el mismo y recóndito lugar del mundo.

Ayane había tomado asiento en una de las mesas grupales que daban a la cristalera del establecimiento. No se percató de la mirada que Sacha le dirigió a través del vidrio. Estaba concentrada dándole vueltas al servilletero. Los nervios por lo ocurrido habían evitado que la venciera el agotamiento; ese agotamiento existencial que se le quedaba a uno cuando perdía la fe en la humanidad.

Se había duchado, pero llevaba la misma ropa que el día anterior. Ya no lucía la camisa de cuadros anudada a la cintura, sino con una holgura que hacía más notables las arrugas. Le quedaba tan grande —o quizá ella había empequeñecido en el curso de la noche— que el amplio cuello de la prenda se le había abierto y desplazado hacia el brazo, insinuando, además de la tira y el bordado del sujetador de encaje, la curvatura de un hombro casi plateado.

Con la melena húmeda goteando sobre el regazo y la cara lavada parecía diez años más joven, además de terriblemente vulnerable.

La atracción hacia ella lo ponía en contacto con un lado animal distinto del que le instaba a destruir a sus enemigos. Porque no era el animal enfermo de la rabia; era el animal con los sentidos alerta que tanteaba el terreno, que respetaba su comida porque sabía que la necesitaba para subsistir.

Imaginarse a qué olería encendió un núcleo de calor en su pecho. Esa calidez que le inspiraba lo conectaba con otro lado, también olvidado: lo conectaba con el hombre mortal. Le hacía volver a ser humano.

Sacha entró en el *diner*, desierto salvo por la empleada que terminaba de anudarse el delantal y la criatura exótica que languidecía en el rincón. Nada más oír la campanilla, ella alzó la vista y se enderezó, preparada para cualquier cosa.

Tomó asiento enfrente con cautela. Convenía tenerla a su alrededor.

Ella no medió palabra, y Sacha lo agradeció. Después de sus encuentros con la venganza, tendía a refugiarse en el silencio durante horas; a veces días. Le gustaba echarse a la carretera y conducir hasta que se le hubieran dormido las piernas y el dolor de la tortícolis se hubiera transformado en una cefalea insoportable, hasta que el padecimiento físico le recordaba lo que había conseguido olvidar gracias a la concentración en la travesía: que, por desgracia, seguía

vivo.

—¿Qué le has hecho? —inquirió Ayane en voz baja.

Sacha tamborileó los dedos sobre la mesa con dejadez.

—Una maldad.

Ella exhaló una especie de carcajada histérica. Seguía sin mirarlo, obsesionada con la labor de suavizar las arrugas de una servilleta arrancada al azar.

—¿Crees que es una maldad cuando el daño se le inflige a una escoria humana?

Sacha enarcó una ceja.

—No son ni las siete de la mañana. ¿Quieres entrar en disertaciones filosóficas sobre la justificación del mal?

Entonces sí lo regañó con un vistazo rápido.

—Quiero ser yo la que haga las preguntas.

Él asintió, por primera vez conforme con la reciprocidad que llevaba siglos demandándole.

Le habría gustado echarle un brazo por encima al respaldo del sofá, pero no habría podido dársele de informal ni aunque se lo hubiese pedido al genio de la lámpara. Todavía notaba los músculos agarrotados de la tensión contenida a lo largo de la noche. Aunque la rigidez solía estallar con la llegada del alba para dejarlo de pronto exhausto, paralizado, incluso, días después seguían latiendo sus dolorosos ecos como un recordatorio vivo de que todavía no era libre.

—Sé que debería haberme ido corriendo —retomó ella unos minutos después. Sacha tuvo que enfocar la vista intencionadamente para ver u oír algo distinto de sus pensamientos. La vio sonreírse con desprecio, la mirada clavada en las manos temblorosas. Estaba intentando hacer un barco con la servilleta—. No he visto lo que has hecho, pero me lo puedo imaginar. Y si eso no me hubiera impresionado lo suficiente, has vuelto a demostrar que tienes secretos para mí. La clase de secretos que... que... que no puedo entender por qué te has reservado. De verdad que lo intento —confesó con un gimoteo. Sacha se encontró con su mirada oscura. Los interrogantes ocupaban tanto espacio que habían expulsado al resentimiento—. ¿Pensabas que iba a delatar tus objetivos o que me interpondría en tu camino? —rio de imaginarlo—. ¿Pensabas que yo podría disuadirte de algo?

—No te lo he dicho porque no era tu asunto.

—¿Y ahora sí lo es?

No, por supuesto que no. Pero Sacha era consciente de que se comportaba como si lo fuera, y, de pronto, ni él mismo podía explicarse sus contradicciones, no se dijera ya encontrarlas tolerables.

Podría decirle que su petición de conocer los secretos de Sacha Melnyk había sido escuchada y concedida por mera generosidad, pero él era lo opuesto a un tipo indulgente y uno no podía rebelarse contra su condición por más que se lo propusiera. Y que la hubiera fingido para

complacerla habría sido impensable, porque deleznaba la impostura y no le interesaba darle ningún gusto a nadie.

Podría decirle, si no, que había pensado que ahora *merecía* saberlo, pero «merecer» no era la palabra, porque nadie se merecía el cuadro de sus miserias.

¿Cuál era la motivación escondida, entonces? ¿Que quería que lo viera con buenos ojos?, ¿lo justificara?, ¿lo disculpara? Ya podían prenderlo y crucificarlo boca abajo, que Sacha jamás se avergonzaría de sus acciones; menos aún por el juicio de una mujer que le había acostumbrado a los terrores de su decepción.

¿Que quería que lo conociera? Eso entrañaba un absurdo deseo de ser comprendido, y que Dios lo librara de cargar con la herida de haber sido amado y posteriormente despreciado por sus incontables defectos, la conclusión inevitable de la ambición romántica.

¿Que quería que lo ayudara? ¿A qué? ¿A seguir adelante? Sacha continuaría la ruta así tuviera que arrastrarse sobre los codos en carne viva y con el peso de los fracasos encima.

Para seguir moviéndose solo necesitaba la certeza de que vengando a su hija la mantenía con vida.

—No —se limitó a contestar.

Ella se rio con cansancio.

—Por una vez puedo entender y perdonar tu mutismo —suspiró. No tardó en recuperarse enderezando la espalda y acusándolo con su mejor tono exigente, uno que solía hacerle gracia—. Pero sigo sin entenderlo. ¿Es que hablando de ella ponías en peligro su... posición o algo así? ¿Tenías que callar porque, si no, las posibilidades de encontrarla menguaban?

Sacha ni siquiera pestañeó.

—No voy a encontrarla en ninguna parte. Yeva está muerta, y aunque creyera en la vida después de la muerte, no coincidiremos porque ella alcanzó los cielos y yo iré de cabeza al infierno.

Ayane arrugó el ceño, como si acabara de mencionarle una posibilidad que no se había planteado. Pero se la tenía que haber planteado, porque no era ninguna estúpida y porque él tampoco pecaba de ese defecto: si Yeva estuviera viva, Sacha no estaría buscando a sus verdugos. La estaría buscando a ella.

Se sintió un miserable *voyeur* admirando las emociones que fueron surcando su rostro. El ingenuo asombro no le duró mucho tiempo. Pronto la asaltó el shock con el que reaccionaría cualquier ser humano al violento asesinato de una criatura inocente, y cuando se encontró con su mirada en busca de una explicación que en el fondo no quería saber, Sacha leyó un horror inexplicable. Inexplicable porque, de entre todas las mujeres, ella debía de haber interiorizado mejor que nadie que había destinos peores que la muerte.

—En esas situaciones es lo mejor —dijo él en tono implacable, no supo si para convencerla a

ella o para convencerse a sí mismo.

No era la primera vez que se lo decía para consolarse, siempre inútilmente, pero no abandonaba la esperanza de creérselo algún día.

Ayane arrugó la frente, quizá sorprendida con su frialdad, quizá por acto reflejo. Cuando una persona era sacudida por una conmoción semejante, perdía la habilidad de controlar sus reacciones. Y ella la perdió del todo rompiendo a llorar desconsolada.

Sacha se puso rígido.

Estupefacto porque la empatía pudiera emocionarla hasta ese punto. Indignado porque se atreviera a apropiarse de su dolor y sentirlo como él llevaba años impidiéndoselo, convencido de que la autocompasión obstaculizaría sus objetivos. Molesto porque aquella mujer no supiera dejarlo solo ni siquiera en el mar de sus turbulentos sentimientos. Extrañado porque era la primera vez que alguien lo acompañaba en la pérdida. Furioso: era él quien tendría que estar llorando. Confundido: ¿quién diablos era ella para lamentarse?

«Una víctima de la trata», le respondió la voz interior. Una víctima mayor de edad, con tablas para defenderse en casos en los que la violencia era moderada o la blandía un tipo poco mañoso, con inteligencia estratégica para evitar pasadizos particularmente oscuros o bien sortearlos y salir ilesa; una víctima con Black Russian defendiéndola hasta de sí mismo, sí.

Pero una víctima, a fin de cuentas.

Como Yeva.

No pensó que fuera posible estar más tenso, pero Ayane lo llevó al límite levantándose y rodeando la mesa para sentarse en su regazo. Aunque una ridícula y sensible parte de sí mismo quiso exigir espacio para evitar la tentación de romperse, no tuvo fuerzas para apartarla.

Ella tomó las riendas de la situación cubriéndolo en un abrazo sincero.

El primer abrazo sincero que le daba, porque ese consuelo no estaba viciado por el rencor.

Era puro.

Sacha tragó saliva y procuró permanecer ajeno a la experiencia. Pero ella, lejos de retirarse airadamente por su desdén, insistió como si pretendiera exprimirla hasta la última gota de una ternura que llevaba años agotada. O eso había pensado hasta ese momento, porque estaba siendo demasiado consciente de que lo que tenía entre sus brazos era un cuerpo vital que había sobrevivido a la misma crueldad que habían arrojado contra su criatura, y de que quería protegerlo como no supo hacerlo con Yeva.

Ayane no había sido la primera mujer desgraciada con la que se había topado en su papel de traficante. Antes de ella habían existido decenas, tal vez cientos de víctimas de la trata, la inmensa mayoría menores de veinte y con bastantes menos arrestos.

Ni una sola había despertado su instinto protector hasta su llegada.

Como ser paciente del insomnio crónico le proporcionaba horas extras para reflexionar, había

tratado de explicarse ese fenómeno de miles de maneras distintas. Que si Kincaid la había diferenciado del resto con su llamada. Que si ella misma se había diferenciado de las almas perdidas en primer lugar al presentarse ante él como una mujer libre en Tailandia, lo que convirtió su caída en desgracia en un dramático giro de guion que odió presenciar desde el principio hasta el final, porque le obligó a enfrentar una realidad terrible: antes de víctimas, habían sido mujeres con sueños. Sumados, estos hechos resultaban en una empatía lógica, pero no explicaba que la amara desesperadamente.

La verdad, el fondo de la cuestión, por qué diablos ella y no otras, seguía escapando a su entendimiento. Y él seguía intentando escaparse de la tierna constricción de sus brazos.

Desgraciadamente, sabía que no era plausible, y que existía una fibra recóndita entre su pecho y su espalda que le exigía consolarla todas y cada una de las veces; dejarse consolar todas y cada una de las veces. Así que, con cautela, descansó la mejilla en el perfil de ella y cerró los ojos como tan a menudo hizo durante la infancia de Yeva.

Sintió que ella se estremecía bajo el contacto.

—Cuando hacías esto... —oyó que decía con la voz estrangulada— siempre pensaba que era como si no supieras llorar por ese lado de la cara.

Sacha tragó saliva y se sorprendió respondiendo:

—Y no puedo. Es el lado tocado por los ángeles.

Ayane se separó al cabo de unos segundos para mirarlo de cerca. El corazón se le encogió al verse reflejado en sus ojos, en los que por primera vez no detectó un solo atisbo de desprecio o aprensión. El dolor la había desnudado, pero porque primero lo había dejado desvalido a él y eso era lo que *malyshka* siempre había querido. Saber que tenía, si no un corazón, al menos un motivo para no entregárselo a ella.

—Ha debido de ser duro para ti convivir con víctimas de la trata —murmuró, buscando más allá de su rostro esculpido en granito—. Ver lo que les hacen.

—No —reconoció con especial frialdad, ya recuperado del momento vulnerable. No soportaba su compasión, ni su propia debilidad, y ni mucho menos su cercanía, pero ¿cómo huir de ella?—. Es por una cuestión irracional, pero compadecerme del destino de las mujeres que has conocido es un gesto de humanidad nuevo para mí.

Ayane se retiró muy despacio.

—¿Por qué?

—Lo único que me ha importado siempre es Yeva. El sufrimiento ajeno es una mota de polvo a su lado, una representación a muy pequeña escala de lo que padeció.

—Eso no es cierto —musitó ella—. También te has preocupado por mí.

Sacha esbozó una sonrisa carente de humor.

—Me preguntaba cuánto tardarías en llevar el asunto a tu terreno.

—Estamos todos en el mismo terreno, por si no te has dado cuenta —le espetó, ahora sí, ofendida. Apartó los brazos de sus hombros, pero no se bajó de su regazo—. Estamos todos cubiertos de mierda hasta las cejas, para más señas. De hecho, tú eres el que me ha rebozado a mí al traerme hasta aquí, así que no te comportes como si mi interés o mis preguntas estuvieran fuera de lugar. ¡O como si mi experiencia no fuera relevante! ¡He visto que te preocupabas! —insistió, pero no logró que sonara a reproche. En todo caso, a súplica.

—Si lo has visto, ¿por qué quieres debatirlo? ¿Acaso tengo la posibilidad de hacerte creer lo contrario?

—¿Querías hacerme creer lo contrario? —contraatacó—. ¿Que no estoy aquí porque soy importante en mayor o menor medida?, ¿que eso no juega un papel? Un día de estos vas a tener que elegir si eres un romántico o un cobarde, Sacha, y actuar en consecuencia.

—No soy ni romántico, ni cobarde.

Ella le lanzó una mirada sorprendentemente sombría para su intención risueña.

—Pues todo el mundo necesita una cruz en la que morir.

—¿Y esas son las únicas opciones que manejas? Cualquiera lo diría después de lo que has visto, *malyshka*. Mi cruz es mi hija. —La solemnidad endureció su tono—. Y lo que tienes que sacar en conclusión es muy sencillo: me importes o no, no puedo hacer nada al respecto hasta que haya cumplido mi misión. No puedo —recalcó, y no fue necesario que continuara con redundancias: «Esto monopoliza mi mente y mi tiempo; esto agota mi pasión y pudre mi amor; esto me consume. No me ha dejado nada para darte a ti o siquiera mantenerme vivo a mí».

Ayane le sostuvo la mirada, como si lo necesitara para confirmar que estaba siendo sincero. Sin mayor insistencia, ocupó de nuevo su lugar en el banco de enfrente. Fue entonces cuando la tímida camarera se acercó a la pareja, intuyendo que por fin era buen momento para interrumpir con el menú.

Sacha lo cogió sin sentirse la cara o las manos. Su acompañante no tenía mejor aspecto, pero fue más dinámica y educada al pedir un desayuno clásico. Más por evitar abrir la boca que porque se le hiciera apetecible, Sacha respondió un escueto «lo mismo».

Podía entender por qué era necesario para Ayane convertir el amor en su salvación. Pudiera llamarse así o de otra manera, había sido su pasión obsesiva por él lo que la había distraído en China mientras todo ardía a su alrededor. Al redirigir el tema a ella, solo había pretendido averiguar si su truculenta relación también había sido para Sacha un oasis en medio del desierto. Descubrir que sí, y que no le había dado más quebraderos de cabeza, la habría hecho sentir mejor.

La verdad era que su aparición no solo no le había salvado, sino que le había hecho sufrir lo inimaginable. Pero ese sufrimiento le había demostrado que existían dolores soportables. Dolores que se podían elegir y que, al surgir de la ausencia de placeres inconmensurables, tenían

remedio. Para solucionarlo bastaba con que ella estuviese a su lado, sana y salva.

Y, claro está, ella tenía razón. En algún punto del camino, Sacha había dejado de estar solo con el recuerdo de Yeva. Ahora, Sacha, su venganza, Yeva y Ayane conformaban una entidad única.

Los ecos de la conversación habían monopolizado la atención de Ayane. Se había sumido en un silencio impropio de ella. Le inquietó pensar que hubiera sacrificado su insolente tendencia a exigir porque seguía compadeciéndolo.

Él sabía que su pena iba más allá de lo tolerable para un solo hombre y quería para Yeva todo el afecto del mundo, toda la piedad, todas las disculpas. Querría que todo el mundo se deshiciera en lágrimas por su causa. Pero, por alguna razón, la actitud de Ayane le desconcertaba y molestaba a partes iguales.

Casi suspiró, aliviado, cuando ella retomó la conversación con los platos ya delante.

—Supongo que los nombres de tu lista son los nombres de los tipos que sabes que participaron en... —tragó saliva— el secuestro. Y supongo que aún quedan hombres por... encontrar.

—Tres —confirmó secamente. Añadió con aire nostálgico—: Solo tres.

Ayane apartó la vista del beicon humeante como si se le hubiera revuelto el estómago. Hizo el amago de coger el tenedor, pero acabó dejando caer los brazos sobre el regazo y mirándolo a él con franqueza.

—Si no lo he entendido mal, has dicho que, hasta que no mates a todos los hijos de puta de tu lista, no podrás tener una vida normal. No podrás siquiera aspirar a averiguar si yo tengo un lugar en tu vida.

—¿Quieres un lugar en mi vida?

—No lo sé —reconoció con llaneza—, pero me merezco averiguarlo. —Inspiró hondo antes de añadir—: Y también me merezco volver a sentir lo que he sentido al saber que hoy hay un putero menos en el mundo.

—¿Pretendes que te tenga al corriente de mis avances?

Ayane afianzó la mirada sobre él.

—Pretendo acompañarte a dondequiera que estén esos tres y ayudarte a acabar con ellos.

Sacha dejó correr un silencio significativo, pero no se atrevió a apartar la vista de ella. Había un brillo hipnotizador en su rostro.

—¿Tienes idea de lo que estás diciendo?

—¿La tienes tú? —contraatacó con una ceja arqueada—. Ya soy cómplice del asesinato de Donald. No veo qué riesgos puedo correr que no hubiera corrido anoche, con la diferencia de que ahora lo haré a sabiendas del porqué y dando mi pleno consentimiento.

Si Ayane había esperado que Sacha se echara las manos a la cabeza, se estaría sintiendo muy

decepcionada. Tenía presente el monólogo que le había soltado en el avión con una resignación dolorosa porque no encarnaba más que la pura verdad: era cierto que no la esperaba una vida feliz en Washington o en Tokio, y era una realidad porcentual que la mayoría de las víctimas de trata no conseguían reinsertarse en sociedad.

Ya había algo profundamente dañado en *malyshka* antes del viaje a Tailandia, aunque en aquel entonces se hubiera creído normal y corriente. Las limitaciones del matrimonio la tenían tan reprimida que no fue de extrañar que perdiera los estribos en Koh Phangan, y eso por no mencionar los efectos de la marca oscura que era su padre.

Ahora era material corrosivo. Por más que se había esforzado, Sacha no había podido dibujarla en el chalé reformado de un barrio familiar sin que la bonita imagen terminase con ella metiendo la cabeza en el horno de gas.

Solo había algo que le inquietaba de la posible asociación, y no tenía nada que ver con el miedo a ponerla en peligro, pues sabía que corría más riesgos quedándose sola. Y es que Sacha necesitaba saber que estaba vengando a su hija él solo; que ningún odio personal eclipsaba al verdadero mártir.

Como si le hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Has dicho que no sientes empatía por las víctimas de trata que no son ella. Es justo que yo me desquite por las demás. —Al ver que despegaba los labios, la mirada de Ayane se intensificó sobre él y apostilló—: Y es justo también para ti, si no lógico, que yo me desquite, porque tú eres el primero que siempre me ha vengado.

El comentario volvió a cazarle con la guardia baja.

Tragó saliva y copió la postura de la exagente apoyando las manos en los muslos.

—¿No vas a comer? —Señaló su plato.

Ella sacudió la cabeza.

—Como tú comprenderás, no tengo el estómago para desayunos completos.

Él asintió, aún distraído.

—¿Habrías tomado esta decisión si tu vida no se hubiera torcido en Washington?

Ayane se tomó unos segundos para pensar la respuesta. Tuvo que llegar a una conclusión convincente, porque dejó de jugar con el tenedor y lo miró a los ojos.

—Si hubiera visto tu cara al mencionar a Yeva, sí. La habría tomado incluso si hubiese sido feliz en mi casa. —Inspiró hondo y esperó a terminar de escudriñar el rostro de Sacha para concluir—: Siento que no te he conocido de verdad hasta que has pronunciado su nombre.

—¿Y el Sacha de verdad se merece esa lealtad por tu parte?

—Puedo decir que por lo menos se merece la venganza.

Él buscó en su rostro un atisbo de vacilación.

Casi se rio para sus adentros por haber tenido la audacia de dudar de ella.

Estaba ante una mujer con una temeridad que intimidaba hasta al propio Sacha; una mujer que había sido agente del FBI, luego rehén y más tarde la pesadilla de Christopher Wray. Una mujer que lo había perseguido por el innombrable laberinto de su mente enferma, por un escenario de prostitución, para demostrarle que merecía ser su amante. Una mujer que se las había arreglado para convertirse en su delirio cuando parecía que estaba demasiado loco para prestar atención a nada más.

No pertenecía a ninguna otra parte sino a su lado. Sacha se había dado cuenta mucho antes que ella, o no le habría tendido la mano unos días antes para descender juntos a los infiernos.

En un gesto impregnado de humor, pero no por ello menos solemne, cogió su taza de café y la alzó en señal de brindis. Ayane le rio la gracia con la única clase de sonrisa permitida en esas circunstancias —la imprudente— y chocó la suya para cerrar el pacto.

Capítulo 2

El siguiente objetivo se llamaba Gabriele Giannoli. Descendía de una larga y relevante familia calabresa, y aunque en su Instagram verificado disfrutaba haciendo propaganda del estilo de vida italiano —fotos a laboriosos platos de pastas rellenas, poses enfundado en trajes de mafioso siciliano, canciones de Mina y Luigi Tenco en sus *stories*—, llevaba siete años viviendo en un chalé en las proximidades de Mulholland Highway, en Los Ángeles.

Tenía treinta y nueve años, un cómico compromiso con publicar *close-ups* de su rostro con un filtro artificial de lentillas azules y comandaba con una falsa filosofía progresista la más próspera empresa de yates de la costa oeste.

No se le conocía pareja, pero en redes sociales fardaba de mantener una relación cercana con su hija, una monada de pelo cobrizo que aún acudía a la escuela primaria.

Este último detalle era el que le había revuelto el estómago de Ayane.

Era asombrosa la cantidad de información que se podía averiguar dando un paseo por la realidad virtual. Los dueños de negocios que requerían de constante inversión en publicidad para mantenerse a flote habían empezado a seguir los consejos de los *community manager millennials* y habían empezado a vender, además de su producto, una personalidad prefabricada que les hiciera simpáticos ante potenciales compradores.

Así, a primera vista, Ayane reconocía que había algo en él que le causaba rechazo: su estilo de vida derrochador, su superficialidad. Pero lo que le dejaba mal cuerpo era que no aparentase en lo absoluto haber participado en orgías con menores de edad.

¿Cuántos pedófilos existirían en el mundo? ¿Cuántos de ellos sabían camuflar su... *condición*, si es que así podía llamarse? ¿Cuántos de ellos se avergonzaban lo suficiente para reprimirla o volarse la tapa de los sesos para prevenir la actuación sobre sus repugnantes tendencias?

Eran preguntas que solo se había hecho en las clases de ética del instituto, después de ver los documentales que el profesor proyectaba en la pared para que sus alumnos iniciaran un debate sano. Preguntas que uno no quería hacerse para seguir aferrado a la tal vez ingenua pero necesaria creencia de que el hombre era bueno por naturaleza.

Preguntas que ahora que había escogido el camino de Sacha no dejarían de rondar su cabeza en largo tiempo.

Aun así, no se arrepentía de su decisión. Pero había estado esperando que la abordaran las dudas durante el vuelo hasta Los Ángeles, donde pretendían encontrarse con Giannoli. También en el hotel que Sacha había escogido para pasar los próximos días. Había esperado lamentar su asociación al oírle decir al recepcionista que aún no estaba seguro de cuánto se quedarían, pero

que iría renovando su hospedaje sobre la marcha si demoraba en «poner sus asuntos en regla».

Y nada. Cero remordimientos.

Cuanto más miraba a su acompañante, más convencida estaba de que era allí donde debía estar.

En cierto modo, eso era estremecedor.

La voz de la razón le repetía incesantemente que aquello significaba que si sentía que debía vengarse era porque aún no había vuelto del todo de Shanghái. Y si lo sentía era porque había partes de ella que jamás regresarían de allí.

La última vez que había estado en Los Ángeles fue para conseguir una invitación a Fuego y Sangre. Le acompañaban Kingfisher en persona y Jace al teléfono, dos personas que habían abandonado su vida de manera dramática. Ahora trataba de luchar contra la confusión que le producían los recuerdos y refugiarse en la familiaridad de sus calles para así devolver a la vida a la Ayane que estuvo allí un año y medio antes.

—Es lo primero que se me ha ocurrido para encontrarlo —comentó nada más ponerse el cinturón. Miró al silencioso Sacha con un nudo en la garganta—, pero a lo mejor no es buena idea. Por lo que sé, bien podría estar metido en el ajo. No me extrañaría mucho más de lo que me ha extrañado que Giannoli sea un pedófilo.

—Califa no está involucrado —replicó Sacha, manipulando el espejo retrovisor para dejarlo a su gusto. Habían alquilado un todoterreno para salvar las largas distancias de la ciudad, en la que era imposible moverse a pie—. Lo sabría si fuera así.

Ayane asintió, aliviada.

No era la primera vez que se torturaba imaginando a su antiguo amante implicado en la red. Si algo le había enseñado la experiencia era que la humanidad o la falta de ella jamás dejaría de sorprenderla, pero había aprendido a fiarse de Sacha en según qué cuestiones. Considerando el estudio profundo al que había sometido a los pedófilos con pasta, la raza de pedófilo más peligrosa del mundo, era imposible que se le hubiera escapado uno solo.

—Todavía estoy pasmada porque me hicieras caso cuando te sugerí que fuéramos a verle.

—Es una buena idea. —Se encogió de hombros con dejadez—. Puede ser más fácil atraer a Giannoli tirando de sus amigos cercanos que presentándonos en su casa, y, sobre todo, más seguro para nosotros.

—Giannoli y Califa no son amigos cercanos. Simplemente el tipo paga la cuota de su club. Al menos, pagaba la del club de San Francisco; ya no sé si siguió a Califa a Vesper's. A lo mejor se aficionó a las niñas pequeñas en cuanto cerró French 75 y ya dejó de interesarle el sadomasoquismo porque no le producía los mismos subidones de adrenalina —añadió en tono venenoso.

Enseguida se arrepintió de su cruda elección de palabras.

Se quedó inmóvil con las palmas sudorosas apoyadas en el regazo, temiendo la expresión de Sacha.

Habían realizado el viaje en avión en completo silencio, apenas intercambiando cortesías y dudas relativas a la misión. Sacha solo había hilado más de dos palabras seguidas cuando le tocó mostrarle a Giannoli y explicarle por qué debían volar a California. Había sido entonces cuando Ayane le había dicho que conocía al italiano de haberlo visto en French 75 unos años atrás. Solía ser cliente habitual del club.

No se habían acostado, gracias al cielo, pero algún que otro día se habían sentado juntos a tomar una copa y habían flirteado todo lo inocentemente que se podía hacerlo en ambientes BDSM.

Ayane no estaba en disposición de hablar sabiendo ahora que había interactuado en términos cariñosos con un hombre capaz de infligir daños a una niña de cinco años. Comprendía el porqué de su propio mutismo, pero a la vez la asombraba estar interiorizando los valores de la prudencia. Era la primera vez en su vida que renunciaba a saciar sus dudas a toda costa y se esforzaba por respetar la intimidad y el silencio de su acompañante. Se imaginaba en su lugar, siendo blanco de preguntas indiscretas que le traerían recuerdos insoportables —cómo se la llevaron, cómo te enteraste, quién era su madre—, y se le encogía el estómago.

De pronto, no sabía cómo tratarlo.

Nunca había sabido, en realidad.

La comunicación verbal nunca fluyó entre ellos. Si lograron formar un vínculo fue porque compartieron tiempo y espacio durante una situación extrema, porque sufrieron la pérdida de un nonato y porque de algún modo conseguían entenderse sin necesidad de palabras.

Pero esas palabras llegaron a pronunciarse de todos modos en el pasado. Ayane lo retó y lo persiguió sin tregua, verbal y físicamente, empeñada en curar su presunta maldad para así poder perdonarse su fascinación por él. Y si ya fue difícil aspirar a acercarse a él y humanizarlo cuando solo se enfrentaba a su indolencia, ahora que se descubría como un hombre que había perdido a su hija a manos de la trata, parecía imposible.

No le quedaba otro remedio que rendirse a sus limitaciones con impotencia, porque ¿cómo se lidiaba con una persona que sabía lo que era morir en vida? Ayane había perdido el proyecto de una criatura y por poco no vivió para contarlo. Solo intentar concebir el sufrimiento de Sacha la abrumaba.

Él no contestó. Dejó que la canción de la radio llenara el silencio durante los primeros minutos de trayecto, un éxito de Chris Grey.

*Lost in the fog
I fear that there's still further to fall
It's dangerous 'cause I want it all
And I don't really care what it costs^[1]*

Ayane se frotó la piel de gallina del brazo y miró a Sacha de reojo. Su severo perfil le pareció más perfecto que nunca, la máscara de ensueño para los que soñaban con ocultar su verdadero yo.

Nadie habría dicho jamás que detrás de su impasibilidad supuraba una herida inmortal.

—No te he preguntado de dónde has sacado el nombre de Giannoli —retomó ella.

—De Donald —contestó mientras cambiaba de marcha—. El interrogatorio previo no es un gusto culpable que me concedo por sadismo. Intento que un hijo de puta me lleve al siguiente. Suelen conocerse los unos a los otros.

—¿Y cómo llegaste al primero?

La pregunta encerraba dudas algo más difíciles de plantear en voz alta: cómo descubriste que se la habían llevado. Cómo descubriste *quiénes* se la habían llevado.

Cómo descubriste que no ibas a volver a verla porque ya no estaba.

—Vi su cara en un vídeo de la *deep web* y se me grabó en la cabeza —respondió en tono desapasionado. Ayane se fijó en que, en lugar de apretar el volante con rabia contenida, sus dedos perdían agarre. El dolor lo desconectaba de sí mismo, lo encerraba más aún, lo distanciaba de ella y del mundo consciente—. La inmensa mayoría iban enmascarados. Aunque este tipo de webs están blindadas y solo puedes acceder con permisos especiales o chantajeando a un *hacker*, los que participan en esa clase de espectáculos no son estúpidos. No quieren arriesgar su identidad.

—Pero si aparecen con el rostro descubierto, tienen que pagar menos —recordó Ayane. Algunos pedazos de información consiguió retener la noche de la muerte de Donald. No muchos. Los justos—. Pagar menos ¿a quién?

—A los que organizan el entretenimiento. Es un negocio muy productivo. No solo pagan los que violan a los niños; también pagan desde sus casas los enfermos que quieren verlo. Pagan, sobre todo, los que compran a esos niños que han sido arrancados de sus hogares.

*I'd let the world burn
Let the world burn for you
This is how it always had to end^[2]*

Ayane sintió que vomitaría al comprender lo que quería decir.

Se giró hacia él con la cara descompuesta.

—¿Lo viste? —gimoteó con la voz estrangulada—. ¿Con tus propios ojos?

Sacha no reaccionó.

Era curiosa la experiencia del dolor. Cuando uno pensaba que no podría seguir soportándolo, los engranajes mentales cambiaban la ruta para dejar de transformar la nueva información en sufrimiento y, en su lugar, convertirla en algo más fructífero y tolerable: ira en estado puro.

Eso fue lo que Ayane sintió que estallaba dentro de ella. La misma furia helada que la embargaba cuando, tras un servicio particularmente denigrante, volvía a quedarse sola en la cama del hotel de Bangkok con los muslos salpicados de fluidos ajenos.

Pensó en los pocos menores que había conocido o tratado a lo largo de su vida. Una niña a la que le compró una piruleta en una gasolinera porque observó que la estaba mirando con ojos golosos y su instinto maternal se inclinó por complacerla; otra niña que la observó, embelesada, durante todo el trayecto en transporte público y le dijo que tenía un pelo muy bonito antes de bajarse en su destino de la mano de su madre. Pensó también en el bebé que no había dado a luz, un bebé que habría cumplido seis meses, y luego seis años, y en el proceso habría matado de ternura a su madre.

La imaginación amenazaba con hundirla cada vez que visualizaba a esas criaturas en escenarios que ella había sufrido.

Sobre todo poniéndose en el lugar de Sacha.

«No te he dicho que lo siento», podría haber expresado. Pero no se le ocurrían palabras más vacías para englobar sus sentimientos al respecto. La palabra era tan vana cuando trataba de sofocar sufrimientos indecibles...

Se limitó a alargar la mano hacia la que él había dejado descansando sobre el muslo y a entrelazar los dedos con los suyos. No solo no se lo impidió, sino que tras un instante de vacilación correspondió su gesto apretándosela.

—¿Niran lo sabía? —musitó en un momento dado—. ¿Sabía por qué estabas ahí metido?, ¿lo que te proponías?, ¿lo que te hicieron?

Sacha la miró de reojo.

—¿Singapore te dijo su nombre? —No sonó extrañado. Más bien divertido—. Hay que ver, *malyshka*... Tienes un efecto en los hombres que debería estudiar la antropología. Le dije que eras agente del FBI en cuanto te vi, y míralo. Le faltó tenderte las manos y rogarte que lo sometieras.

Ayane clavó la vista al frente, dolida al pensar en su viejo amigo. Se había acordado de él casi todos los días, y, aun así, sentía que no lo había tenido presente lo suficiente.

Y no era poco lo que le debía.

Su vida como mínimo.

—Él no es como tú —replicó por lo bajini—. Ni siquiera es como yo. Tiene escrúpulos. Y lo que es peor: sentimientos.

—Lo sé, pero no le damos el crédito que merece a su resiliencia. Cuando lo conocí, pensé que acabaría quebrándose más pronto que tarde, y ahí sigue después de años, sobreviviendo.

—¿A qué precio? —Sacudió la cabeza, entristecida—. Le prometí que lo sacaría de allí, ¿sabes? Tendría que haberle dado su nombre al FBI, pero me aterraba meterle en problemas más serios de los que enfrenta en Shanghái... o dondequiera que esté ahora.

—Hiciste lo correcto. Singapore no puede permitirse la cárcel, y no lo digo porque sea un pastelito. Es más frío de lo que crees. Sabe lo que tiene que hacer.

—¿Por qué lo dices, entonces? —Él no contestó. Ayane bufó—. ¿No vas a responder ninguna pregunta que te haga?

—Puedo responderte a la primera: no, Niran no lo sabía, pero porque no lo sabía nadie. Escúchame bien, *malyshka* —moduló el tono para recalcar la importancia de su consejo, pero no apartó la vista de la carretera—. No te vengo dejando con la duda desde que te conozco porque pretenda joderte, sino porque la información nos pone en peligro. La única manera de salvarnos es manteniendo la boca cerrada. En el preciso momento en el que yo le hubiese contado a alguien quién era, o, peor, quién era Yeva, habría sido hombre muerto.

—Está claro que no valoras el placer de desahogarte. También eres hombre muerto hoy día, y es en gran medida porque no te has permitido expresar tu dolor —señaló con suavidad, aunque con un fondo de resentimiento hacia ese lado destructivo suyo.

—Ya has visto que me desahogo de otras formas algo menos inofensivas.

Frente a eso, Ayane no pudo decir nada.

Se limitaron a guardar silencio el resto del trayecto con las manos aún entrelazadas.

Por lo que ambos sabían, Califa vivía con Angel Face en la planta superior de Vesper's. A ninguno se le había ocurrido una razón por la que eso hubiera dejado de ser así en el último año. No se equivocaron al asumir que el mundo seguía tal y como lo dejaron. Nada más detenerse a las puertas del establecimiento, cerrado por descanso todos los miércoles, reconocieron a la mujer que vapeaba en el balcón del primer piso. Llevaba un kimono de seda ajustado a la cintura y la larga melena negra suelta sobre los hombros.

Verla le produjo una extraña conmoción.

Alrededor de un año y medio atrás se despidió de Angel Face en el despacho de Califa del recinto de Fuego y Sangre, justo después de intercambiar unas palabras que Ayane no se imaginaba volviendo a recitar con tan sonrojante descaro.

La mujer de Califa había sido testigo de su chispeante personalidad durante años. Reencontrarse con alguien que conoció a su verdadero yo la llenó de nostalgia y de algo más: del deseo de presentarse como lo que había sido y no como aquello en lo que la habían convertido.

Angel Face tuvo que sentir algo similar al agachar la mirada y toparse con la visita, porque su expresión pensativa se transformó en estupor. Se enderezó de golpe y movió los labios para murmurar algo en su idioma natal, presumiblemente una exclamación, y corrió a meterse en el apartamento.

—Parece que no se ha alegrado demasiado de verme —comentó Ayane con un nudo en el estómago.

—Yo diría justo lo contrario —replicó Sacha, y echó a andar hacia las puertas traseras del establecimiento.

Ella tardó en seguirlo. Notaba las burbujas de los nervios en el vientre, pero no estaba asustada o preocupada. Más bien encantada con la familiaridad que la embargó en cuanto la puerta se abrió y la recibió el alivio de Califa.

Debía de haber bajado corriendo en cuanto Angel Face lo había puesto al corriente de la visita. Vestía tan informal como podía permitirse un hombre tan presumido como él: llevaba el vaquero todavía desabrochado y el Jesús en la boca cuando se abalanzó sobre ella con una urgencia que no le había demostrado jamás, ni siquiera mientras fueron amantes.

Ayane se vio atrapada entre unos brazos recios, un cuerpo cálido y que olía a casa; a una de las muchas de las que tuvo que irse en contra de su voluntad, pero de la que no por eso guardaba un mal recuerdo.

Hacía tanto tiempo que no recibía un abrazo sincero que casi se le saltaron las lágrimas y demoró no ya en reaccionar, sino en atreverse a preguntar a qué se debía el recibimiento.

Él se le adelantó sin separarse aún.

—Pensaba que estabas muerta —confesó con voz trémula, los ojos dorados ardiendo en su rostro como fogatas de verano—. No te encontraba por ninguna parte, maldita seas... —se le escapó una carcajada con la que liberó los nervios reprimidos—. Debería haber imaginado que aparecerías un día en mi puerta, el día que te diera la gana y menos te esperase, como haces siempre... Puñetera alma libre que eres —acabó siseando con una nota de ternura.

Ayane se sorprendió riéndose con él sinceramente.

—¿Que no me encontrabas? ¿Por qué me andabas buscando?

Califa se apartó, aunque no retiró las manos de sus hombros, que seguía estrechando como si no pudiera creerse la visita. Escudriñó su rostro a la caza de algún daño visible, o a lo mejor para regocijarse en el hecho de que estuviera allí.

La suya era una mirada a la que uno no sobrevivía ileso.

La mirada de bronce de un tigre de bengala.

—Será mejor que entres... —Desvió la vista un instante hacia la sombra protectora que era Sacha—. Que entréis los dos. Tenemos que hablar, y no es una conversación que se deba mantener en la calle.

Se hizo a un lado y los convidó a pasar con un gesto impaciente. Temblando por la emoción, Ayane lo siguió por el pasillo hasta las escaleras que conducían al primer piso.

—Tu mujer te va a matar por darme una bienvenida tan calurosa —se le ocurrió comentar con el ánimo juguetón de siempre.

Califa la miró de reojo.

—Dadas las circunstancias, hasta mi mujer te daría un beso de tornillo. Además... Parece otra desde que está embarazada —apostilló con un tono mucho más benevolente. Cálido, incluso, y no era para menos. Había soñado con plantar su semilla en Paula León desde que la miró a la cara la primera vez.

Habría sido lógico que la noticia estremeciera a Ayane. Tenía demasiado presente el peligro que corrían los niños, sobre todo cuando sus padres se movían en ambientes no solo considerados sino últimamente *declarados* sórdidos, y no se había cumplido ni medio año desde su propia pérdida.

Pero no lo vio de esa manera.

El simple hecho de reunirse con un viejo amigo le había insuflado un optimismo al que había decidido aferrarse con garras y dientes, y celebró de corazón saber que aquella criatura, mientras llevara el apellido Najdi, jamás sufriría el menor daño.

—Enhorabuena, papá. —Le palmeó el hombro.

No tardaría en lamentar que Califa hubiera dado la noticia nada más llegar. Nada debería tener el poder de eclipsar la felicidad conyugal, pero Sacha caminaba unos pasos por detrás y tampoco parecía justo que él debiera ser cómplice de las alegrías familiares.

Tuvo que resistir la tentación de girarse para que no lo interpretara como un gesto compasivo. Se había percatado bien rápido de que no le gustaba que se apiadaran de él.

Califa los condujo hasta el que imaginó que sería su despacho. Se le escapó una sonrisa al contemplar los tapices marroquíes, las maderas preciosas del mobiliario; la combinación de arte africano con cuadros barrocos. Karim en estado puro.

El día que se conocieron se definió como «un amante de las cosas bonitas», y poco le importaba si esas cosas bonitas dejaban de serlo al acoplarse unas a otras. Las fusionaba de todos modos.

No podía decirse que su rincón de pensar fuera desagradable a la vista, aun así. Nada podía resultar del todo antiestético cuando era una manifestación sincera de su personalidad.

—Son las siete menos cuarto, casi la hora de cenar —señaló tras consultar el reloj de pulsera, un Rolex de diez mil dólares. Alternó una mirada entre sus acompañantes mientras se dirigía a la

licorera, que no podía faltar en sus espacios—. ¿Os hace una copa? Para hablar de según qué cosas, yo lo agradezco.

—Tú la agradeces en cualquier circunstancia —se burló Ayane. Fue a añadir algo más, pero la puerta se abrió y Angel Face hizo su aparición poniéndolos firmes a todos en el acto. Las dos se midieron en la distancia, como era costumbre, pero sin la competitividad de antaño—. Siento no haber avisado de que vendría. Ya he visto que te he pillado con la guardia baja.

Angel Face le respondió con una media sonrisa sardónica.

Siempre había sido parca en palabras, pero sospechaba que no de nacimiento y no con todo el mundo.

Ayane no era una experta leyendo a los demás. Solía estar demasiado abducida por su amor propio como para prestar atención al resto. Pero cuando se prestaba a desentrañar a alguien, sucedían conclusiones como la que reaparecía en su cabeza al reencontrarse con Paula: era callada porque sabía que lo que tenía que decir no le gustaría a nadie... o porque conocía las palabras secretas que harían las delicias del resto y no le apetecía complacer a un cualquiera.

La vio tomar asiento en el butacón de terciopelo que correspondía a las visitas. Había dos más: Califa las abarcó con un aspavento para que los invitados la acompañaran.

Al cabo de unos minutos de silencio más pensativo que incómodo, el anfitrión se unió al rincón con una copa en cada mano. Vodka solo en una, *black russian* en la otra.

Ayane y Sacha los aceptaron sin reservas.

Califa se acomodó con delicadeza en el reposabrazos de la butaca de Angel Face y clavó en la recién llegada una mirada seria.

—No sé por qué coño estás aquí, pero me vienes como caída del cielo. Llevo unos meses investigando las misteriosas desapariciones de algunas invitadas de Fuego y Sangre y hasta hace poco no se me ocurrió que tú pudieras haber sido una de ellas. Imagínate mi cara cuando empiezo a mover cielo y tierra para confirmar que Hayami Moore está en su casa y de pronto me entero de que Hayami Moore es una identidad falsa. De que sigo sin saber cómo cojones te llamas.

—¿Por qué pensabas que yo figuraría entre las desaparecidas? Me despedí de ti. Sabías por qué me iba de tu fiesta —le recordó ella.

Dio un sorbo rápido a la copa. El *black russian* entró tan suave y cálido en su cuerpo que volvió a beber, esta vez con más apreciación por el sabor.

—Por eso no pensé en ti de primeras. Pero todas las mujeres que se iban antes de tiempo, fuera por una razón sospechosa o justificada, no solían volver a casa. —Califa apretó los labios y sacudió la cabeza—. Que conste que no te lo cuento porque te tenga aprecio, sino porque tu identidad falsa estaba jodidamente bien conseguida y la última vez que un cabrón se metió en

Fuego y Sangre con un nombre que no era el suyo resultó ser un agente del FBI. Y ahora que todo arde como nunca, aquí estás. —La abarcó con un elegante ademán—. Tiene que ser porque te dedicas a algo relacionado con la seguridad nacional. No se me ha olvidado que hace años flirteabas con la posibilidad de formar parte del cuerpo federal, o eso decías, y me consta que si tonteas con algo o con alguien, más pronto que tarde acabas metiéndotelo en el bolsillo.

Ayane sonrió con su halago. Le gustaba que esa parte de ella siguiera presente, aunque fuese en el recuerdo de quien la había admirado.

—El que no se dedica a la seguridad nacional eres tú —intervino Sacha. No alzó la voz con la intención de alterar la paz del ambiente, pero su gravedad natural atrajo la atención como un estallido de luz—. A lo mejor, y por seguridad propia, que a veces es más importante, deberías sacar las narices de la cara oculta de Fuego y Sangre. Sobre todo ahora que esperas una criatura.

Angel Face, desde su discreto segundo plano, le dio la razón con un cabeceo silencioso.

—Las habría sacado si no le hubieran metido una bala en la cabeza a uno de mis mejores amigos —sentenció Califa con gesto sombrío—. Si antes tenía motivos para buscar culpables como cabeza de la organización que soy, ahora más aún.

—¿A uno de tus mejores amigos? —repitió Ayane, alarmada. Buscó a Paula con la mirada—. ¿Tu hermano?

—Rob Roy —respondió ella con el rostro apagado. Califa apretó la mandíbula para controlar un acceso de ira pulsante. Tuvo que ser su mujer quien se explicara con calma después de ponerle una mano en el muslo—. El FBI se infiltró en el último Fuego y Sangre, el que se celebró en México, y consiguió rescatar a un par de rehenes norteamericanos.

—Lo sé. Hasta hace poco yo también era agente federal —resolvió Ayane.

Incluso sin mirarlo, sintió que Sacha le echaba un vistazo perdonavidas.

«Lo que te digo te entra por un oído y te sale por el otro. ¿No te has enterado de lo que te he dicho en el coche sobre cerrar la jodida boca?», parecía clamar.

—Le pidieron ayuda a Rob Roy para sonsacarle información a unos narcos involucrados —continuó Paula—, y...

—Está conectado a una máquina desde hace días —resumió Califa secamente—. No tiene ninguna pinta de que el mejor hospital de California vaya a conseguir que sobreviva. Todo depende de la voluntad de Allah.

Ayane tragó saliva.

Dejó el cóctel sobre la mesilla auxiliar.

Sabía lo importante que Rob Roy había sido siempre para Califa, y sabía, también, lo importante que era la sola presencia de personas como Rob Roy en el mundo. En todos los mundos. En el real porque era un hombre arrebatadoramente encantador, y era de agradecer

toparse con sujetos simpáticos en cualquier esfera de la cotidianidad; en el económico porque dirigía una empresa multinacional que daba trabajo digno a miles de personas; en el sadomasoquista porque nadie podía comparársele en experiencia y habilidades amoratorias.

Según acababa de quedar demostrado, a Ayane aún le quedaba sensibilidad para lamentarse por las víctimas. No sabía qué pensar al respecto, si era algo bueno o malo.

—Se supone que se ha acabado todo. En parte por eso te lo cuento. Eras el único cabo que tenía suelto —continuó Califa—. Ya han averiguado dónde estaban Amelia y Jaylani y la seguridad estatal se está encargando de localizar a la última víctima... —A juzgar por cómo le tembló la voz al pronunciarlo, Ayane dedujo que era amiga suya—. Pero esta historia me ha asqueado tanto que voy a dejar de organizar eventos. Al menos, fuera de Norteamérica. Está claro que hay países más susceptibles a la violencia que otros.

—No te tienes que ir a una semana de celebración sadomasoquista en Tailandia para toparse con una manada de hijos de puta —habló Sacha. Dejó a un lado su copa casi intacta y se incorporó hacia delante—. Ya los hay suscritos a tu club.

Califa enarcó una ceja.

—Me lo había planteado. De hecho, tú eras uno de mis principales sospechosos.

Sacha le sonrió sin pizca de humor. Entrelazó las manos sobre los muslos separados sin apartar la vista de él.

—Seguro que las sospechas en cuestión se basaban en un puñado de tatuajes y una presunta nacionalidad rusa.

—Yo no le tengo a los rusos la ojeriza que los yanquis llevan años alimentando, descuida. Me basaba en que, al igual que yo, estabas metido en el proceso de selección de invitados. Y yo no era el que estaba secuestrando mujeres, así que tenías que ser tú por narices.

—Lamento decepcionarte —dijo, inexpresivo—. Nada me habría gustado más que confirmar tu narrativa. Te habrías ahorrado una decisión complicada.

—¿Decisión complicada?

—Hemos venido a pedirte un favor —anunció Ayane. El dueño posó la mirada en ella sin haberse librado aún de la confusión inicial—. Estamos buscando a un tipo, Gabriele Giannoli. Se hace llamar Rossini en ambientes *swinger*. Sé que iba frecuentemente a French 75...

—Y ahora viene a Vesper's. Le pillas más cerca todavía que San Francisco. —confirmó Califa. Su expresión adquirió un aire conspirador—. ¿Qué pasa con él? Es imposible que esté en el ajo. No ha ido a un solo evento de Fuego y Sangre. Lo invité una vez y me dijo que no le interesaban los países tercermundistas como destino vacacional.

—Qué elegante —ironizó Angel Face, mirándose las uñas.

—¿Sois cercanos? —inquirió Ayane con un nudo en la garganta. Se respondió enseguida—:

No es posible. Incluso si no ha revelado su verdadera cara, has tenido que notar que ese tipo es oscuro.

—Es un cliente que no me gustaría perder —admitió Califa con pies de plomo. Se fijó en que Ayane cruzaba las piernas con palpable incomodidad—. Insisto. ¿Qué pasa con él?

—Está metido en actividades bastante más turbias que el sadomasoquismo o la trata de mujeres —resolvió Sacha en tono desapasionado—. Considerando que vas a tener un crío, no te conviene que ese tipo ande cerca.

La insinuación bastó para enturbiar la atmósfera del despacho.

El anfitrión intercambió una mirada con el esclavo, no tan reacio a creerle como simplemente en shock. No eran acusaciones que pudieran verterse a la ligera, pero debía de confiar en su palabra, porque no exigió una prueba.

—Siempre es gente con dinero —masculló entre dientes al cabo de un rato.

—Ahora tú también eres «gente con dinero» —se animó a señalar Ayane, esperando suavizar la tensión.

Él la castigó con un vistazo fulminante.

—Yo no olvido la diferencia entre lo que está bien y lo que merece la muerte. —Se giró hacia Sacha con el rostro lívido—. ¿Estás seguro?

—Lo juro por mi vida.

Califa asintió muy despacio.

—Prefiero no saber qué pretendéis hacer con él —retomó tras emitir un suspiro que sonó más a gruñido—. Asumo que si has venido con Kir Royale es porque estás en el bando de los buenos. Dime qué esperas de mí y veré lo que puedo hacer, pero te adelanto que no quiero sangre en la alfombra ni federales apostados en mi puerta demandando un testimonio.

—Descuida. Soy muy metódico. —Volvió a inclinarse hacia delante—. Lo único que espero de ti es que le hagas venir a Vesper's. Si es necesario plantar un cepo succulento, así sea. De lo demás me encargaré yo.

—No sé si está en California ahora mismo. Cuando empieza el buen tiempo, suele irse de viaje al Caribe. Pero si está, sería tan fácil como improvisar una fiesta en el club. Cuanto más exclusiva, más le tentará venir. Y si sabe que se pasará alguna de sus sumisas preferidas, diría que tendríamos su asistencia garantizada.

Ayane sacudió la cabeza sin darse cuenta.

—Suponía que nos echarías una mano porque no eres un hijo de puta, pero sabes que te podrías meter en problemas si se abriera una investigación después de su... desaparición, ¿verdad?

—Tu novio me pone los pelos de punta desde que lo conocí —le dijo Califa sin rodeos. Señaló al silencioso Sacha con un gesto de cabeza—, así que si es la mitad de meticuloso con sus

asuntos de lo que se advierte con solo mirarlo, estoy casi seguro de que no me meteré en ningún problema. Y si lo hiciera, ya me has oído antes —apostilló con la mirada fija en ella. Sus ojos despidieron un brillo vengativo—. Nunca he sido del tipo justiciero, pero las circunstancias de mi mejor amigo me han... radicalizado, por decirlo de forma suave. Que no me arme y vaya a la guerra en primera línea no quiere decir que no vaya a hacer cuanto pueda por dejar el mundo mejor que como me lo he encontrado. Sobre todo por lo que muy bien ha señalado este tipo: voy a tener un bebé y no quiero que vea o se entere siquiera de lo que ha visto su padre.

Se giró hacia Angel Face con las cejas enarcadas, esperando una queja que no llegó.

La implicación de Califa en investigaciones sobre la trata debía de haber sido fuente de conflictos entre la pareja, o de lo contrario no se habría molestado en buscar su aprobación, seguro como estaba siempre de cada paso que daba.

Para sorpresa del dueño y de Ayane, que sabía lo posesiva y protectora que Angel Face podía llegar a ser con su marido, se limitó a asentir con la cabeza y desviar la mirada a sus manos entrelazadas en el regazo.

—Va siendo hora de cenar —fue lo que dijo ella para zanjar el asunto—. Hay sobras del cáterin de la fiesta de ayer. Estáis invitados a compartirlas con nosotros.

Capítulo 3

Ayane se había quedado prendada del elemento decorativo que dominaba el dormitorio conyugal. Paula la había invitado a pasar después de darse una ducha rápida para que eligiera un atuendo más cómodo, y ella no había perdido la oportunidad de husmear.

Siempre se había preguntado cómo sería el hogar de dos personas como ellos, con caracteres tan dispares y gustos radicalmente distintos. Y lo que era más: en un alarde de malicia imperdonable, llegó a apostar con algunas examigas de French 75 que la pareja no duraría ni una semana sin matarse. Califa era esclavo de una pasión explosiva y Angel Face había patentado el temperamento flemático, llegando a parecer inmune incluso al hombre que amaba. Califa despilfarraba como si fuera su último día en la Tierra y Angel Face no solo se autoproclamaba anticapitalista, sino que practicaba la frugalidad a rajatabla, sin consentirse la hipocresía ni para darse un capricho.

Lo único que tenían en común era que ninguno daba el brazo a torcer.

¿Cómo diablos habían conseguido permanecer juntos y felices durante tantos años, pues?

Las recientes determinaciones de Ayane en el plano matrimonial se tambaleaban ante un amor como aquel, que no hacía sino demostrarle que todo era posible si dos personas estaban dispuestas a luchar por la relación.

¿Debió ella haber luchado más por la suya?

—Sigue conservándolo —comentó por lo bajini, cruzada de brazos ante el tapiz que coronaba la cama con una segunda copa en la mano.

La necesitaba para relajarse.

Dicho tapiz exhibía a dos sirenas tendidas sobre el costado. Le daban la espalda al observador para observarse mutuamente con cierta curiosidad, pero se podía apreciar la belleza de su perfil. Sus colas escamosas se enroscaban para formar un círculo perfecto en el centro, este coronado por las aletas.

Había sido el símbolo representativo del primer club de Califa.

En una ocasión le pidió que le explicara el porqué de su elección. Recordaba que él sonrió, canalla como era en su juventud.

—Sadismo y masoquismo —recitó, mostrando los dedos índice y corazón—. Amo y sumisa. *Rigger* y *rope bunny*. Mascota y propietario. Los pecados compartidos siempre vienen en pareja, de ahí las dos sirenas. Y luego está lo obvio: yo no soy el único que maneja el cotarro. Scorpion y yo —apostilló, y su sonrisa se ensanchó porque aún no se habían convertido en archienemigos y le estaba permitido celebrar su amistad.

—¿Estás diciendo que sois un par de sirenitas? —se había burlado ella.

—¿Y por qué no? Todos somos sirenas. Viene del griego antiguo, *seirēnes*, que viene a significar «las que atan y desatan». ¿Quién no ha pasado por aquí y ha encadenado o se ha dejado encadenar?

—Pensaba que la elección de las sirenas sería, en todo caso, porque son criaturas peligrosas y seductoras.

—Nosotros no somos peligrosos. —Le guiñó un ojo—. Seductores... quizá un poco.

—Con los años se vuelve más y más nostálgico —señaló Paula, devolviéndola a la realidad. Había estado corriendo los vestidos que colgaban de su armario, uno que no tenía nada que envidiarle en tamaño y contenido al de su esposo, el hombre más coqueto del planeta. Se giró hacia Ayane con su primera elección, un cómodo camisón de satén negro—. ¿Te parece bien?

Ella enarcó las cejas con gesto burlón.

—No lo veo muy apropiado para sentarme a cenar en tu casa.

Angel Face la miró de arriba abajo con premeditada lentitud.

Aunque la relación de Ayane con las insinuaciones sexuales se había visto afectada en los últimos meses, tuvo que reconocer que aquella mirada despertó un antiguo instinto, uno muy sano; el que nunca le había permitido odiar a Paula pese a haber sido a todas luces su competidora.

El que, de hecho, había convertido dicha competición en una enemistad imbuida de tentaciones imposibles.

—Me alegra que lo que quiera que te pasara no afectase a tu arrogancia natural —dijo al cabo de unos segundos, segundos en los que Ayane no supo reaccionar a la exquisita sensualidad de cada uno de sus movimientos—. No sé en qué te habrías convertido si hubieras perdido el descaro de presentarte en mi casa y hablar como si por ponerte un vestido bonito pudieras enamorar a mi marido, pero, desde luego, a la Kir Royale que yo conozco no te parecerías ni una pizca.

Había una intención retadora bajo la respuesta. Nada novedoso viniendo de Paula, que jamás le había hablado en términos amistosos. Pero seguía siendo una contestación conmovedora, porque reconocía un carácter y una personalidad que Ayane había dado por perdidos.

Llevaba sintiéndose diferente desde que se había reunido con sus viejos conocidos, inspirada por los relatos que ambos conservaban de ella y el modo en que la trataban, que no había cambiado un ápice.

Quizá porque desconocían el alcance de su sufrimiento, o quizá porque podían figurárselo y no les importaba porque confiaban ciegamente en su resiliencia.

—¿Ese ha sido un intento por hacerme hablar de lo que me ocurrió?

—En absoluto. Nunca he sido curiosa. —Y no mentía. Hasta la fecha no había conocido a

ninguna otra persona menos impresionada con la vida—. De todos modos, me lo puedo imaginar después de lo que Califa ha ido descubriendo.

—¿Lo ha descubierto todo? ¿Ha descubierto que es Clericot quien está compinchado con los mandamases de la red y ejecuta los secuestros? —Paula asintió—. ¿Y ha descubierto por casualidad por qué Clericot me eligió a mí?, ¿por qué escogió a Amelia, a Jaylani, a Carey?

—Por la misma razón por la que eliges a la mujer a la que te vas a acercar en una fiesta, supongo. Porque está buena. Porque crees que puedes sacar algo de ella, en este caso rédito económico. Pero si andas buscándole un sentido lógico al secuestro, a la trata de blancas o a la violencia contra las mujeres, Kir Royale, no lo vas a encontrar. Sucede porque hay gente que lo hace y hay otra gente que lo permite simplemente mirando a otro lado. No te queda de otra que recomponerte sin ayuda de una explicación y sin el consuelo de que te sucedió porque eres especial. Te tocó a ti como podría haberle tocado a cualquier otra. Lo único que te hacía una víctima potencial era tu género y que estuvieras allí.

—Al final va a ser verdad que el embarazo te ha vuelto más sensible —señaló Ayane, pasados unos largos segundos. No le había costado digerir su exposición de los hechos. Era algo que ella misma había pensado cientos de veces antes. Se dirigió hacia ella y tomó la percha que Paula no había dejado de sostener en alto—. Apuesto a que no te imaginabas dándome consejos, intentando consolarme, prestándome ropa y sentándome a tu mesa para cenar.

—Tampoco me imaginaba a mí misma preñada. Ni a mi marido colaborando con Seguridad Nacional. Ni a ti domando a la bestia rusa —apostilló antes de girarse con una expresión misteriosa.

Con el movimiento, el kimono de satén ondeó tímidamente a su espalda. Ayane se fijó en la caída escarlata de la prenda y en cómo el borde le acarició las pantorrillas morenas en su camino al tocador, donde descansaba un altavoz que reproducía una canción en inglés.

Curioso. A Paula siempre le había gustado el reguetón y Califa había tenido que ceder a sus preferencias poniendo música del género en su exclusivo club.

*Girl, you do damage to me
You know, I love it, yeah I love you
Ain't nothing better for me now
Than your poison baby*^[3]

Ayane tomó asiento en el borde de la cama que la pareja compartía. Se sintió extrañamente reconfortada a la par que cometiendo una ilegalidad. Nadie había tenido permiso nunca para inmiscuirse entre Angel Face y Califa, y lo que ella estaba haciendo, penetrar en sus dominios

con plena confianza, se le antojaba una concesión privilegiada.

Una que no le fue revocada.

—En realidad es ucraniano —señaló.

—No me digas. Qué confusión tan inconveniente la nuestra.

—No hay de qué preocuparse. Seguro que se puso Black Russian por un chiste interno.

—Entonces tiene sentido del humor.

—De vez en cuando.

Paula observó a través del espejo del tocador que su invitada sacaba la cajetilla de tabaco del bolsillo del pantalón, ya vaciada la copa y abandonada en cualquier parte, y la agitaba en su dirección en una petición silenciosa.

La anfitriona se encogió de hombros, y Ayane prendió el cigarrillo ruso con el mechero.

Soltó el humo de la primera calada e inquirió:

—¿Quieres que te pregunte cómo te sientes con el embarazo, quieres que pongamos fino a Califa por sus ambiciones policiales o quieres que te cuente cómo he domado a la bestia? Uno nunca sabe cómo comportarse contigo. —Entrecerró los ojos al ver que Paula sacaba una paleta de maquillaje—. ¿Vas a pintarte la cara para cenar en casa?

—Dicen que las embarazadas tienen el guapo subido, pero he leído suficiente al respecto para saber que algunos hombres desprecian a sus mujeres conforme van engordando. —Tomó asiento frente al espejo y se contempló con ojo crítico antes de devolver la vista a Ayane, que había estado observando su escrutinio con incredulidad. Era como ver a un león dudando de su fiereza—. ¿Puedes fiarte de él?

La pregunta le puso el vello de punta.

Era una duda que circulaba en su mente, pero que no se había atrevido a abordar desde que sabía que Sacha sufría.

—¿Estás preocupada por mí? —se burló para ganar tiempo, y dio otra calada al cigarrillo.

Paula esperó a haberse aplicado máscara de pestañas para contestar.

—Estoy preocupada por mí. Sé qué clase de amenaza representas tú, pero no los riesgos que corro con ese tipo bajo mi techo. ¿Se supone que estáis juntos?

—No.

—Pero quieres.

Ayane apartó la vista.

Era un tema en el que la avergonzaba pensar. Entendía por qué no era la prioridad, y, aun así, aunque estaba aprendiendo a poner a un lado sus propias necesidades para resolver un problema mayor, seguía siendo lo bastante egocéntrica para sopesar la cuestión sentimental.

Sería un alivio tener con quien hablar de ello. No se le había dado la oportunidad de desahogarse en el último año. Quizá nunca. Su padre no podía escucharla porque no estaba

presente; su madre, siempre sobrepasada por los acuciantes dramas familiares, no quería ni oír hablar de los problemas abordables que le iban surgiendo en la adolescencia. Había tenido amigas, pero ninguna le había transmitido la suficiente confianza para abrirse.

Con Sacha no podía hablar de Sacha, porque ni siquiera Sacha se aceptaba como un ser humano autónomo y con dimensión real. Se tenía por un medio para un fin, un robot con objetivos y sin concepto de futuro.

Jace había sido el único que la había escuchado.

Y Jace ya no estaba.

Paula se levantó del tocador una vez terminó de pintarse los labios y se acercó a ella con un cenicero de cristal en la mano. Se detuvo a un paso de distancia y se lo tendió, y a Ayane solo se le ocurrió pensar que parecía que fuera a sentarse en su regazo.

Alzó la barbilla para enfrentarla y alargó la mano para depositar las cenizas donde demandaba.

Se la quedó mirando siendo consciente de su admiración.

No había existido ni existiría jamás una criatura con un magnetismo semejante. Era como Califa la definió una vez que se emborrachó demasiado para recordar que su amante estaba presente: Remedios «la bella», aquel personaje de García Márquez que siempre estuvo a un nivel de la realidad superior y cuyo olor mataba de anhelos imposibles a los hombres.

«Y a las mujeres», pensó con vaguedad.

—No sé si tengo derecho a querer nada en este momento —reconoció Ayane en voz baja, sumida en la oscuridad de sus ojos negros.

—A lo mejor no lo tienes para pedirlo, pero ¿para quererlo? Los deseos son compatibles con todas las circunstancias... por desgracia —atajó Paula. Cogió el cigarrillo que la invitada había estado sosteniendo muy próximo a sus labios y le dio una calada deliberadamente pausada.

—Las embarazadas no deberían fumar.

—Y no lo hago. Una sola calada no me va a matar ni va a afectar al niño.

—Pero puede que lo haga Califa.

Paula sonrió, enternecida porque la creyera prisionera de su marido y no su legítima propietaria. No le devolvió el cigarrillo enseguida, y Ayane se sorprendió a sí misma siendo presa de unos nervios adolescentes.

Aprovechó que le había desocupado las manos para levantarse y empezar a desnudarse.

—¿Por qué el interés hacia Black Russian? ¿Ahora quieres unirme en sagrado matrimonio con el hombre sobre el que me advertías hace un año? —Enarcó una ceja. Se quitó la camiseta por la cabeza y la arrojó sobre la cama, y acto seguido procedió a desabrocharse el pantalón y bajarse la cremallera. Quiso aguantarle la mirada a Paula, pero ella ladeó la cabeza y se fijó con gesto inexpresivo en la labor de sus manos. Su atención consciente le aceleró el pulso—. No me digas

que solo quieres arrojarme a los lobos para que no se me ocurra buscar entretenimiento en tu pareja.

Se bajó los vaqueros con un movimiento y los apartó a un lado con una patadita. Se quedó en ropa interior delante de Paula, que seguía sosteniendo su cigarrillo con esa parsimonia calculada con la que lo hacía todo.

Había algo en ella que le recordaba a Sacha, o algo en Sacha que le recordaba a Paula: los pensamientos cifrados, la imposibilidad de conquistar un mundo interior que intuía tan caótico como maravilloso.

—Las cosas pueden cambiar muchísimo en un año —fue todo cuanto dijo.

—¿Quieres decir con eso que ya no eres la novia celosa?

Angel Face le aguantó la mirada.

Su pintalabios escarlata había dejado una marca oscura en la boquilla.

—Siempre he tenido más atribuciones aparte de esa.

—Pero lo único que a mí me ha correspondido es sufrir tu ira —puntualizó con la cabeza ladeada. Dio un paso adelante—. Parece que solo necesitaba que la trata me victimizara para gozar de tu generosidad.

Señaló el pitillo con un gesto de barbilla para solicitarlo, a lo que Angel Face curvó los labios en una sonrisa que solo entendía ella y le acercó el cigarrillo a la boca. Ayane no dudó en dar una calada rozando deliberadamente con los labios las yemas de sus dedos, aguantándole la mirada a la vez.

—A lo mejor la compasión es el único camino hasta mi corazón —resolvió con voz queda.

—¿Y eso lo has descubierto ahora? —inquirió con segundo sentido.

«¿Acabas de enterarte de que entre tú y yo hay química?», daba a entender.

Podía estar anestesiada para los hombres que no fueran Sacha, pero reconocería el nudo tirante del deseo en cualquier parte. Sobre todo cuando apretaba dentro de sí.

Paula pestañeó una sola vez, muy despacio, y depositó el cigarrillo en el cenicero. Cogió el camisón negro que descansaba sobre la cama y, al ver que Ayane levantaba los brazos para que la vistiera, cogió educadamente el guante y se lo puso por la cabeza.

La invitada buscó la mirada de su anfitriona en cuanto la prenda se deslizó por su cuerpo y halló lo que no sabía que estaba deseando ver: una chispa lujuriosa.

En un silencio que lo decía todo, Paula se ajustó la cinta del kimono a la cintura, que hasta el momento había insinuado una abertura que exhibía la lencería fina con la que le gustaba pasearse por sus dominios.

Salió del dormitorio sin dar más explicaciones.

En cuanto Ayane se quedó sola, soltó todo el aire en un suspiro entrecortado y se rio de sí misma para sus adentros. Estaba claro que se sentía vergonzosamente atraída por las personas

que la dejaban con un palmo de narices.

Se presentó en el comedor un rato después con una tercera copa servida y la engañosa sensación de que las manos de Paula seguían sobre su cuerpo. Sacha y Califa ya estaban allí, el anfitrión con los mismos vaqueros, ahora con cinturón y combinados con una camiseta de baloncesto, y el invitado alardeando inconscientemente de su casi insufrible perfección.

La escena parecía haber emergido de los sueños de una mujer lasciva. Dos hombres tan atractivos que dañaban la vista recostados el uno al lado del otro y conversando en voz baja ante sus bebidas. Generosas fuentes de comida habían sido servidas con mimo a lo largo de la mesa. Y luego estaba Paula, que la adelantó para tomar asiento junto a su marido dejando libre para Ayane un hueco a su lado.

No fue a sentarse enseguida. Antes se dirigió hasta Califa, que no había contenido una mirada apreciativa de su cuerpo embutido en el camisón, y le tendió la mano con un gesto de ternura burlona.

—Ayane Nagai —se presentó—. Encantada de conocerte finalmente.

Califa aún le veía el punto humorístico a las travesuras. Se la estrechó con una sonrisa.

—Siempre has sido una mentirosa compulsiva, ¿eh?

—Yo siempre digo la verdad, solo que tú nunca has visto más allá de tus narices. —Y señaló a Paula con un movimiento de cabeza. Esta ya estaba sirviendo vino tinto en las cuatro copas—. ¿Vamos a bendecir la mesa?

—¿Por qué no? —Califa levantó la copa bien surtida e intercambió una mirada con Sacha—. Por las bonitas alianzas.

El esclavo asintió en señal de conformidad y alzó la mano antes de dar un escueto sorbo. Ayane se fijó en que el líquido teñía momentáneamente sus labios, cerrados a cal y canto casi siempre que se encontraba en una reunión de tres o más personas.

Tuvo que obligarse a concentrarse en su plato, donde Paula acababa de servir patatas cocidas con solomillo a la crema.

Por debajo de la mesa apretaba los puños, confundida con la intensidad de sus anhelos.

¿Era porque estar en Los Ángeles le parecía irreal? ¿Era porque una mujer de su temperamento no podía darle la espalda a la pasión por mucho tiempo? ¿Era porque se sentía bien, se sentía ella misma, rodeada de viejos conocidos?

Como de tácito acuerdo, ninguno de los cuatro comensales mencionó nada relativo a Giannoli después de que Califa anunciara que ya lo había avisado de una exclusiva celebración en el club al cabo de dos noches. Parecía que ninguno de los presentes quisiera cortarse la digestión

hablando de temas tan delicados, y no pudo decirse que la promesa de violencia contra el italiano flotara en el aire.

Califa, en su papel de anfitrión imbatible, trajo al presente recuerdos compartidos que hicieron las delicias de la conversación y por un instante convencieron a Ayane de que estaba allí para visitar a unos amigos y no con fines que pondrían en riesgo su vida.

Incluso Sacha parecía relajado y presente.

Lástima que ni siquiera una actitud serena lograra convencer a Ayane de olvidar quién era y lo que provocaba en ella, porque cada vez que cruzaban miradas, era de nuevo consciente de que no era inmune ni a su físico ni a su pasado sexual, algo que le costaba no mantener en la cabeza.

Ni mucho menos cuando la proximidad de Paula avivaba un fuego inexplicable.

Cada vez que se movían, Ayane rozaba su hombro con el de ella, y no sabía si era por el efecto del vino, pero le daba la impresión de que Califa la miraba con un hambre que ya debería haber dado por saciado.

Al cabo de un rato, Ayane observó que el anfitrión acercaba el tenedor a la boca entreabierta de Paula. Sintió un absurdo placer *voyeur* al captar la mirada fogosa que la pareja intercambió mientras ella aceptaba alimentarse de él como una reina perezosa.

El nudo de nervios que el encuentro con la joven en la habitación le había dejado no hizo sino tensarse, advirtiéndolo de un caluroso estallido, cuando ambos se percataron de que estaba pendiente de sus movimientos. Fue Paula la que, conteniendo aquella sonrisa de la Mona Lisa tan suya, pinchó un trozo de solomillo y se giró hacia Ayane para replicar el favor prestado.

Tardó en reaccionar por los agradables efectos del vino y por los no menos estremecedores efectos de la mirada de Paula sobre ella. Aguantó en el sitio el hechizo de misterio de unos ojos negros que ardían como brasas y separó los labios para comer de su mano.

No apartaron la vista la una de la otra mientras masticó y tragó despacio, como si no quisiera que el menor ruido rompiera el instante de complicidad. Su antigua intuición la advirtió de lo que vendría a continuación, y su cuerpo celebró no haberse equivocado encendiendo un núcleo de calor en su vientre; calor que se extendió por todas sus terminaciones cuando Paula se inclinó hacia ella y, alargando antes el momento con una vacilación que embraveció su deseo, la besó con los labios entreabiertos.

No había pretendido en ningún momento que el beso fuera casto, comprendió. Ayane recibió la caricia de su lengua empujándola con la suya y ladeó la cabeza para profundizar de inmediato, temiendo que fuera un sueño o Paula cambiase de idea.

Alguna que otra vez había envidiado la suerte de Angel Face con los hombres, pero nunca había dejado de entender su éxito. En esa situación tan trepidante solo podía resignarse a la verdad de que su sensualidad era una trampa adictiva, y a nadie se le podía culpar de caer en sus redes. Ayane lo hizo, y suspirando con gran placer, cuando Paula se separó lo justo para seguir

derramando besos por su barbilla, por su cuello, por el escote que primero cubrió con la palma de la mano.

La ruta del carmín dejó huellas ardientes.

No quiso abrir los ojos. Se entregó a la novedosa sensación de los labios femeninos rodando por su piel, más sensible ahora que tenía todo el cuerpo prendido.

Era tan diferente del contacto con un hombre que no se le ocurrió despreciarlo o asociarlo con previas experiencias.

Era delicada, exquisitamente erótica.

Notó que Paula introducía la mano bajo el camisón y le cubría el pecho para estimularle el pezón erecto. Con la otra le retiró la melena de los hombros para lamerle el cuello con la punta de la lengua. Trazó de abajo arriba una línea precisa que halló su culminación en un segundo beso, este más intenso y agobiante porque Ayane había empezado a desesperarse y necesitaba tocar propiamente a aquella criatura de ensueño.

Abrió los ojos nada más separarse, jadeando, y comprobó que Paula se hallaba en un estado similar. Le sostuvo la mirada, complacida por haberla arrancado de su cómoda indolencia para arrojarla a la misma pasión ardorosa. Ella sacó la mano del camisón y le puso la mano en la rodilla. Fue acariciándole la cara interna del muslo hasta llegar a su ropa interior, procurando contar en todo momento con su consentimiento. Este quedó manifiesto en el gesto de separar las rodillas.

Ayane siseó al notar los dedos femeninos en su sexo y juntó las piernas, no por instinto sino para presionar con su manicura el punto sexual que exigía atenciones. Se agarró al borde del asiento con las dos manos y solo suavizó la tensión de los muslos cuando Paula expresó la intención de masturbarla.

Seducida por sus caricias pacientes, inspiró hondo y liberó todo el aire en un gemido entrecortado. Su mirada desenfocada vagó por el comedor hasta reparar en la figura de Califa, que observaba recostado en el asiento con una mano en la perilla y los ojos brillantes como dos soles de verano.

Ayane estaba retorciendo las caderas al ritmo de los dedos de Paula cuando desplazó la vista hasta Sacha. Justo enfrente de ella, atendía a la escena mientras desmigaba una rodaja de pan, como si no se diera cuenta de lo que hacían sus manos.

No había forma de averiguar sus pensamientos, pero respiraba de manera irregular.

Comprobar que aún tenía un efecto sobre él despertó una vanidad femenina que había creído olvidada.

Ladeó la cabeza hacia Califa, de donde provino el sonido metálico de la hebilla de un cinturón. Se había desabrochado el pantalón para rodearse la erección con la mano sin perder un ápice de su elegancia felina. La familiaridad de ese movimiento, de esa mano que años atrás le

prodigó tantas caricias como asestó azotes, de esa polla que había encontrado dentro de ella un centro de travesuras, la hizo salivar.

—Todavía te gusta, ¿verdad? —susurró Paula en su oído.

—Casi tanto como tú —se oyó responder, sumida en la ensoñación del placer.

La anfitriona aumentó la velocidad del movimiento de sus dedos, y, con ello, la irresistible presión en el clítoris.

—¿Quieres que te folle?

Ayane tragó saliva al escucharla.

—¿Él?

—No. Yo.

«¿Quieres que te folle?».

Esa era una frase que le habían repetido muchos de sus clientes en Bangkok. Una pregunta retórica, pues no esperaban respuesta ni se detenían cuando decía que no; una pregunta a la que también habían recurrido los amantes ocasionales de su período autodestructivo con el fin de subrayar su superioridad, denigrándola de paso.

El placer no llegó a disiparse, pero, de pronto, Ayane fue muy consciente de sí misma y se quedó paralizada.

Paula tuvo que notarlo, porque se acercó a besarla en la mandíbula y la comisura del ojo con una dulzura estremecedora. Su olor corporal bastó para suavizar la tensión de los músculos, pero sobre todo fue su voz serena lo que la devolvió a la vida:

—Soy una mujer.

Era verdad. Era una mujer, y las mujeres no le habían hecho daño. Las mujeres no la habían usado o maltratado. Las mujeres habían sido sus aliadas y sus compañeras en los infiernos.

Pero Califa no era una mujer y tampoco la había herido con vejaciones. Califa no era una mujer y, al levantarse del asiento con el pantalón bajado, no experimentó el menor reparo y ansió que fuera en su busca.

El anfitrión barrió con un solo brazo los platos que sobraban ahora que la mesa había sido promocionada a cama puntual. Ayane notaba la boca seca por la inminencia de un orgasmo que la sorprendió con los dedos de Angel Face tanteando la entrada a su sexo para comprobar que estaba húmeda. Y lo estaba tanto que se rindió a los besos cada vez más persuasivos de Paula y a sus órdenes no verbales: la de levantarse, aun con el eje trastocado, y apartar la silla.

Con los tobillos flojos y sudando, vio que Califa aupaba a Paula sobre la mesa y esta se echaba hacia atrás para hacerle hueco a Ayane. Esta ni se lo pensó a la hora de encaramarse cuando aquel sueño de mujer le abrió los brazos. De rodillas sobre la mesa, se dejó quitar el camisón con caricias que le pusieron el vello de punta y se recostó entre los cálidos brazos de Paula, espalda contra pecho femenino y piernas abiertas con las rodillas apuntando hacia Califa,

como si fuera a dar a luz.

Ayane se humedeció los labios al ver que el anfitrión se aproximaba con una mano sobre la erección, igual de poderoso que un titán. Nadie podría haberle dicho que no sin sacrificar una experiencia divina. Se creció bajo una mirada tantas veces antes apreciada, se regocijó en su brillo anhelante; se sintió como diez años atrás, orgullosa de saber domesticar con la promesa de su cuerpo al mismísimo rey de la selva.

Califa no temía exteriorizar su deseo. Con la mano libre recorrió la longitud de una de las piernas femeninas, escamando su piel por la anticipación en el proceso, y enrolló un dedo en la tira de las bragas. Se apoyó en la ingle de Ayane para no perder el equilibrio al inclinarse hacia delante con una media sonrisa solamente trastocada por las ganas.

—Hola —susurró muy cerca de su cara.

El corazón de Ayane dio un vuelco, y reconoció en ese saludo el vínculo íntimo que el tiempo no había logrado destruir. De alguna manera, había conseguido recoger toda la belleza y el frenetismo sexual de su pasado común en una sencilla palabra para terminar de aplacar las reservas escondidas en el fondo de su corazón.

—Hola a ti también —logró articular después de tragar saliva.

Fue a sonreírle, agradecida, pero él impuso su autoridad quitándole las bragas muy despacio. Se las dio para que las sujetara en la mano, una de sus morbosas manías durante el sexo, y se aseguró de que su mujer no quedaba desatendida en el juego asomándose por el hueco del hombro de la invitada para besarla en la boca.

Ayane se revolvió sobre la mesa, incapaz de seguir soportando el ardor del bajo vientre, el calor que hacía latir su cuello y sus sienes. Separó las piernas y afianzó los pies sobre la mesa esperando que esto llamara la atención de Califa, y lo hizo: lo hizo porque él sonrió, arrogante, y acercó su miembro al sexo expuesto en tanto que Paula cubría sus pechos desde atrás.

Como si quisiera hacerla sentir arropada. Como si quisiera mantenerla a salvo.

Ayane le aguantó la mirada a Califa mientras él se divertía acariciando sus pliegues con el prepucio. Se mojaron mutuamente con los respectivos fluidos, se calentaron con la vista y con el tacto, y cuando una gota de sudor corrió por la sien de él y ella pensaba que no podría tolerar más la tortura, la penetró hasta la base sin perder la sonrisa que auguraba perversidades peores.

Descansó la nuca en el hombro femenino para soltar un suspiro de alivio. Aferró sus propias bragas con el puño apretado y con la otra mano buscó a su espalda la melena negra de Paula, a la que se agarró para soportar las lentas pero furiosas embestidas de Califa.

Todo lo que había a la vista la excitaba: los ojos de oro del antiguo amante, el sudor que lustraba sus rasgos perfectos, las venas en tensión de los brazos en los que se apoyaba para penetrarla, sus músculos de bronce y su vello negro tizón... y todo lo que no quedaba en su campo de visión, también: las manos de Angel Face, la cara de Angel Face... y la silenciosa

observación de Sacha.

Su mera presencia intoxicaba el aire. La hacía vibrar de un modo violento pero familiar.

Cuando empezaba a ver borroso por obra de un éxtasis que creyó olvidado, una sombra descomunal apareció a las espaldas de Califa. Sacha se había encendido un cigarrillo y había decidido recostarse en la pared para vigilar desde un discreto rincón. Ayane se visualizó siendo follada por una pareja, por un examante; siendo follada por Angel Face pero a través de su compañero de vida gracias a su orden. Se imaginó siendo manipulada por dos personas que no querían más que verla disfrutar, ofreciendo a la vez un espectáculo al inmovible esclavo, y sintió que se elevaba, que la pasión podría desmontarla.

Aguantó la mirada de Sacha en la distancia, mordiéndose el labio para reducir sus gemidos a simples gruñidos. Aguantó también los firmes embates de Califa procurando que no la desplazaran del sitio ni un milímetro. Se entregó a la sensación de la carne abierta para él, del alma al desnudo para el otro, de la boca tierna de Angel Face manchando de ternura aquellos espacios en los que dejaba besos.

Califa se acercó más y rodeó a su mujer por la cintura para abrazarlas a las dos e intensificar una penetración que ya la tenía al borde del desmayo. Pero no era el desmayo: Ayane alcanzó el clímax arrojada por delante y por detrás por dos criaturas tan sensuales y poderosas que por primera vez en mucho tiempo se sintió a salvo.

Colmada y a salvo.

Califa todavía se empujó en su interior con una serie de empujones antes de separarse con el miembro aún erecto. Bastó con intercambiar una mirada significativa con Paula para que esta abandonara su posición y, haciendo gala de una obediencia de la que nadie antes había sido testigo, se arrodillara en el suelo alfombrado y abriera la boca humildemente para recibir su simiente. Califa apoyó el prepucio sobre su lengua y echó las caderas hacia delante hasta que su polla desapareció en la garganta de su mujer, que esperó con la mandíbula relajada y los ojos cerrados a que vaciara la última gota.

—¿Cómo de rico sabe el coño de Kir Royale? —le preguntó amorosamente, acariciándole la barbilla.

Paula solo emitió un ronroneo aprobador.

Ayane los observó todavía hiperventilando, con los muslos flojos y la entrepierna palpitante. Se recreó en el espectáculo acodada sobre la mesa para no derrumbarse, pero temblaba como una brizna de trigo en campo abierto.

Desplazó la mirada hacia el rincón donde Sacha había estado fumando. Solo que ya no estaba allí: con el cigarrillo atrapado en los labios y blindado por su propia presencia intimidante, se acercaba a ella con lo que para él era desenfado para tomarla entre sus brazos, completamente desnuda, y llevársela a la habitación de invitados.

Ella se dejó cuidar recostando la cabeza en su hombro.

—¿Te ha gustado? —musitó con la garganta seca.

Sacha no contestó. La besó en la frente en su lugar. El tierno gesto y oler su perfume helado terminó de anestésicarla. Los ojos se le fueron cerrando por el camino. Pero antes apoyó la mano en su pecho, ahí donde debía de seguir bombeando su corazón aunque fuera ya por costumbre, y se rindió al sueño con el metrónomo de sus latidos.

Capítulo 4

Sacha agradeció que Ayane se borrara del mapa hasta la noche de la fiesta que le haría tachar un nombre nuevo. Valoraba las escasas horas de sueño que necesitaba antes de un ataque para desenvolverse con agilidad, y la criatura se las habría robado todas si hubiese seguido trastornándolo con su cercanía.

Una cercanía que le habría recordado lo sucedido entre el matrimonio y ella.

A lo mejor era porque se había estado resistiendo, porque sus secretos la habían separado de él irremediabilmente y, cuando no, el dolor de *malyshka* le había convencido de que no era sabio airear su deseo. Pero desde que la viera recuperar las ansias sexuales, ya no encontraba motivos para no mantener la esperanza de que regresara a sus brazos ahora que no los temía...

O no tanto.

Había deleznado las emociones que le despertaba porque le distraían. Porque el tiempo que pensaba en ella era tiempo que no pensaba en Yeva. Pero el deseo que sentía por *malyshka* era ahora parte de él. Le asfixiaba y lo mataba lentamente como podía hacerlo el recuerdo de su hija, pero no conseguía alejarlo de sus objetivos, y todo porque había abandonado el primer plano de sus pensamientos para carcomerlo a un nivel interno.

Hacía tiempo desde que Ayane no era un capricho que le amenizaba las noches. Ayane era una necesidad primaria sobre la que había desaprendido cómo diablos actuar, pero con la que convivía en relativa paz. Sabía que no podía esperar que ella cogiera al toro por los cuernos, porque estaba tanto o más perdida que él..., pero también cada vez más recuperada, cada vez más en condiciones de cumplir unas expectativas que Sacha no podía seguir acallando.

Pensaba en ello y en Gabriele Giannoli la noche que se materializaría la siguiente muerte de la lista. Había dejado de merodear por la habitación de hotel, en la que Ayane no había dormido, para comenzar unos preparativos que recordaban a un ritual religioso.

Acababa de sacarse la camiseta por la cabeza cuando oyó que la puerta de la habitación se cerraba. Una Ayane paralizada por entrar en el momento justo había decidido no moverse del umbral, como si un paso en falso pudiera condenarla para siempre.

Condenarla ¿a qué? Eso solo lo sabía ella.

Pero Sacha disfrutó como un niño del rubor que se extendió por sus mejillas al verlo semidesnudo, prueba de que aún sobrevivían los restos de una inocencia mutilada.

—He estado durmiendo en casa de Paula y en el hospital —explicó con tiento. Se dirigió al armario donde había colgado su escaso equipaje—. La exmujer de Rob Roy estaba muy cansada y necesitaba pasar por casa, así que me quedé vigilando. Es tan malo como dijo Califa. No

parece que vaya a sobrevivir —agregó acongojada, más por rellenar el silencio que porque creyera que a Sacha fuese a importarle.

Ciertamente, no le importaba. No mintió cuando le anunció que no existía criatura capaz de despertar su compasión. Ni siquiera la propia Ayane, por la que en todo caso había experimentado la parte positiva de la piedad: la admiración hacia su afán de supervivencia.

Sacha respetaba los rasgos del carácter que él nunca había conseguido cultivar, como este caso su instinto de preservación. Todas las noches que se buscaba la ruina para consumir su venganza, noches como aquella, ponía en riesgo su futuro, y a la vista estaba que le importaba un carajo.

—Tu preocupación es conmovedora —señaló Sacha, entretenido rebuscando en su maleta lo que se pondría esa noche.

Ropa oscura por si se manchaba de sangre.

—Tú, en cambio, sigues sin preocuparte por nada —apuntó Ayane sin ninguna intención de reproche. Se limitó a subrayar una verdad mientras pensaba una combinación ante su modesta selección de prendas—, porque supongo que no estabas de coña cuando decías el otro día que nadie te da pena.

—Iba bastante en serio.

Ayane se giró hacia él con gesto severo.

—¿Ni siquiera te enfadas por Rob Roy? Tú lo conociste. Lo has tratado. Es una buena persona. *Era* una buena persona. —Esta vez sí hubo una nota de resentimiento en su voz, pero dudó que tuviera que ver con él. Estaba más disgustada con el mundo que con un humilde mortal —. Y tiene un hijo, ¿sabes? De diez u once años. Doce como mucho. Y una mujer que le quiere.

—Una exmujer.

—Que le quiere —recalcó—. ¿Qué más da el título? La cuestión es que ha dejado a una familia sufriendo por él.

Sacha se encogió de hombros.

—Es poco lo que yo puedo hacer por el tipo. Y, si te digo la verdad, en el remoto caso de querer compadecerme de alguien, antes me compadecería de las víctimas de la trata que de un hombre que no se está enterando de nada. Ha tenido una muerte muy agradable.

Ayane se quedó de una pieza.

—¡Todavía no está muerto! ¿Y es que no tienes corazón? —Se enderezó para acusarlo con una mirada fría con la que no engañaba a nadie. No a Sacha, al menos. Comprendió la que había sido su intención al sacar el tema en cuanto dijo como quien no quería la cosa—: ¿Ni siquiera te compadece de la madre de Yeva? Habrá sufrido lo mismo que tú.

Sacha entornó los ojos rezumando desdén.

—De la madre de Yeva me compadezco menos todavía, pero no creo que ande necesitada de

apoyo. Lleva unos años muerta.

La tensión desapareció de los hombros de Ayane.

Aunque el asombro fue su emoción prioritaria, no consiguió ocultar el profundo alivio al saber que no tendría rival en una competición por él en la que ni siquiera sabría si pretendía participar. Una que en realidad ni existía.

—Es terrible referirte con esa frialdad a una persona a la que una vez amaste —musitó ella, acercándose con pies de plomo a la cama y tomando asiento en el borde con impostada naturalidad. La pose santurrona que adoptó estuvo a punto de arrancarle una carcajada—. Yo no sería capaz de hablar así de Jace —insinuó con la esperanza de tirarle de la lengua.

—Dudo que a ti te hubiera dado motivos. De todos modos —continuó en un arrebatado de generosidad. ¿Por qué no complacer la duda que era obvio que la estaba matando?—, nunca sentí ningún aprecio por la mujer. Como recuerdo haberte mencionado una vez hace tiempo, en el pasado me acostaba con quien se me pusiera por delante. Ella estuvo en el lugar adecuado en el momento oportuno y cometió el error de hacerme caso. Ella y todas las demás.

—¿Tan mal acabasteis que no te merece una pizca de respeto aun habiendo sido la madre de tu criatura?

Las preguntas empezaron a crisparle el ánimo, y no ya por su más que obvia intencionalidad, sino porque trataba de disfrazarla de curiosidad e incluso de una preocupación solidaria por Lesya.

Ya debería haberse acostumbrado a sus retorcidos tejemanejes y a su falta de escrúpulos, pero todavía le sorprendía que le creyera tan estúpido como para caer en ellos. Pero lo peor era que Sacha nunca conseguía molestarse del todo con sus métodos. Una parte de él los encontraba la mar de divertidos.

La miró de soslayo con una sonrisa socarrona.

—Me había estado preguntando cuánto tardarías en preguntarme por la madre de Yeva.

—«La madre de Yeva». No vas a reconocerle un nombre siquiera, por lo que se ve.

—¿Qué importa? ¿Ibas a buscarla en redes sociales para asegurarte de que no era más atractiva que tú?

La burla más que merecida la incomodó.

Incluso tocando un tema tabú como podía serlo para él lo que giraba en torno a su hija, *malyshka* se las ingeniaba para sacarle una sonrisa con sus torpes interrogatorios y sus reacciones aún más graciosas.

—Debes de tenerme por una superficial. Solo me preocupo por ti, ¿sabes?

La respuesta le hizo alzar la barbilla, perplejo. Que tuviera la desfachatez de hacer semejante proclama cuando su único objetivo era conocer a la misteriosa mujer que le dio una hija le arrancó una potente carcajada. Una que se convirtió en dos, en tres, y que desencadenó un ataque

de risa tan absurdo como absurda era la situación: él, hablándole de la que podría haber sido su esposa muerta, de la madre de una niña asesinada, solo para que ella pudiera consolarse con que no tuvo amantes significativas antes de su aparición.

—¿De qué te ríes? —se ofendió Ayane—. ¡Lo digo en serio!

Sacha sacudió la cabeza, pellizcándose el puente de la nariz.

No podía parar de reírse.

Ayane no tardó en levantarse, irritada porque no la tomara en serio —Dios santo; resultaba hasta cómico lo mal que le sentaba—, y exigir su atención y su respeto con un débil empujón.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, si se puede saber?

—Eres la mujer más egocéntrica —logró articular entre risas, secándose las lágrimas que se le habían saltado—, arrogante —continuó cuando consiguió coger aire—, impertinente y manipuladora que he conocido en toda mi vida.

Ayane se quedó de una pieza. Pero así tuviera el amor propio por los suelos, pondría siempre los brazos en jarras y lo retaría a repetirlo.

—¿Y eso a qué coño viene?

—Respondiendo a las preguntas que me habrías hecho si no tuvieras tu moralidad en tan alta estima —retomó en cuanto se las apañó para serenarse. La sonrisa aún bailaba en sus labios—, no, no me enamoré de ella. No, no era una mujer que frecuentara a menudo porque no repetía con ninguna. No, no era más sexy que tú, ni más inteligente o interesante. No, no me planteé casarme con ella. No, no me arrepiento de no haberle dado su lugar, y por supuesto que no hablo de ella con desprecio porque en el fondo la hubiera amado secretamente y me hubiera partido el corazón. No supone ninguna amenaza para ti.

Ayane se relajó visiblemente al oír sus afirmaciones. Fue tan obvio que aquello era lo que había querido saber desde el principio que Sacha rompió a reír otra vez.

Aquella mujer era una cosa sin igual.

—Parece mentira que vayas a cepillarte a un cabrón esta noche —refunfuñó ella por lo bajini, cruzándose de brazos—. No te veo tan risueño desde que confundí al KGB con el KFC.

Sacha se carcajeó de nuevo al revivir el recuerdo que había sacado a colación.

—Eres una monada, ¿sabes? —señaló él con ternura burlona. Ella reaccionó frunciendo el ceño primero, sin comprender, y luego ruborizándose—. Hay algo que no ha cambiado desde que te vi la primera vez, y es que te crees que eres muy sutil cuando se te ve el plumero a diez mil leguas. Pero sí, me pone muy risueño el plan de esta noche. —Se giró hacia ella para levantarle la barbilla con un dedo. Añadió en tono sugerente—: Y me pone muy risueño que vayas a acompañarme.

Ayane le quitó la cara con las mejillas todavía ardiendo.

—Creía que estábamos teniendo una conversación seria.

—¿Qué más quieres saber? ¿Cómo se ganaba la vida? Tú lo has estado haciendo de un modo bastante más honrado, incluso siendo agente federal, y te aseguro que tenías un sueldo anual que ella habría matado por cobrar. —Su expresión no cambió un ápice, pero la sonrisa que un instante atrás era brillante y sincera adquirió una tenebrosidad escalofriante—. Yo no lo supe la noche que se me acercó en el billar, porque no me cobró ni mencionó nada, pero era la puta de uno de los proxenetas más turbios de la ciudad. Me enteré de que le debía pasta y favores a la mafia ucraniana cuando empezaron a cobrárselos llevándose a mi hija, así que lo siento si no le tengo el menor aprecio no solo a ella, sino a cualquier mujer que trabaje en la prostitución.

La rigidez se apoderó de Ayane al recibir la información.

—Apuesto a que no fue su culpa acabar donde acabó.

—Pero fue su culpa que se llevaran a mi niña, y solo por eso espero que esté ardiendo en el infierno.

Añadió por lo bajo una imprecación en su idioma natal cuya traducción habría helado la sangre de su interlocutora.

—Ella también era una víctima, Sacha —murmuró Ayane, comprensiva pero también horrorizada—. No creo que hubiera querido que las cosas se dieran como se dieron.

—No pudo ni quererlo ni dejarlo de querer porque tuvo la suerte de que la mataran antes de verlo —replicó con desdén, ya sin rastro de diversión—. Esa zorra podría haberme dicho desde el primer momento, igual que se presentó en mi casa con un bebé en brazos para anunciarme que era padre, que tenía a la mafia persiguiéndola. No lo hizo y por eso estamos aquí hoy.

—Hablas como si hubieras podido negociar con la mafia ucraniana tú solito para sacársela de encima. Entonces solo eras un humilde carpintero. ¿Qué habrías hecho, si puede saberse?

Sacha le lanzó una mirada sombría que lo decía todo.

—También era un humilde carpintero cuando empecé a meterme en el mundo de los *vor v zakone*. Negociar con la mafia ucraniana para garantizar la seguridad de mi hija habría sido más fácil que trabajar me un perfil de mafioso ruso durante años para matar a los doce que la violaron. En última instancia podríamos habernos quitado de situaciones incómodas y habernos mudado a Seúl con identidades nuevas. Pero Lesya me arrebató la elección, y en el proceso le quitó la vida a Yeva. Así que me la suda si tuvo miedo —empezó a enumerar, tan sumido en el aluvión de recuerdos que no pensó si la asustaba con su crueldad. Avanzó hacia ella e ignoró que retrocedía, intimidada—, me la suda si le dolió, o si chilló, o si me llamó entre súplicas cuando la pillaron por banda para saldar la deuda —siguió caminando en el sentido de una Ayane que no podía apartar su mirada de él, una mirada cuyas connotaciones le fueron indiferentes, concentrado como estaba en su rabia— y me la suda que la desollaran viva, porque si no lo hubieran hecho ellos, me habría encargado yo personalmente.

Jamás olvidaría lo que sintió aquel viernes que le tocaba pasar el fin de semana con Yeva y comprendió al caer la noche que Lesya no iba a aparecer con la niña. Lo embargó un mal presentimiento, llámese instinto paternal, y dejó de llamar a su teléfono fuera de servicio para personarse en el pueblo de al lado, donde Lesya se había mudado unos años atrás esperando mantener un perfil bajo.

Nunca pudo decirse que Sacha no se interesara por la madre de la criatura. Le había dado lo que más amaba en el mundo y Yeva la quería, así que no había más que hablar: su bienestar era tan responsabilidad suya como la de su propia hija. Aunque no vivieran juntos, se aseguró de que Lesya ganaba dinero suficiente para que a Yeva no le faltara de nada cuando estaba con ella. Se cercioró de que era feliz en el pequeño negocio local del que era dependiente y de que su casa gozaba de todas las comodidades necesarias. Por supuesto, quiso conocer su pasado para saber a qué atenerse y qué principios la movían para estar en sintonía en lo relativo a la crianza. Lesya se limitó a decirle que había tenido una muy mala vida y había frecuentado compañías indeseables en el pasado, pero que era una mujer nueva después de haber puesto sus asuntos en regla.

Y él, estúpido de él, se la creyó.

Entonces no sabía el escenario de depravación y peligros que podía llegar a ser el mundo, pero eso no era excusa.

No había excusas.

Sacha ya se había flagelado suficiente por haberse dejado anestesiar por el amor infantil de su niña hasta el punto de ignorar los vacíos en la historia de Lesya. Incluso por haberla dejado embarazada en un descuido, cuando el condón fue el que decidió fallarles a ambos. Pero al final del día era consciente de que nada podría haberlo preparado para el desenlace de las correrías de Lesya.

Nada, porque esas tragedias no le sucedían a la gente normal, y él era muy normal.

Asquerosamente normal.

El día que se rompió su vida condujo durante horas hasta una casa que encontró destrozada. Comprendió que sus acreedores eran gentuza que solía salirse con la suya al observar que no se habían tomado la molestia de borrar sus huellas; ni siquiera de quemar o deshacerse del cuerpo de su víctima.

El forense le explicó que Lesya había sido brutalmente torturada antes de que la colgaran por el cuello en el árbol del patio, pero de eso apenas albergaba un vago recuerdo. Sacha desconectó de los hechos en el preciso instante en que le dijeron que Yeva estaba con ella cuando entraron los criminales.

Por más que barriera el perímetro, no encontraría a su hija.

Y no sabía por dónde comenzar la búsqueda.

Le costó enfocar la vista para ver el espanto que Ayane trataba de disimular.

—Hay negligencias e ingenuidades por las que uno tiene que pagar toda su vida, y ella me colgó a mí el precio de su luto y el mío —retomó, y no para justificarse, sino para zanzar la conversación—. Lutos prohibitivos incluso para un hombre sin piedad como yo. No la perdonaría así me garantizara la entrada al cielo, y si no la perdono, menos aún la voy a compadecer.

Ayane tragó saliva.

Cuando la miró bien, recuperado del acceso de ira ciega, se percató de que no había juicio en su semblante. Tampoco el más mínimo desprecio hacia su insensibilidad. Se había apoderado de ella una silenciosa solemnidad que se acercaba al entendimiento.

Eso también le gustaba de *malyshka*. A diferencia de él, todavía no había sacrificado hasta la última de sus fibras sensibles, pero tampoco creía en la compasión hacia quienes le habían procurado un daño tan imperdonable como fácilmente evitable.

Prefirió no hacer aclaraciones innecesarias que no venían al caso, como que en el fondo había tenido momentos de debilidad en los que se había sentido inclinado por disculpar a Lesya; esos momentos en los que había visto sufrir a Ayane de cerca y había creído ver en su martirio una sombra de las torturas a las que pudieron haber sometido a la madre de Yeva mientras estuvo bajo el yugo de la mafia. Torturas que quizá, en circunstancias menos extremas, habría entendido que se reservara, ya fuera por miedo a revivir esa etapa de su vida o por la convicción de que mencionando nombres estaría invocándolos.

O incluso para protegerlos a ambos.

Sacha sacudió la cabeza para bloquear el acceso de humanidad. Se apartó de Ayane, de la influencia luminosa que ejercía sobre él sin darse cuenta.

Estaba seguro de que llegando al otro lado del camino de la compasión solo acabaría crucificado de dolor por una segunda justicia ante la que no podría hacer nada.

Y ni él era tan fuerte como para soportar dos lutos.

—Deberías empezar a vestirse —cambió de tema yendo hacia el armario—. Mientras tú desaparecías, yo he estado buscando un vestido que pudiera encajar con la etiqueta de esta noche. Tú dirás si he acertado.

Abrió la puerta para mostrarle el traje, que no había sido ni el primero ni el segundo que había barajado regalarle.

Antes de que Ayane lo acorralara con su curiosidad, Sacha había estado de buen humor. Del suficiente para encontrar divertida la búsqueda del atuendo ideal. Las molestias habían merecido la pena, porque ella se quedó pasmada al ver la pieza.

Se había decantado por un vestido azul medianoche de corte desigual que habría sido elegante si no hubiese sido por las dos rajas en los laterales del muslo. Se sostendría a su hombro gracias a un solo tirante, y los minúsculos diamantes que lo escamaban dibujando un patrón de eses harían

brillar a quien lo llevara puesto.

Se acercó con una adorable mezcla de timidez y vacilación y acarició la tela, que destelló con el movimiento.

—El complemento principal me lo ha mandado Califa esta mañana: un antifaz del mismo azul —añadió al verla sin palabras—. Ha dejado por escrito que este ha sido siempre tu color.

—Yo... —Se mordió el labio—. Gracias por el detalle.

Fue bochornosa la facilidad con la que su timidez le despojó de toda irritación.

Aunque ella pudiera pensar lo mismo de él, nunca era fácil pillarla con la guardia baja. Era, de hecho, tarea imposible cuando la cabeza retorcida de *malyshka* procuraba tener cubiertos con anticipación cada uno de los desenlaces fatales.

—Y yo te agradezco que hayas compartido conmigo las razones de tus cuarenta y ocho horas de ausencia —respondió Sacha. Se cruzó de brazos y se apoyó en el armario para inclinarse sutilmente sobre ella—. Había empezado a pensar que estabas rehuyéndome.

Ayane soltó el borde del vestido y le frunció el ceño.

—¿Por qué iba a huir de ti? Es verdad que no eres una compañía muy estimulante, y menos cuando te encierras en ti mismo —comentó con un desenfado de mentira—, pero eso no significa que no pueda soportar un rato bajo el mismo techo que tú. —Hizo una pausa antes de añadir—: Como mucho podría haberte evitado para librarme de una cara larga por si... por si te molestó lo del otro día.

—¿Lo del otro día? —Sacha fingió desconcierto.

Había comprobado que a Ayane le costaba aguantarle la mirada si llevaba el pecho al descubierto, y una conversación seria no la disuadía de recrearse en las vistas.

Por eso decidió posponer el momento de ponerse la camisa.

Él tampoco era ajeno a su presencia. Había llegado del hospital con una coleta de caballo retirándole el pelo de la cara, un *culotte* de jugadora de vóley-playa y una camiseta de nadadora que se ceñía a su figura como una segunda piel.

Parecía que las ansias de venganza y los recuerdos sangrientos le abrían el apetito, porque Sacha se relamió para sus adentros.

Cuando reinaba el silencio, se hacía más evidente que estaba a solas con ella en una habitación, y la escena era tan prometedora que los anhelos desterraban el sentido común. Unos días antes se le habría antojado desagradable proyectar su deseo sobre *malyshka* a sabiendas de su delicada situación, pero ahora que la había visto gozar de nuevo en unos brazos que le daban seguridad le costó no abalanzarse para cobrarse el agradecimiento a su manera.

Gracias al cielo, las circunstancias de su vida le habían enseñado el valor de la contención.

Ella puso los brazos en la cintura.

—¿No te molestó... —casi la oyó tragar saliva— que no te invitáramos?

—Me invitasteis tácitamente —replicó él sin apartar la vista—. Yo estaba mirando, y ya sabes que no es una actividad que me disguste.

Un temblor en su garganta reveló que se acordaba muy bien de su muda participación.

Él también se acordaba de todo con un detalle enfermizo. En especial del nuevo tatuaje que solo Dios sabía cómo y en qué contexto se había hecho: «*Belle de jour*» en el bajo vientre, unas letras historiadas que él había pasado parte de la noche garabateando en el aire, sumido en una ensoñación.

—Entonces... ¿te molestó que lo hiciéramos considerando los motivos de la visita?, ¿que nos dejáramos llevar cuanto antes habíamos hablado de un tema tan delicado para ti? Para todos nosotros —se corrigió enseguida.

Sacha no pudo controlar una sonrisa ladina y se acercó a ella solo para confirmar que se ponía en guardia. Y no exactamente. Había en Ayane una reticencia razonable a ceder a su proximidad, pero lo que la bloqueaba no era el miedo.

Califa y Angel Face habían desbloqueado eso.

—Tus novedosa asertividad me resulta de lo más entrañable —señaló él a un palmo de su cara.

El rostro de Ayane se contrajo en una mueca de desdén.

—Que te jodan.

Fue a darse la vuelta, pero Sacha la cogió del brazo a la altura del bíceps. Era tan fina y delicada en todas sus partes, y él tenía unas manos tan grandes, que sus dedos índice y pulgar se tocaron al rodearla.

Ayane lo enfrentó con los ojos echando chispas. Ni ella misma debía saber de dónde procedían, si del deseo o del odio que le costaba seguir alimentando, pero se ablandó cuando Sacha deslizó la palma por la longitud de su brazo y saltó de la muñeca a su cintura. A su cadera. Y, para sorpresa de ambos, a sus generosas nalgas.

—Antes de que bajaras a cenar —empezó en tono íntimo, concentrado en el recorrido de la mano que no había plantado en su trasero. Sus dedos subieron por el ombligo y recorrieron el sendero de vello transparente que sabía que la camiseta ocultaba de su vista. Aterrizó en su barbilla orgullosa, donde abandonó una caricia distraída—, Califa me mencionó que su mujer estaba cachonda y te quería en su cama desde hacía tiempo. Mucho tiempo. Me preguntó si me importaría que te follaran en el caso de que tú dieras tu consentimiento.

Ayane se había quedado quieta como una estatua de sal, pero tenía una expresión calculadora, como si solo le estuviera permitiendo tocarla para descifrar sus sensaciones al respecto.

—¿Y tú dijiste que no te importaba?

—Por supuesto que lo dije. ¿Por qué me iba a importar?

No se le escapó que una parte de ella reaccionaba con contrariedad.

—Eso es, ¿por qué te iba a importar? Eres el tío al que no le importa nada —masculló más para sí misma—. Pero los hombres en su mayoría suelen sentirse posesivos sobre sus parejas sexuales habituales. Incluso si ya no son sus parejas sexuales, ni habituales, ni esporádicas —apostilló con la intención de subrayar que no era bienvenido aún.

Ni por contarle la verdad, ni por regalarle un vestido.

—Yo no soy tu dueño —resolvió, y aprovechó que Ayane había dejado los labios entreabiertos para cruzar el dedo índice entre los dos como en una petición de silencio—, y a ti siempre te ha ido la marcha, morena. Aunque no lo parezca, me gusta ver a la gente divertirse.

—¿Incluso si se divierten con alguien con quien tú ya no te puedes divertir? —contraatacó con los ojos entrecerrados.

Sacha enarcó una ceja.

—¿Por qué te has tomado mi rechazo a la exclusividad como un ataque?

—No me lo he tomado como un ataque.

—Te has puesto a la defensiva. ¿Acaso lo interpretas como que no siento nada por ti? Pensaba que estabas por encima de eso, *miy lyubyy*^[4]. Pensaba que practicabas en tu día a día el amor libre. No me digas que solo lo usabas para echárselo en cara a tu exmarido —añadió por el placer de sacarla de sus casillas.

—La palabra «amor» en tu boca suena a chiste.

—Pues no te veo reírte.

—Es porque no me haces ninguna gracia.

Sacha se rio entre dientes. Dejó que el dedo continuara su exploración barbilla abajo para rodearle el cuello con la mano. Sabiendo que la tenía a su merced, laxa como una muñeca, avanzó un paso para apoyarla contra la pared todavía sujetándola por la garganta y la nalga.

Ella había empezado a ahogarse en su propia respiración.

Él no era inmune a su nerviosismo.

—De todos modos, ¿por qué dices que no me voy a divertir contigo? —Se inclinó sobre su nariz insolente y la rozó con los labios cabeceando como un gato mimoso—. Parece que esos dos te han curado para mí.

Ayane se estremeció bajo su contacto.

—El fin de mi recuperación sexual no es volver a ser capaz de follar contigo, imbécil.

Sacha ladeó la cabeza, conmovido porque le hubiera temblado la voz al decirlo.

—¿No?

—No.

—¿Es que no te gustaba follar conmigo? —siguió tanteando en voz baja. Le pellizcó el mentón antes de cubrirle la mejilla con la palma—. ¿No esperabas despierta para recibirme a la

hora que fuera, mojada como si solo pensarlo te excitara? ¿No me decías que por mi polla podrías haber matado a alguien? Y no me salgas con que estabas loca. Creo que hemos superado ese argumento.

—Loca no. Enferma. Por eso, incluso si Califa y Angel Face me hubieran curado de mis... meses autodestructivos, cosa que francamente dudo, tú seguirías siendo una enfermedad distinta.

Sacha hizo un ruido de conformidad con la garganta y se inclinó sobre el cuello femenino, que recorrió con una lenta lamida desde la clavícula hasta el lóbulo de su oreja. Sus entrañas la reclamaban con un afán posesivo que desmentiría su desenfado al hablar. Estaba poseído por el hambre acumulado de una vida entera.

Y ahí seguía su cuerpecito, flexible y delicioso. Un cuerpo dotado para el amor.

—Una enfermedad crónica, parece —susurró en su oído cuando había catado la huella de su perfume casi extinguido, la sal del sudor nervioso—, porque ya te estás viendo: mala, muy mala de tenerme tan cerca.

—Sí —atinó a musitar ella—. Crónica y mortal.

—Pero con un tratamiento muy sencillo, solo que de pronto te da reparo probarlo. ¿Por qué? No será porque hayas olvidado de lo bien que se sentía.

Ayane vaciló antes de agarrarlo por los brazos. Notó su agarre firme pese a que le temblaban las manos y algo se removió dentro de él.

Ella le negó la vista durante unos segundos hasta que halló el valor para alzar el mentón y mirarlo con una súplica contradictoria: tócame de una vez por todas y, al mismo tiempo, suéltame para que pueda recuperar el control.

No podía saber que el control no lo tenía nadie. Él menos que ninguno.

Sachaladeó la cabeza para admirarla con detalle y afianzó la palma en torno a su delicada garganta. Tiró con suavidad para que levantara la cabeza del todo, a lo que ella respondió clavándole las yemas de los dedos en los hombros. Primero ahí, y luego, después de un suspiro entrecortado, en la zona pectoral, en el estómago, en el vello rubio que descendía hacia el pantalón de deporte y finalmente sobre su semierección.

La sintió tragar saliva bajo su palma.

No se quedó allí, en el descarado centro de su deseo. Lo que pretendía no era complacerlo, sino hacerle un reconocimiento físico, como si quisiera cerciorarse de que era el mismo de siempre.

Sacha se lo permitió con la mandíbula apretada y la sensación de que el demonio le echaba el aliento en la nuca. Aquella mujer había descubierto la manera de tenerlo en la cuerda floja. Y no le importó que abusara de su autoridad porque, sin saberlo, la usaba para hacer el bien: la usaba para toquetearlo por todas partes con una impaciencia halagadora que la hacía jadear por lo bajo, sin ser consciente de sus propias necesidades desbordadas.

Intercambió con ella una mirada de fuego.

—Si es verdad lo que has dicho de que te preocupas por mí —señaló Sacha—, entonces más te vale hacerte cargo de esto.

La oyó resoplar, resoplido que se transformó en un lamento quebrado, y a la vez que le echaba los brazos al cuello sin poder aguantarlo más, él conquistó su boca con un beso violento que la empujó contra la pared.

Sacha la apresó por todos los flancos pegando su pecho al de ella y se aseguró de que no se movía con el empuje de una lengua persuasiva y la dominancia de unas manos que, a diferencia de sus principios, interpretaban su cuerpo como una posesión.

Ayane solo soltaba su boca para lanzar al aire suspiros y gimoteos nerviosos. Buscó los mechones más largos de su pelo, recorrió la línea de sus hombros con las uñas y acabó cruzando los codos a su espalda para mantenerlo ceñido a ella por encima de las posibilidades humanas, por encima de las limitaciones físicas.

Sacha la besó furiosamente desesperado y rotó la cadera para que notara la dureza de su ingle contra el vientre.

—Por favor —musitó ella, fuera de sí, antes de volver a tomar su boca—. Por favor...

Sacha no podía saber por qué estaba rogando. Había desconectado la mente. Ya no era de sí mismo, era suyo, pertenecía a la arrebatadora pasión de aquella criatura que sucumbía a su superioridad corporal con una obediencia deliciosa.

Se separó solo para darle la vuelta y pegarla de nuevo a la pared, pegarse él de nuevo entre sus nalgas perfectas, y tiró de la coleta con una mano para ofrecerle su boca entreabierta y seguir bebiendo de ella con una sed inagotable.

Ayane movió las caderas para alentar el fuego en sus pantalones y él pensó que si nada lo impedía se enterraría en su cuerpo para siempre.

—Qué me habrás hecho tú a mí —gruñó Sacha, girándole la cabeza al tirar de la coleta a un lado para morderle el cuello—. Mujer malvada... *Belle de jour*.

El tono de llamada de un móvil que no era el suyo rompió el silencio alterado por sus gemidos.

En un primer momento no repararon en él, pero Ayane entró en razón antes que Sacha y volvió del estado líquido al sólido.

—Tiene que ser Califa —logró balbucear, solo Dios supo cómo—. Le he dicho que me llame cuando el italiano esté allí.

Sacha se despegó de ella como si hubieran tirado de una cuerda atada a su cintura. Le ardían las manos y la entrepierna, y le pareció imperdonable que su calor lo hubiera distraído de lo primordial.

Pero no pudo evitar sentir una punzada de decepción al verla arreglarse la coleta con los

labios hinchados y el rostro ruborizado, dando por finalizado el instante de debilidad. Siguió con la mirada de un perro famélico su camino hasta el móvil, que respondió con las muñecas flojas para confirmar que, en efecto, Gabriele Giannoli ya estaba allí.

Sin mirarlo, Ayane dijo con voz trémula:

—Ha mandado un coche a recogernos. Estará en la puerta en diez minutos.

Acto seguido fue a encerrarse en el baño, desde donde la pudo oír hiperventilar hasta que puso el agua a correr. Sacha cerró los ojos un momento para buscar la serenidad dondequiera que se le hubiese perdido.

Cuando volvió a abrirlos, la fantasía aún no le había abandonado.

Pero el sentido del deber tampoco.

Capítulo 5

Había que reconocerle a Califa el talento para organizar veladas.

Con tan solo cuarenta y ocho horas de antelación había obrado una maravilla.

Los invitados coincidían con Sacha en que el anfitrión no tenía competencia. Nadie había querido perderselo. Decenas de sadomasoquistas paseaban por la pista de Vesper's con sus vestidos de gala y sus máscaras a juego, contemplando con ojos golosos a las posibles víctimas de la noche.

Lo bueno de ser un hombre, y un amo para más señas, era que no necesitaba invertir grandes cantidades de dinero en un atuendo adecuado. Unos chinos negros, una camisa a juego metida por dentro y un antifaz similar al que le compró una vez a Yeva para que se disfrazara de personaje de *Los Increíbles* para una celebración escolar.

Hacía tiempo desde que había dejado de sorprenderle acordarse de la niña por los detalles más peregrinos.

Ayane y él habían tomado la precaución de ir por separado. El plan era similar al que estudiaron para atacar a Donald. La probabilidad de que Giannoli demostrara interés en una ama sadomasoquista de la talla de Ayane era muy elevado, especialmente cuando la conocía de vista de hacía años y tenía muy presentes sus habilidades. Ella se encargaría de atraerlo con la promesa de una práctica diferente, extrema y muy codiciada por los socios veteranos en las mazmorras del sótano del edificio.

Sacha había oído hablar de estas, como cualquiera que se relacionara con Califa de seguido, pero no se le había antojado el manojito de llaves hasta ese momento.

—Para evitar las manchas en la alfombra —le había comentado el propietario un rato atrás en su palco privado—, lo más adecuado sería que te lo llevaras a las celdas del piso inferior. No las habilito en todas las fiestas, las reservo para juegos de rol medievales y torturas más bestias que sé que van a dejarlo todo perdido. Aun así, quiero que se quede como una patena.

—Así será.

Califa se lo había quedado mirando como lo miraban la mayoría de sus conocidos, con ganas de enterrarlo en preguntas pero resignados a la certeza de que no respondería una sola.

No con la verdad, al menos.

—Es un tipo con dinero y presencia en redes sociales. Y tiene familia —le recordó—. Abrirán una investigación y removerán cielo y tierra para enchironar al responsable. ¿Cómo piensas evitar que te persigan durante el resto de tu vida?

Sacha le había devuelto la mirada con una mueca sardónica.

—Confías demasiado en la eficiencia de la seguridad estatal. Te contaré un secreto: el único cuerpo que trabaja en condiciones en este país es la CIA, y te puedo asegurar que el asesinato de un civil no va a movilizar más que al sheriff del condado y al departamento de policía local, una manada de vagos e inútiles. Se me ha dado el caso, aun así, de que precisamente porque las víctimas tienen nombre y fortuna, la familia ha contratado a un detective privado. Y alguno que otro ha seguido las pistas con muy buen tino. Pero, al final, soy yo el que está aquí. Libre y limpio —concluyó, y terminó de beberse la copa que Califa le había ofrecido.

Este le observaba, o más bien vigilaba, con una sombra de sonrisa incrédula.

—No ha sido muy inteligente por tu parte confesar en voz alta que has cometido delitos antes.

—¿Tú no has cometido delitos? —contraatacó con una ceja enarcada. El anfitrión agachó la mirada hacia la mesilla donde descansó su propio vaso. No había ni rastro de culpabilidad en su semblante, pero su silencio lo dijo todo. Sacha se animó a apostillar con sentido del humor—: No estamos precisamente colaborando para que la gente normal piense que el BDSM no tiene su lado oscuro, ¿eh?

—No creo que el BDSM tenga nada que ver con las decisiones que tú y yo podamos haber tomado.

—No, puede que no.

La conversación había acabado con la entrega de las llaves, que Sacha había guardado en el bolsillo del pantalón.

Había decidido permanecer en el palco hasta que Ayane los honrara con su presencia, cerciorándose mientras tanto de que el aburrimiento no tentaba al blanco de la noche a marcharse antes de tiempo.

Además de que la compañía silenciosa de Califa nunca le había incomodado.

Su virtuosismo masculino saltaba a la vista. Contagiaba al resto de su seguridad en sí mismo, sabía actuar con eficacia y rapidez en cuanto se presentaba un problema y captaba al vuelo la verdadera naturaleza de la gente.

Rasgos admirables aparte, Sacha veía en él al hombre que podría haber sido si la tragedia no hubiera irrumpido en su vida: un tipo ambicioso en las cuestiones económicas, pero aún más comprometido con la felicidad de su familia.

Califa había apoyado las dos manos sobre la baranda que daba a la pista para admirar su reino. Sacha se había acodado de perfil y seguía con la mirada camuflada en las sombras del palco los pasos que Giannoli daba hacia el apoteosis sexual. Todavía no había encontrado a nadie que le llamara la atención, pero se dejaba entretener por las mujeres que chocaban con él mientras bailaban o se le ofrecían con sed de aventuras.

Entonces Ayane apareció.

Sacha había barajado la más que probable opción de que rechazara su regalo para demostrarle que no quería nada de él. Se había equivocado. Bajó los tres escalones que descendían a la pista montada sobre unos tacones de agua y brillando como la luna azul de una leyenda fantástica. No tuvo que levantar la mano o pronunciar su nombre para que una mayoría de invitados se girasen a mirarla.

Sacha reaccionó a su llegada enderezándose lentamente sin darse cuenta, pero Califa sí se percató.

—Esa mujer es muy especial —le dijo, mirándolo de soslayo—. Ten cuidado con dónde la metes.

—Yo no la meto en sitios en los que ella no se quiera meter —respondió sin apartar la vista de su paseo hacia la pista. Una canción pop rompía los altavoces—. Supongo que por eso es especial. Por los lugares que escoge frecuentar.

—La mantendrás a salvo, ¿verdad?

—Siempre y cuando ella me lo permita. —Supuso por su silencio que no se habría dado por satisfecho con la respuesta y le echó un vistazo significativo—. No sé cómo sería cuando la conociste, pero no es ninguna dama en apuros.

Califa inspiró hondo y se echó hacia atrás con las manos todavía rodeando el barandal.

—No, no lo es —murmuró para sí mismo con resignación.

Ajena a la charla, Ayane había empezado a mimetizarse con el jolgorio moviéndose a un ritmo pegadizo.

Sacha buscó en sus recuerdos algún momento en el que la hubiera visto bailar sola. Únicamente pudo traer a su cabeza la noche en Koh Phangan que se movió sobre su regazo sin que él la hubiera mandado llamar.

Lo suyo no era dominar o someterse, no era mandar u obedecer. Lo suyo era hacer lo que le daba la gana cuando le daba la gana.

El libre albedrío le sentaba tan bien como solo podría sentarle a alguien su color favorito.

*Oh, bless my heart
When the wolves take me away
Don't fall apart
When I come back from the grave
Forget my charms
I'll never be the same
We've come so far
Only to go insane*^[5]

Fue cuestión de tiempo que Giannoli la localizara entre la gente. Reconocerla de previos encuentros le serviría para acercarse sin miedo al rechazo; oposición que de todos modos no halló en cuanto se decidió a sorprenderla con una mano en la cintura.

Ayane se giró hacia él con fingida sorpresa y celebró la casualidad echándole los brazos al cuello.

Sacha se envaró al presenciar el intercambio.

Siempre había sabido que *malyshka* tenía un don no ya para traer a los hombres a su terreno, sino para las puestas en escena. Distinto era que él no se hubiera tragado su tapadera de Hayami Moore, entre otras personalidades falseadas, porque le habían chivado su identidad antes de tiempo. Pero fue tan creíble su interés en Giannoli que por un momento dudó que estuviese fingiendo, y no porque no confiara en ella, sino porque no confiaba en su autocontrol cuando se trataba de ella.

Que no fuera su dueño no significaba que le gustara verla intimar con un hijo de puta, y menos aún por exigencias del guion.

Su incomodidad solo empeoró conforme el baile improvisado se fue tornando más y más sensual, y para cuando Ayane aceptó un beso en la boca del hombre que había colaborado a arruinarle la vida, estaba aferrando la baranda con tanta rabia que podría haberla derretido.

Se tuvo que obligar a serenarse para no echar por la borda sus esfuerzos, pero no fue sencillo mientras estuvo todavía forzado a vigilar que la escena se desarrollaba según lo previsto. Ayane tenía que darle una garantía de que se divertiría con ella en una sesión; un pequeño tentempié que augurara el plato fuerte.

Pero, aun así...

Sacha cambió el peso de pierna, molesto con su arrebato irracional. No eran celos, porque no había sentido nada remotamente parecido al verla en brazos de Califa y Angel Face. Lo que le embargaba desde que había puesto un pie allí era la necesidad de hacer justicia, y un hombre estaba lejos de ser ajusticiado cuando se le ofrecía el cuerpo de *malyshka* en bandeja.

Más bien estaba siendo homenajeado.

Iba camino de abandonar el palco para intervenir cuando Ayane cogió a Giannoli de la mano y, juguetona, tiró de él fuera de la pista. Entonces tuvo más razones para seguirlos con la espalda y el pecho bloqueados por la tensión acumulada.

Lo peor era no saber qué movía a *malyshka*, porque nunca estaba seguro de qué diablos podía mover a *malyshka*: si lo había besado solo para conquistarlo o para poder echarle luego en cara, y no sin razón, que hubiera vuelto a prostituirla.

Aguardó unos minutos reclinado a un rincón de la planta principal, concediéndole tiempo a Ayane para conducirlo a las mazmorras.

No habían debatido ningún plan de acción. Ella había asumido que se desenvolverían tal y como lo hicieron en Houston. Ahora, Sacha dudaba que fuera el mejor método. Se estaba frotando los muslos con impaciencia y rabia al rojo vivo pensando que acabaría colgando a aquel hijo de puta por haber tocado a su hija, pero también por haber tocado a *malyshka*.

Se presentó ante el segurata que vigilaba desde la puerta que conducía al sótano. Este le abrió paso sin hacer preguntas.

«Black Russian» eran dos palabras que canjeaban favores hasta en el infierno.

Una vez se dejaba atrás el club abierto a socios e invitados, se perdía de vista la rica decoración y la temperatura graduada. Descendió por unas escaleras irregulares por las que subía un frío glacial. Pensó en felicitar a Califa por lo fiel que había sido a la hora de retratar el aspecto de unas mazmorras medievales conforme se adentró en el pasillo carcomido por la humedad. Las puertas a los calabozos, no obstante, estaban blindadas, y al igual que en el resto del club, era necesaria una llave o un permiso especial para pasar.

Aunque llevaba las llaves consigo, Ayane le concedió el acceso desde el interior.

No pudo evitar una mueca de curiosidad al ver que *malyshka* se había empleado a fondo. Sirviéndose de los juguetes dispuestos para hacer las delicias de la sesión, desde látigos hasta palos de madera, había inmovilizado a Giannoli en la cruz de san Andrés, una de tantas referencias cristianas que nutrían la idiosincrasia del BDSM.

También había tenido la iniciativa de quitarle el antifaz y colocar en su lugar una venda que lo privaba de conocer a su torturador.

Estaba desnudo y erecto, y una sonrisa de satisfacción advertía que no tenía ni la menor idea de lo que sucedería a continuación.

Era una ventaja que Califa prohibiera el uso de teléfonos móviles en su recinto, medida que prevenía la divulgación de imágenes sexuales o violentas en internet. En su caso lo celebraba porque Giannoli no podría pedir ayuda.

Tampoco a aullidos, pues no lo escucharían. Si las habitaciones ya estaban insonorizadas de partida, hablar en las mazmorras del sótano era directamente como gritar al vacío.

Sacha cerró la puerta a su espalda.

En su camino hacia Giannoli se remangó la camisa hasta los codos.

—¿Ha entrado alguien? —ronroneó el italiano—. ¿Quién es? No sabía que iba a ser una sesión múltiple...

Ayane y él intercambiaron una mirada cómplice.

Debía reconocer que no le complació del todo la presencia de *malyshka* en el motel de Houston. Entonces sintió que había un polizón husmeando en sus asuntos privados. Incluso sus seres más amados podían convertirse en molestias y hasta en auténticos desconocidos cuando

penetraban la burbuja de Yeva.

Pero esa noche le gustó que estuviera allí, quizá porque supo que no tendría que preocuparse por si se asustaba.

No lo haría.

—Tienes una hija —empezó Sacha. La sonrisa del tipo se congeló por efecto de la confusión inicial—. Angelica, se llama. Angelica Giannoli. Es un nombre italiano que significa «ángel», si no recuerdo mal. Precioso —señaló sin inflexión—. La semana pasada cumplió once años y le regalaste justo lo que quería a pesar de que te gustaría que le interesaran cosas menos... humildes: un kit para hacer las uñas a sus amigas. Pero es que tiene un don para las manualidades, ¿verdad? Has visto lo bien que pinta, la imaginación que desborda, y no has podido resistirte a fomentar esa virtud.

—¿De qué coño va todo esto? —interrumpió Giannoli, que no tardó en tirar de las cuerdas que lo inmovilizaban—. ¿De qué conoces tú a mi hija, y de dónde cojones has salido?

—La conozco gracias a las redes sociales. No escatimas en detalles cuando hablas de ella. Debes de quererla mucho. Yo también quería a mi hija —continuó, y se irguió ante el incómodo Giannoli. Le quitó la venda de los ojos para que le viera la cara: una cara arrasada por el rencor—. Su nombre significaba «fuente de vida» en ucraniano. En ruso se lee como «respirar». La semana pasada, precisamente, habría cumplido nueve años. Dos menos que la tuya. A ella también le gustaban las manualidades, pero era más amante de la naturaleza y las estrellas. Creo que le habría regalado una enciclopedia de mariposas o un telescopio. Era añeja para su edad, ¿sabes? Leer era su actividad preferida y le gustaba aprender.

—¿Y a mí qué me importa eso? —le espetó. Buscó con la mirada a Ayane, pero enseguida supo que no le serviría de nada pedirle ayuda. Ella se había recostado en la pared lateral y escuchaba de brazos cruzados con una calma fría que estremeció al italiano—. Detened la sesión ahora mismo o haré llamar al dueño. Es mi amigo.

Sacha sacó una navaja suiza del bolsillo del pantalón y extrajo la hoja con parsimonia.

Giannoli perdió la actitud arrogante en cuanto le apuntó al cuello como si tal cosa.

—Una de sus flores favoritas era el girasol. ¿Sabes qué forma tiene el girasol? —Ladeó la cabeza para esperar una respuesta que al italiano se le atragantó—. Es muy sencillo de dibujar. Créeme, lo sé. Mi casa estaba llena de folios con girasoles. Es una flor con un centro muy grande... —Apoyó la punta de la navaja en su pecho desnudo y dibujó una circunferencia casi perfecta ejerciendo la presión justa para que no se desangrase. Giannoli gritó, pero fue como si Sacha no lo escuchara— y muchos pétalos amarillos. En serio, tiene muchísimos. —Chasqueó la lengua—. Un engorro para ti. Significa que estaremos aquí un buen rato.

—¡Espera! —gimoteó—. ¿Qué es lo que quieres? Si me has investigado será porque esperas... una recompensa... o un... un soborno...

—Va a ser verdad que todos ofrecen pasta —oyó que murmuraba Ayane, asqueada.

—Por supuesto que no —respondió Sacha—. No se me ocurriría sangrarte económicamente. El dinero es la única herencia honrada que a tu hija le quedará de ti cuando, a una edad razonable, se entere de que fantaseabas con follarte a sus amigas de la escuela primaria. En circunstancias normales procuro ser discreto —confesó con un cabeceo, y se concentró en dibujar con la navaja el primer pétalo—, pero cuando mis colegas aficionados a la *deep web* tienen hijos menores de edad, me parece maleducado no compartir las anécdotas sexuales de sus padres con el resto de la familia.

Giannoli tuvo que comprender en el acto quién era él o, al menos, qué le había llevado hasta allí, porque tomó la sabia decisión de aceptar su culpa.

—No, por favor —musitó entre dientes, haciendo acopio de todas sus fuerzas para no gritar de dolor. Sacha se había comprometido a vestir de pétalos la herida del pecho—. No le digas nada. No... Yo no... Quiero a mi hija de verdad. Lo juro. La quiero. Nunca he pensado en hacerle daño. Jamás se me ocurriría.

Su respuesta no hizo sino empeorar la situación.

—Para eso ya están las hijas de los demás, ¿no? —Apretó la mandíbula con una sonrisa turbia en los labios—. *Malyshka*, ha llegado el momento de que te marches.

—¿No vas a interrogarlo para averiguar quién es el siguiente?

—Para localizar a los dos últimos ya cuento con una fuente más fiable que esta —replicó sin apartar la vista de su delicada labor, que había empezado a hacer temblar de angustia al italiano. Casi parecía que siguiera en Ucrania tallando muñecas—. Voy a ir directo al grano, y será mejor para ti que no estés presente.

—No. Quiero quedarme. Quiero verlo.

Sacha le sostuvo la mirada en la distancia sin la menor esperanza de atestiguar un signo de vacilación. Su cruzada era una de las cosas con las que *malyshka* se había encaprichado ahora, y Dios sabía que, donde ponía el ojo, ponía la bala.

Y él tenía mejores asuntos que atender como para leerle la lista de advertencias.

Se enfrentó de nuevo a Giannoli, que ahora hiperventilaba.

—¿Qué me vas a hacer? ¿Y por qué? ¿Quién te manda? ¿Eres un sicario? ¿Cuánto te han pagado? Puedo doblar esa cantidad. ¡Puedo hacerlo!

La voz se le quebró por el dolor cuando Sacha hundió más la hoja de la navaja para tallar el quinto pétalo. No llevaba ni siquiera un cuarto del trabajo de la flor; ni la mitad del procedimiento habitual que había patentado en los últimos tiempos para su retorcido deleite.

Cerró los ojos un instante para evocar el rostro infantil que lo perseguía como el ángel sobre el hombro. Ni siquiera en momentos como ese se transformaba en el diablo. El único diablo que le exigía las muertes era el dolor que empañaba su recuerdo.

—No estuve presente en el nacimiento de Yeva —murmuró, centrado en su labor—. No me enteré de que era su padre hasta un año después, cuando ya podía tenerse en pie y dar cuatro o cinco pasos sin perder el eje. A mí nunca me han llamado la atención los niños, lo reconozco. A mí nunca me ha llamado la atención nada. No he sido una persona curiosa ni he tenido ambición más allá de hacer lo que quisiera, cuando, como y con quien lo quisiera. Sabiendo esto, habría tenido su lógica que me hubiera sentado mal la noticia de la paternidad. Ya no podría hacer lo que quisiera, cuando, como y con quien lo quisiera. Tendría que hacer lo que fuera correcto, cuando fuera correcto, como fuera correcto, y no necesariamente con Yeva, pero sí *por* Yeva. Esa es una responsabilidad que no he perdido aunque tú me la arrebataras. Aunque vosotros me la arrebatarais —corrigió—, empezando por la madre que me privó de la obligación de estar ahí cuando abría los ojos al mundo. Es algo que podría haberle perdonado si, a cambio, hubiera podido disfrutar de Yeva hasta el final de mis días. Pero no puedo disculparla. Cuando te enfrentas a la pérdida repentina y sobre todo temprana de un ser amado, empiezas a contar todos los días que podrías haber sumado a tu experiencia y odias a quien te los escamoteó.

»Supongo que también podría haberme perdonado a mí mismo no haber estado el día de su nacimiento si hubiera estado el día de su muerte. O haberte perdonado a ti en vez de haber soñado con matarte desde que vi tu cara de hijo puta. Pero no pude estar ahí. Ni para impedirlo, ni solo para acompañarla. No pude.

Era improbable que Giannoli lo estuviera escuchando. Estaba esforzándose por mantenerse consciente en tanto que Sacha tallaba el girasol de la vergüenza, y no podía decirse que estuviera fracasando.

No podía decirse que se esforzara por sobrevivir, tampoco.

Se había topado con algunos sujetos de su carácter a los que, en cuanto se les aparecía el ángel vengador para hacerles pagar por sus pecados, se entregaban sin oponer resistencia, conocedores del alcance de su maldad e incluso aliviados de que fueran a librarles de su penitencia.

Sacha podría haberse apiadado de las tendencias enfermizas de un pedófilo si nunca hubiera llevado a término sus deseos. Sacha podría haberse apiadado de mucha gente. Sacha podría haber hecho muchas cosas. Pero la única cosa que no había podido hacer pesaba sobre todas las demás: ser el padre de Yeva.

—No creo en Dios —confesó Sacha—. No creo en la casualidad o el destino. No creo en las cartas del tarot o los horóscopos. No creo en la manifestación. Pero creo que una persona puede aparecer de repente y cambiarte la vida para siempre. Y no quiero pensar que eso demuestra la existencia del destino, porque entonces tendría que aceptar que igual que Yeva era el mío, tú y tus amigos erais el suyo... Vaya —se lamentó en tono neutro al llegar al pectoral y cercenarle el pezón con la hoja afilada. Alejó la navaja para observar cómo Giannoli se retorció con la cara empapada de lágrimas de dolor y vergüenza. Sacha arrojó al suelo los restos de piel fina y le

levantó la barbilla con la punta de acero para que lo mirase a la cara—. Como puedes ver, uno tiene mucho tiempo para pensar en justificaciones espirituales cuando deja de estar ocupado preocupándose por sus hijos. —Exhaló una risa cansada y potencialmente venenosa—. Tienes suerte de que tampoco crea en el ojo por ojo y me quede un poco de estómago, Gabriele, o Angelica estaría aquí ahora, ocupando tu lugar. Esa sí que sería una venganza salomónica.

Sintió que alguien le pasaba una mano por la espalda. Se giró extrañado, como si acabara de despertar de un sueño profundo, y le sorprendió ver borroso el rostro de *malyshka*.

Una parte de él se preguntó cómo había llegado hasta allí. Tardaría unos segundos en comprender que se había dejado llevar hasta tal punto que había borrado de su mente todos los pasos que le habían conducido a la entrevista con Giannoli.

—Déjame a mí —le pidió ella con suavidad, y extendió la mano para coger la navaja.

Él frunció el ceño sin comprender su petición. No la había pronunciado como si estuviera ansiosa por ver la sangre correr, sino como un favor.

Y un favor ¿por qué?

Lo entendió al fijarse en que el acceso de emociones hacía temblar sus muñecas tatuadas, y no le costaba enfocar la vista porque se hubiera dissociado de la realidad, sino porque estaba llorando sin darse cuenta.

Se alejó de la cruz de san Andrés con el equilibrio afectado. Ayane cogió el arma blanca sin titubear, sin hacer ningún comentario sobre su estado emocional. Con la misma expresión con la que habría probado puntería a los dardos en una feria de pueblo, dibujó su primer pétalo bajo el esternón de Giannoli.

—¿Qué es lo que quieres hacer después de terminar la flor? —le preguntó ella de espaldas a él, como si quisiera saber qué le apetecía cenar.

Sacha se había quedado clavado en el sitio, igual que si hubiera presenciado una escena chocante. Así era en cierto sentido. Ayane se le antojaba la aparición estelar de un dios justo que le ofrecía su colaboración a la par que sus bendiciones para seguir adelante.

—Era una tortura de siete pasos cuando quería sonsacarles información —se oyó responder, como si la voz no saliera de él—. Ahora que no necesito que me digan nada es más sencillo. Les corto las manos y los genitales y, cuando se cumple una hora, los despierto si se han desmayado y les rebano la garganta. A lo mejor no tenemos todo ese rato por el tema de que Califa no quiere problemas.

Al oír la descripción, Giannoli despertó de su resignación y culebreó para tratar de liberarse de las cuerdas. Ayane se aseguró de mantenerlo a raya trazando un pétalo muy por debajo de la capa superficial de la piel.

La sangre brotó como un manantial y corrió torso abajo hasta gotear a sus pies.

—No creo que puedas hacer eso con una navaja —respondió Ayane, serena.

—Claro que puedo. Lo más complicado es cortar las manos, pero en la dificultad de conseguirlo a la primera está el gusto. Pero, por si acaso —sacó del interior de la americana una recortada y un silenciador, que acopló al cañón con un movimiento que le era tan natural como respirar—, he traído otros juguetes.

Ayane sonrió como si la hubiera sorprendido con un regalo.

No debería haberle extrañado su disposición a colaborar. Dudaba que *malyshka* perdiera de vista, aunque fuera por un segundo, que antes de encontrarse con él había sufrido meses de abusos a manos de hombres como Giannoli. Hombres que quizá eran incluso mejores que Giannoli. Y ella era tanto o más vengativa que Sacha, como quedó demostrado la mañana que se presentó en el casino de Shanghái para arrastrarlo a los juzgados estadounidenses.

Observó que se agachaba ante el italiano como si pretendiera practicarle una felación, todavía navaja en mano, y le daba vueltas en la mano con una exagerada indecisión que hizo que Giannoli sudara la gota gorda.

Sacha se enderezó, y unas cosquillas de orgullo y anticipación se impusieron a sus propias ansias de guerra.

A su dolor, incluso.

Ayane resultó ser tan juguetona durante las torturas físicas como en las torturas sexuales. Fingió acariciar la ingle de Giannoli con el extremo afilado de la hoja, trazando apenas una línea roja que tal vez luego quisiera rellenar con un navajazo deliberado.

En esa postura no podía verle la cara, pero no lo necesitaba para saber que sus ojos se habrían llenado del sadismo que aún perseguía a las víctimas que habían sobrevivido a su padre.

Por más que la hubiera rechazado, pensó, la sangre de Kincaid corría por sus venas.

—¿Y a ti qué te he hecho? —balbuceó Giannoli—. Por favor... por favor... No me hagas daño.

Ayane levantó la cabeza empuñando el mango como si fuera a apuñalarlo.

—A mí me has hecho lo mismo —contestó con voz queda—. Exactamente lo mismo.

Para no contar con la experiencia y la habilidad que Sacha había desarrollado con el tiempo, fue sorprendentemente mañosa en la tarea. Sin dilación, pero tomándose su tiempo para que sufriera lo máximo posible, rajó el saco de los testículos. Una cascada de sangre restalló contra el suelo empedrado y salpicó el vestido de Ayane; hasta los zapatos de Sacha.

Los alaridos del italiano parecieron el acompañamiento musical del jadeo que soltó ella, un jadeo que sonó como una risa incrédula. Sacha apostaba por que ni ella podía creerse la satisfacción que le estaba produciendo la tarea, y aunque una parte de él se planteó intervenir en el papel protector, supo que era muy tarde para salvarla de sus deseos sanguinarios.

No era sádica por su culpa. Era sádica por culpa de Giannoli. Y Sacha estaba disfrutando el espectáculo como si fueran sus propias manos las que garantizaban la pesadilla del pedófilo. Ella

estaba celebrando el festín en su honor.

No se le ocurrió apartar la vista o esconderse de la dedicación de Ayane, que apuñaló a Giannoli en el bajo vientre y deslizó la hoja, no sin dificultad, hasta el nacimiento de su miembro. Ya no estaba erecto. Su entrepierna era un amasijo de carne destrozada y sangre todavía caliente, pero ella no se detuvo y extrajo la navaja para volver a hundírsela más abajo, como una niña con un juguete nuevo que todavía estuviera probando la mejor manera de darle uso.

Era justo su inexperiencia lo que le estaba causando un dolor inimaginable a Giannoli, uno que Sacha, con su metodismo, no podría haber provocado.

Ayane rajó su órgano por la mitad y se quedó observando el estropicio de fluidos que derramó. En el traumático proceso, Giannoli no había logrado contener sus esfínteres y no solo olía a sudor y a miedo, sino a excrementos y orín. Ya no podía siquiera gritar para pedir ayuda o desahogar el dolor. Estaba pálido, bizqueaba y su cuerpo se sacudía como si le hubiera poseído el diablo. Estaba al borde del desvanecimiento, y eso que, a diferencia de otros, no había agachado la mirada para contemplar el servicio prestado.

Ella se incorporó con torpeza, procurando no resbalar sobre la sangre, y se limpió la mejilla con el dorso de la mano. Le había salpicado la cara y el cuello, y en aquel lienzo rojo escarlata, la blancura de su sonrisa destacaba especialmente.

Fue a tenderle el cuchillo a Sacha, pero este negó con la cabeza. Levantó la mano que sujetaba la pistola y apuntó a los dos brazos que mantenían a Giannoli en vilo. Sin cambiar de expresión, y con la mente en blanco, disparó primero al centro de la palma izquierda y después a la derecha. Apenas se oyeron un par de chasquidos, los dos que precedieron a los tiros en ambas muñecas.

—Estás más calladito que los demás —comentó Sacha al ver que ni siquiera encontraba la voz para aullar—, pero, por si acaso... —Alojó la última bala a la altura de su nuez de Adán.

No era un tiro limpio. Nunca lo era. Si no se había desmayado aún por el shock del dolor, ya no lo haría hasta que la muerte por atragantamiento le cerrara los ojos para siempre.

Sacha acostumbraba a mirarlos a la cara y embeberse de su sufrimiento hasta el momento culminante. En los últimos tiempos, eran pocas las actividades que le producían un placer como ese, de los que podrían hacerle llegar al orgasmo. Pero la presencia física de Ayane, esa sobreexcitación patrocinada por la adrenalina que casi podía oler, le distrajo de la muerte de Giannoli. Prefirió mirarla a ella y ver en su expresión iluminada por la perversión un reflejo de su propio regocijo.

Ayane inspiró hondo con el cuerpo débil por el subidón y soltó el aire en un suspiro de alivio cuando Giannoli dejó de respirar.

Solo entonces se giró hacia Sacha, permitiéndole contemplar el brillo oscuro de su mirada.

—No has esperado la hora —señaló Ayane, rompiendo el silencio. Un silencio viciado por los

gritos que se habían quedado allí enlatados.

—Es por tu amigo. Cuanto más tardemos en limpiar, más difícil será sacar las manchas.

—No habrás traído contigo y por casualidad una botella de lejía. —Señaló con un gesto de barbilla la americana de la que había sacado la pistola.

—Tendremos que pedírsela al dueño. —Sacha valoró la escena con fingida contrariedad—. Y una manguera. Habrá que aprovechar los desagües.

Ayane asintió, pensativa, y se frotó las palmas manchadas con la intención de ponerse manos a la obra. Parecía que le hubiera caído encima una lata de pintura roja, y, aun así, se comportaba con más naturalidad de la que había apreciado en ella solo unas horas antes, encerrada a solas con él en la habitación de hotel.

Sacha se fijó en las salpicaduras de su rostro de porcelana, en su respiración inicialmente agitada y enseguida controlada por esa disciplina férrea que tanto admiraba en ella; se fijó en el escote también manchado y en el hecho de que parecía incluso gustarle la sensación de la sangre del villano adherida a su piel.

En un arrebato que no había meditado, Sacha la cogió de la mano y tiró de ella hacia sí hasta tenerla atrapada entre sus brazos.

Ayane respingó por la sorpresa y le dirigió una mirada todavía enturbiada por lo que había hecho. Le atrajo su crueldad recién descubierta, pero más le tentó confirmar que debajo de la sobredosis de vendetta seguía habiendo una mujer sensible a sus atenciones. Y la había, porque se estremeció cuando él le retiró la sangre de los labios, despejando también la barbilla y el arco de cupido para limpiar un espacio demasiado sagrado como para ser pervertido por sus enemigos.

—No quiero que vuelvas a besar a ninguno de esos tipos —sentenció Sacha.

Ella enarcó una ceja, divertida.

—Pensaba que no eras posesivo.

—Y no lo soy. No quiero que vuelvas a besar a nadie a quien no quieras besar.

—¿Ni siquiera si es para ayudarte?

—Especialmente si es para ayudarme.

La expresión burlona de Ayane se suavizó, y un brillo especial escapó de su mirada.

Cubrió la mejilla manchada de Sacha y la acarició para secarle una gota de sangre con el pulgar.

—Al final vas a tener escrúpulos y todo, Sacha Melnyk.

—Solo uno. Uno con nombre propio —reconoció él en el mismo tono antes de besarla.

La había besado unas horas atrás, pero le parecía que hubieran transcurrido años desde entonces. Y cómo no, si la Ayane que temblaba en el hotel era una mujer distinta de la que había desvelado sus instintos violentos.

Sacha ya no sabía si le quedaba espacio de almacenaje en el cuerpo para admirar a una nueva parte suya. Si seguía desconcertándolo con versiones diferentes de su personalidad, acabaría poseyéndolo por completo, desterrando cualquier pensamiento que no estuviera centrado en ella.

Consiguió silenciar su mente al devolverle el beso con el mismo frenetismo. Solo dejándose arrastrar por la locura era capaz de corresponder sus caricias. Estaba tan sobreexcitada por lo sucedido como Sacha, y él no necesitaba saber más que eso para reencontrarse con ella como le urgía desde hacía tanto tiempo.

La aprisionó por la cintura con un abrazo del que no tendría escapatoria y la alzó en vilo. Ayane jadeó, roto por un instante el contacto entre sus bocas, y le rodeó la cintura con las piernas. Sacha caminó precariamente hasta la pared de enfrente y la apoyó contra esta para poder liberar una mano que fue directa a la entrepierna femenina.

Un ronroneo se mezcló con un gruñido contrariado al confirmar, ahora que la falda se le había subido hasta la cintura, que no se había puesto ropa interior. Pero toda intención de reprenderla por haberse desnudado para Giannoli murió al palpar su sexo, tan húmedo que parecía que llevaran horas de tortuosos preliminares.

Se separó lo justo para contemplar su rostro. El corazón le dio un vuelco al verla ruborizada, con algunos mechones pegados a la frente y los ojos incendiados.

—¿Te has puesto cachonda haciendo esto?

Ayane lo miró a través de las pestañas. Un principio de sudor había empezado a lustrar su piel, haciéndola brillar como el diamante.

—Siempre que te veo empuñar una pistola me pongo así —reconoció en voz baja.

Rodeó su cuello con las manos y se inclinó para sofocar con un beso impaciente la carcajada incrédula de Sacha. Él se abandonó a su locura, instigado por la misma hambre, y buscó la hebilla de su cinturón para sacárselo a tirones.

Cuántas veces no habrían follado. La urgencia enfermiza de Ayane no era novedosa, aunque no por ello resultara menos cautivadora: en el hotel de China lo recibía siempre con el entusiasmo de las mujeres que solo tenían el sexo para hallar una mínima satisfacción.

Pero ¿en él?

En él, el deseo había hecho la misma mella que en *malyshka*, solo que hasta el último momento había reprimido la desesperación por hundirse en ella. En aquel entonces creía que estaba por encima de esta, que el celibato le había enseñado el valor del autocontrol.

No podía estar más equivocado. Oía su respiración viciada por las ansias, idéntica a la de un moribundo, y era consciente de la torpeza de sus manos, que querían tocarlo todo, y sentía de golpe en la sangre el ardor de las cuatro primaveras a las que había sobrevivido por obra de la indolencia multiplicado por mil.

Esa indolencia ya no estaba allí. Ayane se la había arrebatado, como la máscara de granito,

como las murallas defensivas, como el sentido común, como el remoto deseo de parecer relativamente sereno o normal.

Pero no lo era. La veía cubierta de sangre y con cara de mala y la polla le dolía tanto que pensó que se desmayaría.

—¿Has follado con otras? —gimoteó ella, haciendo cuanto estaba en su mano para restregarse contra él en tanto que se bajaba los pantalones. Solo lo justo, antes de que la sangre se enfriara, antes de que la sangre se secara, antes de que la adrenalina se esfumara.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —gruñó él.

—En mi ausencia. Estos últimos meses... ¿Te has tirado a alguien?

—Algo así. Te he follado en sueños todas las noches.

Se agarró la erección y la colocó en la entrada de su cuerpo, y solo le echó un vistazo fugaz a su rostro extasiado antes de penetrarla bruscamente. Ella se echó a reír, como si estuviera poseída, y le clavó las uñas en la nuca.

Las risas le acompañaron durante las primeras embestidas, hasta que poco a poco Ayane empezó a ser consciente del calor que se estaba fraguando y las carcajadas se fueron transformando en jadeos entrecortados, en exhalaciones que le acariciaban a él la cara.

Sacha dejó de moverse un instante para apoyar la frente en la de ella. Cerró los ojos y se permitió aceptar que estaba temblando como si estuviera muerto de miedo. Se aseguró de haberse enterrado tan hondo como lo permitiera la postura, y paladeó conscientemente las sensaciones que lo recorrieron de arriba abajo: una alegría propia de enajenado, de demente, y un deseo tan puro como solo podía serlo el que nacía del amor, como igualmente corrompido por las ansias de hacerle daño, de atravesarla, de romperla.

Abrió los ojos y clavó en ella una mirada febril. Entonces se separó lo justo para volver a penetrarla de golpe. Agarró el único tirante del vestido y se lo rompió de un tirón para servirse de un pezón endurecido. Lo atrapó entre los labios y succionó sin dejar de resbalar dentro y fuera, una y otra vez, con tanta prisa que parecía que fuesen a interrumpirlos de un momento a otro.

—Sí... —gimoteó ella con la nuca apoyada en la pared—. Fóllame. Fóllame. Esto no es un sueño.

Sacha le mordió el borde del pezón y levantó la cabeza para verla revolverse de gusto. Deslizó una palma abierta por su torso descubierto, arrastrando consigo las salpicaduras de sangre, y le rodeó el cuello para mantenerla pegada a la pared.

Ayane clavó la mirada en la suya, una mirada enturbiada por el morbo, y se humedeció los labios para pedir un beso que enseguida le fue concedido.

—Túmbame en el suelo —le rogó ella casi sin voz.

El sudor la cubría como un sudario y una sombra de ambición mórbida se había apoderado de su semblante. Sacha ni siquiera se molestó en señalarle que estaba sucio, cubierto de sangre, y

muy próximo al cadáver. Ayane lo sabía y eso era en buena parte lo que la excitaba. Rebozarse físicamente en la muerte de uno de sus verdugos, incluso si no lo había sido en un sentido literal.

Se dio la vuelta cargándola en brazos, todavía insertado en su cuerpo. Tuvo que apartarla para tenderla cuan larga y maravillosa era sobre la piedra húmeda del calabozo. La necesidad de estar dentro de ella lo arrebató, y tuvo que levantarle las piernas y apoyárselas en los hombros; la única postura en la que parecía que podía penetrarla hasta lugares que se presuponían inalcanzables.

Ayane echó los brazos hacia atrás, sobre su cabeza, y cerró los ojos para entregarse a un vaivén desenfrenado. Él no podía apartar la mirada de su cara con una mezcla de pasión e incredulidad que no mucho tiempo atrás habría intentado moderar.

Ahora no podía.

Le quitó los tacones y presionó los labios contra la planta del pie derecho. Ella se rio, risas que se le entrecortaban con cada embestida, pero no pidió que detuviera las cosquillas y él se dio un festín con sus dedos, besándolos y recorriéndolos con la punta de la lengua.

—A ti te tuvieron que sacar de la mente de un loco... o de un enfermo... o de *mi* mente — articuló en ucraniano. Hablaba entre dientes, tal era la tensión que le había trenzado el cuerpo entero—. A ti tuvieron que hacerte para que yo te encontrara.

—No me hables en tu... —gruñó ella, pero no pudo seguir. Se tuvo que conformar con fulminarlo con la mirada, solo que no lo fulminó en absoluto: la suya fue lo contrario a una mirada suplicante, la de alguien que rogaba que le hicieran más daño.

Y a eso se dispuso él.

—En el tuyo, entonces. —No se le escapó el brillo en sus ojos al oír su lengua materna. Siempre se conmovía cuando Sacha le hablaba en japonés durante el sexo. Se enterró más adentro, y más aún cuando parecía que más aún no era posible—. Tú... tú no eres de este mundo.

No le dio opción a réplica. Aumentó el ritmo de las embestidas, guiado por la emocionante y a la vez terrible certeza de que aquel cuerpo era suyo: una certeza que venía con una responsabilidad. No se detuvo hasta que le había robado el aliento y la tenía entre sus brazos balbuceando incoherencias.

Se la folló como un loco, poniendo a prueba los límites humanos, tonteando con la línea entre el dolor y el placer; y se la folló siendo consciente en todo momento de que se la estaba follando a ella, solo a ella, porque solo estaba ella, no se le ocurría otro lugar donde podría descargar esa furia infame, no se le ocurría otro cuerpo.

La descargó un rato después, cuando ya había perdido el hilo de sus pensamientos y hasta la sensibilidad en los dedos. Se corrió dentro de ella, bufando como un toro, y no paró de moverse mientras lo hacía, no habría parado ni después de hacerlo, no habría parado nunca.

Capítulo 6

Ayane sentía que últimamente su vida discurría en vuelos comerciales.

Su condición de fugitiva no tenía nada de novedosa. En el fondo era lo que había sido desde la tierna infancia. También con su madre llegó a pasar horas y horas saltando de un estado a otro, en trenes, aviones y autobuses, con la diferencia de que entonces estaba huyendo de su padre.

Ahora, en teoría, no huía de nadie.

Más bien a los demás les convendría huir de ella.

Si se lo tomaba con sentido del humor, podría decirse que estaba reconectando con sus raíces, y por primera vez en mucho tiempo quería ver su situación desde una perspectiva optimista. Era la parte positiva de que aún le durara la enajenación de la noche anterior.

Sacha estaba cruzado de brazos a su lado. Aunque tenía los ojos cerrados, sospechaba que no dormía.

Un rato de descanso no le habría venido nada mal.

A Ayane tampoco.

Después de limpiar el estropicio de la mazmorra, les había quedado energía para trasponer a toda prisa al hotel y seguir follando como si acabaran de descubrir la infinita variedad de posibilidades del cuerpo humano. Se habían metido juntos en la ducha tras quitarse la ropa y quemarla en el lavabo para borrar sus huellas. Allí, bajo el chorro, se habían redescubierto una vez más con mordiscos y arañazos, igual que dos animales salvajes. Habían empapado las sábanas al tenderse sobre la cama aún mojados y se habían secado jodiendo con una sed desaforada que los había vuelto a impregnar de sudor.

No recordaba haber formulado un solo pensamiento coherente en toda la noche. Sí recordaba haberse derrumbado sobre el colchón para tomar aliento, notando las muñecas flojas de haber aguantado todo su peso durante horas y el coño empachado tras la cuarta carga de semen. Un minuto, dos minutos, tres minutos recobrando la respiración, y nuevamente notaba las manos dictatoriales de Sacha redirigiendo su postura para volver a penetrarla, decidido a hacerla pagar por todo el tiempo perdido.

Aunque se había duchado esa mañana, sentía que su piel seguía impregnada del sudor de ambos, además de extremadamente sensibilizada por la inclemencia con la que la había desnudado incluso cuando parecía que no quedaba nada más por desnudar.

Ahora se preguntaba por qué le había tenido tanto miedo al único placer que podía rescatarla de una mente en guerra. No era la intimidación física lo que temía compartir con Sacha, sino una conexión romántica que le hiciese perder el juicio. Lo ocurrido la noche anterior los había

vinculado, pero de una manera descarnada, ancestral.

Durante el sexo duro no se corría el riesgo de sacrificar el corazón.

Si en algún momento lo hubiera mirado a los ojos y hubiese vislumbrado la dulzura con la que solía tocarla antes, se habría derrumbado. Pero él estaba demasiado desesperado por devorarla como para cometer el error de ahuyentarla con una pasión elevada.

Ayane inspiró hondo y cambió de postura en el asiento con cuidado. Aun así se le escapó una mueca de dolor placentero. No recordaba haber tenido tantas agujetas jamás. Se había dejado follar en posturas de dominación que no había probado antes, y eso ya era decir.

Ahora se moría de sueño.

Estaba demasiado mayor para maratones de sexo de seis horas.

Apenas tres cuartos de hora atrás se había pasado por Vesper's para despedirse de Califa y Angel Face.

A saber cuándo volverían a encontrarse.

Sobreexcitada todavía por lo ocurrido a lo largo de la noche, se había atrevido a preguntarle a la bella chilena el porqué de su repentina cordialidad.

—¿Qué ha cambiado entre tú y yo?

—Que, como ahora solo quieres a un hombre, el mío no corre peligro.

Su respuesta seguía haciéndole gracia un rato después.

Nunca dejarían de asombrarla los matices a los que estaba sujeto el amor propio de algunas mujeres. Lo ingenuas que podían llegar a ser, incluso. Para arrancar a Angel Face de los brazos de Califa, para siquiera aspirar a borrar su nombre del corazón del tigre, tendrían que matarlo, y ni por esas tendría Ayane o cualquier otra belleza femenina la menor oportunidad con él.

Aquel hombre haría un pacto con el diablo para regresar de entre los muertos y removería cielo y tierra para volver con su Paulita.

Sacudió la cabeza, divertida y también muerta de celos. Solo hasta cierto punto, aun así. Por más que su compañero fuera un hombre profundamente enamorado, no podía envidiar un estilo de vida que la tendría encerrada entre cuatro paredes. Había descubierto que necesitaba esos vuelos comerciales. Necesitaba el objetivo vital al que se estaba aferrando. Y a lo mejor no necesitaba bañarse en la sangre de los hombres que hubieran ejercido violencia sexual contra inocentes como ella, como Yeva, pero a la vista estaba que lo encontraba de lo más revitalizante.

Todo lo que la revitalizara sería bienvenido.

—¿De dónde te has sacado a Red Eye? —preguntó en voz alta.

Por lo que Sacha había mencionado aquella misma mañana, era el apodo que recibía el tipo con el que iban a citarse en Nueva York para seguir tirando de sus hilos.

Tal y como imaginaba, su acompañante no estaba dormido.

—Es un colaborador habitual, por así decirlo. Cuando sigo las pistas que tengo y me topo con

un callejón sin salida, él suele guiarme en la dirección correcta por un módico precio.

—¿Un módico precio? —inquirió, interesada, y se giró hacia él—. ¿Qué te suele pedir?

—Menos dinero, cualquier cosa —respondió, todavía con los ojos cerrados—. Un contacto, un nombre... Una vez se conformó con que le dejara probar uno de mis cigarrillos y le diera la caja. Por lo visto, colecciona todas las cervezas y tabacos que prueba. En otra ocasión me pidió un cargamento de armas.

Ayane se acordó de la negociación que presenció en la partida de póquer más de un año atrás. Entonces lo tomó por un contrabandista. Y lo era, por supuesto, pero incluso eso tenía su explicación: las armas, las drogas, su presencia —que no colaboración— en la red de trata... Todo estaba enfocado a lo mismo. A vengar a Yeva.

Aunque por el camino debiera pactar con el diablo una y otra vez.

Cambió otra vez de postura en el asiento y practicó para sus adentros una voz modulada antes de volver a hablar.

No estaba segura de querer profundizar en un vínculo emocional con Sacha, pero lo que tenía claro era que no deseaba sentirse usada y tirada. Se la había follado como una bestia durante toda la noche. Necesitaba verlo vulnerable para cerciorarse de que el sexo era una manifestación física de su mutua confianza, para deshacerse de la sensación de que la había utilizado para un desahogo puntual.

—Cuéntame algo sobre ella.

No tuvo que especificar a quién se refería.

Estuvo a punto de insistir creyendo que la estaba ignorando adrede, pero respondió al cabo de un rato.

—Una vez me preguntó por qué la luna tenía agujeros.

Ayane lo miró de reojo, sospechando que podría estar sonriendo. Y no lo hacía del todo, pero había aprendido a leer los matices de su semblante y aquella mueca de la Mona Lisa era una sonrisa.

Una de las contagiosas, porque ella lo acompañó suavizando su expresión.

Algo tenían las niñas con la luna, pensó. Cuando era pequeña y vivía en una granja aislada a las afueras de Albuquerque, salía al porche cada noche sin faltar una para admirar sus distintas fases. Si su padre estaba allí, se lo encontraba sentado en el escalón con las rodillas separadas y un cigarrillo entre los dedos.

Como sabía reconocer las pisadas de una niña nerviosa, su niña nerviosa, no tenía ni que girarse. De inmediato cambiaba la postura, dándole la bienvenida a su cálido regazo.

Kincaid sentía una pasión tal por la cultura japonesa que lo poco que Ayane sabía al respecto se lo debía a él. Había sido su padre el que cada noche le había recitado de memoria alguno de los *haikus* de Natsume Sōseki; el que la introdujo en los relatos cómico-satíricos que publicó por

entregas en la revista *Hototogisu* en cuanto tuvo una edad para entenderlos y le explicó por qué su narrativa era tan inteligente. Pero lo que la convenció de leer las novelas del autor cuando echar de menos a su padre se volvió insoportable fue una curiosa anécdota que este le contó una de las noches que contemplaron el paisaje estelar.

Ayane todavía se acordaba de la forma en que la línea de su mentón se afilaba cuando alzaba la cabeza; de que las canas afluaban en su barba cobriza como las flores de algodón en los campos de cultivo de Tamaulipas. Si se esforzaba lo suficiente, podía evocar a qué olía su ropa: cuero viejo y Winston Red. Siempre Winston Red, siempre la marca de casa, porque, en el fondo, y como su madre no perdía ocasión de señalar, era más norteamericano de lo que le habría gustado.

—Sōseki era profesor —le había explicado con la mirada fija en las estrellas—. Se dice que, en un trabajo, un alumno suyo tradujo «*te quiero*» como «*ware kimi o aisu*». Él corrigió la interpretación contándole un dato cultural: los japoneses son tan reservados que no expresarían sus sentimientos con el desahogo de un occidental. Como mucho se declararían diciendo «*me gustas*», «*suki desu*», por lo que «*aisu*», «*amar*», no se utiliza en el lenguaje informal. Solo en literatura.

—¿Y cómo se dicen que se quieren entonces? ¿Se dan besos de esquimal?

Su padre se había reído.

—Menos aún, ¿o tú te imaginas a tu madre dando un beso de esquimal? No, no... —Meneó la cabeza, todavía con una sombra de sonrisa—. Sōseki aludió a la semejanza oral entre *suki*, «amor», y *tsuki*, «luna» (los caracteres no son similares si los escribes), y le dijo que la mejor forma de decir «*te quiero*» en japonés, sobre todo cuando eres tímido, es «*tsuki ga kirei desu ne*».

—«La luna está preciosa esta noche, ¿no crees?» —tradujo Ayane. A continuación buscó el cielo, como si quisiera confirmar que era cierto—. Pero yo no soy tímida, papá.

—Eso no es excusa para no ser poética —señaló con una sonrisa ladeada.

—Ya, pero la luna siempre está muy bonita. Tampoco es nada nuevo u original.

—Por eso tienes que tener cuidado de a quién le dices «*tsuki ga kirei desu ne*». Le estás diciendo que lo quieres todas las noches. Que lo quieres para siempre.

Ayane recordaba haberse tomado muy a pecho aquella lección.

Como todo lo que le contaba su padre.

Muy seria, alzó la mirada hacia él y se lo dijo primero en inglés, y, luego, en japonés.

—La luna está preciosa esta noche..., ¿no crees?

Kincaid se giró para mirarla y afianzó la mano con la que la mantenía fija sobre su costado.

—*Shindemo iiwa*.

—«Puedo morir en paz» —murmuró para sí misma—. ¿Qué significa eso?

A pesar de su amor por las lunas de verano, los ojos de su padre brillaban siempre como el

sol. Esa noche no lo hicieron menos.

—Significa que yo también, *tadaima*.

El recuerdo le guio la mano a la cadena que llevaba al cuello. Ahora se atrevía a lucir la chapa plateada de su padre en todo su esplendor; incluso a acariciarla con una leve sonrisa. Desde que Jace se la devolviera, no se había atrevido a quitársela.

Se giró a mirar a Sacha con una expresión benigna.

—¿Y tú qué le respondiste a eso?

—No le expliqué lo de la erosión de los meteoritos porque no le habría hecho ninguna gracia. Solía pedirme la verdad, pero luego se decepcionaba si la explicación científica no era divertida. Así que le dije que los alienígenas habían cavado los agujeros en su búsqueda del tesoro perdido.

—Se encogió de hombros. Saltaba a la vista que no le hacía feliz que sacara a Yeva a colación, incluso si ya estaba presente y era imposible de ignorar. Pero debía de ser uno de esos dolores adictivos, porque continuó aportando datos, quizá en un desesperado intento por mantenerla con vida—. Improvisar algo era mi perdición. No se le podía responder nada interesante a esa niña. Seguía preguntando. Nunca se daba por satisfecha. ¿Y qué tesoro buscaban? Pues oro y joyas preciosas. ¿Para qué? Para regalárselo a sus mujeres, claro está. ¿Y de dónde habían salido esos alienígenas y sus mujeres? De los anillos de Saturno, adonde van los alienígenas enamorados para casarse. ¿Y tenían vecinos en Júpiter? Pues claro que tenían vecinos en Júpiter. ¿Y cómo eran? ¿También se casaban y se enamoraban? No, esos no, los jupiterianos son solitarios amargados por naturaleza. ¿Por qué? Porque son inmortales, y eso es terrible. ¿Y por qué son inmortales, papá? Luego se quedaba callada un momento y preguntaba con pies de plomo, no fuera yo a pensar que mi hija era una idiota: «¿Qué es ser inmortal?».

Sacha se pellizcó el puente de la nariz, como si todavía entonces le exasperara la curiosidad infantil. Ayane esperó atisbar una sonrisa, aunque fuese crispada, aunque la enturbiara el luto, pero ni el recuerdo de la pequeña era lo bastante dulce para aplacar su amargura.

—El carácter hablador no lo heredó de su padre, está claro —señaló Ayane de buen humor—. Por lo que cuentas, parece que le gustaba mucho la ciencia.

—Quería ser astronauta. —Se miró los dedos como si ahí hubiera algo sumo interesante—. De hecho, creo recordar que dijo que quería ser bailarina astronauta.

—¿Bailarina astronauta? —repitió, y se le escapó una risa—. ¿Cómo funciona eso? ¿No le explicaste que en el espacio flotas y sería imposible bailar?

—Sí, pero ella insistía en que si flotabas eras más elegante porque te movías más despacio —puntualizó—. Y me dijo que, si estuviera en el espacio, en los *grand jetés* podría saltar más alto que Arina, su enemiga mortal en clase de ballet.

—Oh, ¡por supuesto que estaba apuntada a clases de ballet! —Ayane se inclinó hacia él y le hizo una graciosa caída de ojos—. Y por supuesto que hacía *grand jetés* a los cinco años. ¿Hay

algo que se le diera mal a esa niña?

—No. A lo mejor ese fue el problema. Era demasiado perfecta para ser real.

Él no había querido —o no se había atrevido— a mirarla durante la conversación, como si a esas alturas tuviera algún sentido ocultar sus emociones.

—Si algo sé, es que no existe la víctima perfecta. Y si ya tenía enemigos a su edad...

—¿Qué es lo que quieres? —la interrumpió de mala manera. Entonces sí la castigó con un vistazo fulminante—. ¿Por qué insistes en hablar de ella?

Ayane le aguantó la mirada sin amilanarse.

—Porque no estoy aquí para ser tu juguete sexual. Quizá tampoco esté para proporcionarte apoyo moral, pero la gente corriente mantiene conversaciones, ¿sabes? No se limita a interactuar con el género humano cuando quiere un polvo.

—No te he negado la conversación. Te pregunto por qué cojones tiene que ir sobre ella.

—Porque me interesa conocerte y la querías, y las personas que queremos dicen más de nosotros que nada de lo que hagamos o digamos. Porque no solo fue importante, sino que sigue siéndolo. Yo tengo mi propia agenda, ya lo sabes, pero eso no significa que no quiera saber en nombre de quién hago según qué perrerías.

Como era natural, no habían hecho ningún comentario acerca de lo sucedido en las mazmorras de Vesper's. Sacha no se caracterizaba por su asertividad, y ella, incluso si no estuviera todavía asimilando que existía una parte de sí que no le temía al sadismo ni a la perversión, llevaba tiempo comprometida con separar los pecados de la noche del nuevo día.

Sacha no se dio por conmovido con su breve explicación.

—No es —empezó entre dientes— un tema agradable para mí.

—Y nunca lo será, pero podrías esforzarte para que al menos te resultara tolerable —le sugirió en tono indulgente. Ladeó la cabeza y se inclinó hacia delante para tratar de ver su expresión: él se había girado lo justo para esquivar su mirada, igual que un crío mosqueado—. Mira, yo no habría soportado que la gente me hubiera colgado para siempre la etiqueta de víctima y me hubiese tratado en consecuencia. No seré la que reduzca la existencia de Yeva a lo que unos matones de mierda hicieron con ella. Antes de eso era una niña preciosa y encantadora. Se merece que sus comentarios ingeniosos y sus sueños se comenten y se les dé importancia. Yo no tengo muertos, pero, si perdiera a un ser querido, recordarlo en voz alta y en mi imaginación para devolverlo a la vida se convertiría en uno de mis objetivos vitales. No todo puede ser una venganza sangrienta por lo que perdiste. También tienes que celebrar lo que tuviste —insistió al ver que no reaccionaba—. Para eso existen fases en el duelo: para que no nos estanquemos en el dolor y la rabia. Para, llegado el momento, cuando nos sintamos preparados, avanzar solo con nuestros buenos recuerdos hacia una relativa conformidad. Una que nos permita vivir, ¿entiendes?

Ayane se preparó para que Sacha la castigara con uno de sus violentos silencios. No le habría extrañado tampoco que, enrabietado, entrara a discutirle el argumento bajo la premisa de que ella no sabía de lo que estaba hablando. Y entonces tendría que haberle dado la razón, porque no, por más que se esforzara, jamás conseguiría ponerse en su lugar del todo. Era un dolor que no conocía.

Un dolor que casi nadie conocía, en realidad.

Ni siquiera existía un término para explicarlo. Existían los niños sin padres, pero no los padres sin niños.

Sacha contemplaba las nubes esponjosas al otro lado de la ventanilla. Al cabo de un rato, y para su inmensa sorpresa, le oyó responder con un nudo en la garganta.

—Lo creas o no, han pasado cuatro años. En esos cuatro años he superado la fase de la ira y la tristeza. Ya estoy en la resignación. Esto que ves es mi resignación —recalcó—. Pero tienes razón en todo lo que has dicho. Se merece algo mejor que un silencio obstinado viniendo de su padre.

Se quedó tan perpleja que él tuvo que mirarla por encima del hombro para confirmarle que no lo había soñado; que, en efecto, había valorado su argumento. La nostalgia seguía ensombreciendo su expresión, pero había también un deseo palpable, casi desesperado, de aprender a rebajar su agresividad.

Una claudicación que, no mucho antes, la habría inspirado a arrojar el puño al aire en señal de victoria, le provocó ahora un escalofrío que parecía ponerla sobre aviso. En esa mirada de aprobación descubrió la clase de intimidad que haría correr en dirección contraria a una mujer con sentido común.

Ya era su cómplice de asesinato y su amante puntual, y en el fondo se conmovía de tal modo con su dolor que ansiaba también ser su paño de lágrimas. Pero aquella mirada insinuaba algo más. Aquella era una mirada que la Ayane del pasado podría haberle dirigido durante los últimos meses que pasaron juntos en Koh Phangan, justo después de un aborto que la enloqueció y que a él le partió el corazón: el colofón de una experiencia de sufrimiento que sintió que los unía en alma y espíritu.

«Y mira cómo acabó. Mira lo que pasa cuando te permites intimar con él de verdad».

Se revolvió en el asiento, de pronto inquieta, y aprovechó que el personal de cabina pasaba por su lado con el carrito de los refrigerios para huir de él pidiendo unas patatas fritas.

Masticó con ansiedad. Le costó tragar.

El recuerdo de la depresión posterior al aborto le había cortado el estómago.

Había aprendido a no pensar en ello a diario, pero, a veces, la noche que confrontó a Sacha al respecto de su decisión de abortar volvía a su mente. Recordaba haberle exigido que le espetara a la cara lo que pensaba sobre la radicalidad de dicha determinación, anticipando que no sería nada

bueno. Entonces estaba ansiosa por recibir un escarmiento. No habría podido intuir siquiera por qué aquello sobrepasaba al hombre que no se inmutaba por nada.

Ahí estuvo la primera pista.

Para él, los niños eran algo sagrado.

Lo que no significaba que la hubiese juzgado en ningún momento.

«O quizá fuera la segunda pista», siguió pensando.

Algo que le había llamado la atención de su estancia en Shanghái era que no había menores de edad. Desfilaban toda clase de mujeres, la mayoría muy jóvenes, pero ni una sola niña, algo insólito dado que estaban en China, uno de los países con mayor explotación sexual infantil. Que no hubiera niños prostituidos ahí donde estuviera Sacha se le había antojado una bonita casualidad, pero ¿y si nunca lo fue? ¿Y si había una relación directa entre lo uno y lo otro?

Ayane rompió el silencio.

—Dime una cosa. —Él la atendió, expectante, mientras ella cerraba la bolsa de patatas con tal de tener las manos ocupadas—. ¿Por qué te dolió que abortara? ¿O no te dolió eso, sino que te trajo malos recuerdos? ¿Te pusiste a pensar en lo que pasa cuando un niño nace o es condenado a crecer en el mundo de la trata?

Sacha meneó la cabeza un buen rato. Al principio pensó que estaba negando, pero solo se ayudaba del movimiento para pensar.

—Yeva tuvo que ver en eso en la medida en que Yeva tiene que ver con cualquier cosa que haga o diga. Estuvo presente, sí —le confirmó—, pero no necesito que ocurran desgracias a mi alrededor para que piense en ella.

—¿No lo proyectaste, entonces?

—*Malyshka*... —murmuró con la vista en el techo—. Creo que no entiendes lo chocante que puede llegar a ser verte sufrir.

—¿Cómo? —se extrañó.

—No puedo explicarlo.

—Claro que puedes —replicó con impaciencia—. Hablas inglés mejor que yo.

Sacha se humedeció los labios. Dejó correr un buen rato de reflexión.

—Te vi rendirte —explicó al final—. Y no pensaba que eso pudiera llegar a pasar. Viniste de tres meses y medio de encierro en un prostíbulo de Bangkok y me abofeteaste, intentaste escapar dos veces, te colaste en mi despacho, apuñalaste a Cheng. Y, de pronto —continuó con vacilación, como si le costara—, te rendías.

Con el paso del tiempo, Ayane había empezado a entender que Sacha siempre se había preocupado por ella. Intentó ayudarla a cumplir sus metas laborales infiltrándola en Fuego y Sangre, y le puso el veto apenas unos días después porque se dio cuenta de que no lo conseguiría, de que aún le faltaba experiencia. Entonces todavía no había intervenido Kincaid para exigirle

que la protegiera; por eso había llegado solita a la conclusión de que la habría salvado de los chinos y de ella misma con independencia de si esa llamada se hubiera efectuado o no. El hecho de que la montara en un avión y se cerciorase de que el FBI lo interceptaba no había sido la única muestra de su afecto.

Se enfadó consigo misma por haberse negado la verdad durante tanto tiempo. Ella sabía mejor que nadie lo que era el amor de un hombre moralmente reproable. Su padre le había hecho regalos, prodigado caricias y enterrado en cumplidos, sí; estaba familiarizado con las fórmulas de cariño habituales. Pero sus mayores gestos de amor habían sido tan radicales como los de Sacha: habían consistido en dejarse arrastrar a una cárcel de máxima seguridad, en garantizarle el olvido y la condición de huérfana, en aceptar que no volvería a verla... y, aun así, no haberla dejado sola nunca.

Se suponía que Ayane era más lista que eso; que no caería en la trampa de pensar como su madre o como Jace asociando las renunciaciones y el silencio al desinterés. Al final, ese había sido el único pero gran pecado de Sacha. No hablar. No decírselo con todas las letras: «Esto lo hago por ti».

Se le formó un nudo en la garganta y no pudo seguir hablando. Y como si él hubiera sabido que estaba llegando al punto de no retorno, que ya no podría seguir aguantando la venda sobre los ojos ni aunque le echara nueve nudos, añadió con impotencia:

—Contigo no me perdono no ser Dios, *malyshka*.

—¿Qué quieres decir? —musitó ella.

—Aún no hago las paces con muchas de las cosas que ocurrieron en Shanghái. Cada vez que me iba, te pasaba algo. Intentaba disculpar mis ausencias porque empecé teniendo claro que, si debía elegir entre Yeva o tu seguridad, siempre sería Yeva. Todas y cada una de las veces. Pero de pronto no estaba claro —reconoció con dificultad—. De pronto, se hacía demasiado evidente que tú estabas viva y aún podías salvarte, y ella... no. Prolongaba el conflicto interior para no cambiar mis prioridades y que Yeva siguiera siendo el centro de mi mundo, y el conflicto me llevaba a odiarte. Me llevaba hasta allí, te lo aseguro, a un odio sin retorno. Pero nunca cruzaba la puerta. No podía porque no te rendías. No había manera, joder —repitió—, y si no te rendías tú, no lo iba a hacer yo. No te iba a dejar sola. Pensé que, si lo hacías, si cedías por fin, podría dejar de estar pendiente porque no tendrías salvación; serías una de tantas mujeres perdidas a las que ya no puedes ayudar. Pero me sucedió lo contrario. Te pasó lo más parecido a lo que me había pasado a mí, o así lo sentí yo, y no solo no me puede quitar de en medio, sino que no me perdoné no haber sido Dios para impedirlo.

—Si hubiera sido tuyo —señaló con un hilo de voz—, podrías haber impedido el embarazo no acostándote conmigo.

Sacha la miró largamente a los ojos. Ella rezó para que no averiguara el propósito detrás del comentario que acababa de lanzar, que estaba lejos de hacer leña del árbol caído. Incluso si la asustaba pensar en un futuro con él, necesitaba saber si, de darse la posibilidad, podría construirse uno sin muerte y sin sangre. Sin vicio y perversión.

—No habría sido mío de ninguna de las maneras. Yo no puedo tener otro hijo.

—¿Te refieres a que te hiciste una vasectomía o algo así? —se hizo la tonta.

Sacha solo le aguantó la mirada.

No contestó a eso porque no hacía falta.

—Si hubieras querido, podría haber sido tu hijo —replicó en su lugar—. Tu hijo con mis genes, sí, pero tuyo y de nadie más.

—No creo que hubieses sido capaz de darnos la espalda a él o a mí.

—Yo lo que creo es que no habría sido capaz de hacerme cargo. No creas que me torturo con la culpabilidad a diario, pero si algo he aprendido de todo esto es que no puedo cuidar o proteger a una criatura.

Algo dentro de Ayane saltó, muerta de rabia hacia sus conclusiones.

—¡Esa no es la conclusión que puedes sacar, Sacha! Nadie habría podido prevenir una tragedia semejante —continuó en voz más baja, aferrada al reposabrazos de plástico—. Es como si yo pensara que tengo la culpa de que me secuestraran solo porque estaba allí. No se sostiene.

—Lo pensabas hasta hace no mucho tiempo —apuntó él con una ceja enarcada. Esperaba oír exactamente lo que escuchó a continuación, cuando ella se enderezó con orgullo.

—Y dejé de hacerlo —le aseguró. Le sorprendió su propia solemnidad, el hecho de creerse su discurso. Comprender que no había sido su culpa le había tomado meses de autolesión, de crecimiento personal y, al mismo tiempo, tan solo un segundo de racionalización: si no fue culpa de Yeva, si no fue culpa de Lesya, entonces tampoco lo fue suya—. Tú también puedes dejar de sentirte inútil e impotente por esto. No es asunto menor, lo sé. Pero habrá esperanza. Algún día.

En lugar de responder, Sacha recuperó la postura dejada contra el respaldo y cerró los ojos, como si así pudiera alejar las sensaciones que había dejado la charla.

No se había dado entre los dos una sola situación de normalidad en la que hubiera sido razonable imaginar una familia Melnyk-Nagai, pero el subconsciente soñaba sin el permiso de la razón, y una parte de ella, aun teniéndolo todo en contra, había fantaseado con imposibles.

Porque ahora sabía que eran imposibles.

Y, sin embargo, no le dolió ni le cerró el corazón a cal y canto.

Esa era la cruz de entender los sentimientos ajenos. Nadie podía enfurecerse con deseos y decisiones que seguían la lógica de la historia personal, de los pasados traumáticos. Apostaba por que si ella no hubiera querido volver a tener sexo jamás, él se habría horrorizado, pero lo habría comprendido a la perfección.

Y lo que era más: no la habría abandonado por eso.

Justamente como ella no pensaba abandonarlo a él por sus limitaciones, una renuncia que no se habría planteado hacer por ninguna otra persona.

Capítulo 7

El contacto de Sacha se hacía llamar Red Eye, y, como todos aquellos que se refugiaban en el nombre de un cóctel, formaba parte del circuito sadomasoquista internacional.

El tipo hacía honor a su apodo. Era mitad norteamericano, mitad japonés, al igual que ella y al igual que la bebida roja que lo identificaba. Aunque se había popularizado gracias a una película de Tom Cruise, su consumo se había extendido más en Japón que en los Estados Unidos, una curiosidad llamativa como curioso y llamativo era el propio amo.

A los japoneses como grupo étnico no les gustaban los tatuajes. Estaban orgullosos de su piel pálida e históricamente se había asociado la tinta a la yakuza. Pero Red Eye no era un yakuza. Y, aun así, había cubierto su cuerpo por entero de personajes de mitología. Ni uno solo de sus diseños representaba a los guardianes o bestias sagradas que en las leyendas protegían la ciudad de Kioto. Se había decantado por criaturas del folclore con pésima reputación, o eso concluyó tras fijarse en el zorro blanco o *kitsune* que ocupaba gran parte de su pecho desnudo y en la mujer de las nieves, *yuki-onna*, que observaba desde su brazo derecho.

En la barbilla lucía el símbolo en japonés de la palabra «Dios».

Esto había hecho que Ayane enarcara una ceja con curiosidad burlona.

Red Eye los recibió en un reservado del club BDSM neoyorquino con tan solo unos tejanos rotos en las rodillas. No se le ocurrió preguntar dónde se había dejado ni la camisa ni los modales; estos últimos debían de haberse malogrado en algún punto de la noche, porque estaba repantigado en el sillón con un brazo sobre el respaldo y el alcohol consumido hacía brillar su mirada como la de un animal hambriento.

—Black Russian, el que no es ni negro, ni ruso —lo saludó arrastrando las palabras. No hizo ademán de tenderle la mano, y cuando tomaron asiento frente a él, tomó la precaución de aumentar el espacio entre los tres arrastrando el asiento hacia atrás. El gesto no se le antojó tan descortés porque no perdió la sonrisa de bienvenida, suficientemente encantadora para distraer a cualquiera—, y viene acompañado de la primera mujer que se le conoce. —Paseó una mirada apreciativa por el cuerpo de Ayane, que se había ataviado con un vestido ceñido y unas medias negras para la ocasión—. Se estrena por todo lo alto.

No estaba de humor para agradecer cumplidos. La conversación en el avión la había dejado con un ánimo cuestionable. Pero debía admitir que Red Eye tenía un carisma que en otras circunstancias se habría llevado toda su atención.

Estaba delgado como un junco y bajo la luz del sol se le transparentarían las venas azules en el mentón. Compensaba su delicado aspecto con una mirada penetrante que prometía peligros.

Daba respuestas procaces y tenía la audacia de un huérfano hambriento. Era Oliver Twist, pero con los ojos rasgados y algo mucho peor que travieso.

—¿Hablas japonés? —le preguntó en su idioma a Ayane.

—*Hai*.

—¿Aparte de los monosílabos?

—Sí, pero no hemos venido a que me hagas un examen de B2, ¿a que no?

—Ni yo os he recibido para nada distinto de que me tratéis de maravilla, considerando que me vais a pedir un favor —replicó con una ceja en alto—. Este tipo nunca se pasa por la zona a saludar. Es como el Señor del Antiguo Testamento. Siempre se aparece para pedir algo.

—Por suerte para ti, no va a ser ni un hijo, ni un arca —contestó Sacha.

—Menos mal. —Red Eye se frotó las manos con parsimonia—. ¿En qué te puedo ayudar esta noche?

El esclavo sacó del bolsillo interior de la chaqueta un papel con cuatro dobleces. Lo arrojó sobre la mesa como si fuera un billete de propina.

Ayane intuyó que el japonés enarcaba una ceja ante sus malos modales. No pudo saberlo con certeza porque los mechones oscuros le caían sobre los ojos. Tenía uno oscuro, como la inmensa mayoría de los asiáticos, y otro de una tonalidad considerablemente más clara, una especie de castaño escarlata.

Se preguntó si se habría bautizado como Red Eye por esa razón.

Y luego se preguntó qué más le daba a ella.

El amo desdobló la hoja arrugada y echó un vistazo. Se le escapó una carcajada cargada de desdén.

—A ver si algún día me sorprendes apareciendo por aquí para que Donibane y yo te consigamos una novia. Empiezas a ser extremadamente predecible, Russ —comentó con aburrimiento.

—¿Te suena alguna cara o no?

—¿Qué prisa tienes, amigo? La noche es joven. —Viendo que Sacha no daba su brazo a torcer y le presionaba a hablar con una mirada larga, suspiró—. Pues claro que no has encontrado a Yoshida en ninguna parte. Se cambió el nombre hace siete u ocho meses en cuanto descubrió que le estaban buscando por pedófilo de mierda. No sé si lo has oído... —Empezó a abanicarse con el papel que estampaba el rostro pixelado de la próxima víctima—, pero hace un ratito se desarticuló una red de pederastas a la que se le atribuyeron más de ciento cincuenta abusos. Yoshida estaba implicado, lo que pasa es que tiene amiguitos en la yakuza y a estos no les costó esconderlo bajo otro nombre y mudándolo de Osaka a Tokio.

Ayane no se resistió a intervenir, fascinada con la naturalidad con la que había soltado prenda.

—¿Cómo sabes tú eso? No parece la clase de información que cruza océanos y se populariza en clubes sadomasoquistas de Nueva York. ¿Formas parte de la yakuza?

Red Eye se giró hacia ella por primera vez desde que había reconocido su presencia. Se tomó su pregunta con sentido del humor.

O a lo mejor le dedicó una sonrisa torcida porque estaba borracho.

—Según lo veo yo, hay dos formas de averiguar datos sensibles como este: o eres amigo de la yakuza, o eres su mayor enemigo. Hay un dicho muy interesante al respecto, ¿no? Al amigo se le tiene cerca, y al enemigo, más aún. —Miró a Sacha y le devolvió el papel deslizándolo sobre la mesa—. Ahora se ha dado a conocer como Takahashi Fuku y regenta un *ryōtei* bastante frecuentado por yakuzas en la zona residencial de Mukojima. El sitio se llama Zekkei, si no recuerdo mal. Lo mismo necesitas un nombre o un contacto para que te dejen entrar, porque el restaurante es exclusivo de amigos y conocidos de Takahashi. Si es así, diles que eres amigo de Nakamura Ryu.

—¿Se supone que ese eres tú? —inquirió Ayane.

—Encantado de conocerte, *megami no kuchibiru*^[6]. —La aludida separó los labios, tan divertida al traducir el apodo para sus adentros como gratamente sorprendida por la naturalidad con la que había improvisado.

«Ryu» le iba como anillo al dedo. Era uno de los nombres japoneses que significaban «dragón». En concreto, «tan fuerte como un dragón».

Aquel tipo era un dragón travieso, sin duda, pero no por ello menos peligroso.

—¿Cuál es el sentido de presentarte con seudónimo si piensas compartir tus credenciales a la mínima de cambio?

—El seudónimo es una especie de barrera. Yo decido si la levanto o la bajo en función de mis intereses y acompañantes, y suelo derribarla en cuanto me cruzo con una belleza. Pero me habría delatado contigo o sin ti, cariño. Apuesto la vida a que el tipo que te acompaña lleva años sabiendo cómo me llamo.

—Y lleva también un tiempo siendo el hombre con el que me acuesto. A lo mejor te convendría no flirtear conmigo delante de él —señaló, solo por curiosidad hacia su respuesta. No la decepcionó mirándose las uñas con desdén antes de encararla con un gesto apacible.

—No creo en la exclusividad, y seguro que mi amigo, aquí presente, menos aún. Siempre ha tenido asuntos más importantes que atender, ¿a que sí? Nada como una tragedia para darle perspectiva a dramas cotidianos tan insignificantes como los celos.

—Qué bien me conoces —intervino el eslavo con indiferencia.

—¿Conoces a Takahashi en persona? —siguió preguntando Ayane.

Era evidente que Sacha no tenía en su lista de pendientes indagar en los motivos o

información personal de Red Eye, y no entendía por qué. A ella le parecía sabio familiarizarse con el tipo que iba a mandarlos a la otra punta del mundo después de señalar una diana en la espalda de alguien que, por lo que ella sabía, bien podía ser un rival suyo que le convenía neutralizar y no la clase de bastardo que ellos andaban buscando.

El japonés la señaló con el pulgar.

—¿Y esta quién es, si se puede saber? —le preguntó a Sacha, divertido—. ¿La poli buena? ¿La poli *que está* buena? ¿O solo la poli que hace preguntas y se enfada porque la llaman guapa?

—Me gustaría saber si puedo fiarme de ti antes de comprar un billete de avión a Tokio.

—Comprensible. Baratos no son —cabeceó con aire juguetón—. Pero aquí el amigo Russ está al corriente de todo lo que uno tiene que saber: que soy traicionero en todos los casos excepto en el que os trae por aquí. Me apetece tanto salvarle el pellejo a un pedófilo como podría apetecerme que me cortaran la polla. —Clavó en Ayane una mirada ambiciosa—. A lo mejor necesitas contexto para entender esta expresión. Cuando quieras, te hago una demostración de por qué mi polla es tan preciada para mí y para todas sus amigas.

El ajeno Sacha le devolvió la hoja de papel deslizándola hacia Red Eye.

—Si has acabado de insinuarle —dijo con indiferencia—, hálame del otro tipo.

—No me lo he dejado para hacerte enfadar, ¿eh? Es que no tengo ni puta idea de dónde está. Mi especialidad son los pederastas del continente asiático, ¿entiendes? Sí puedo decirte que ese tal Brock Taylor tuvo su tirón en el mundo criminal. Se habló de él durante años y se le buscó con ahínco porque delató a la mafia ante el FBI, pero no hubo suerte localizándolo. Por inconcebible que parezca, todo apunta a que el Programa de Protección de Testigos hizo su trabajo en condiciones por una vez. Espero que ascendieran al listo que hizo posible que no se le localizara.

«Brock Taylor», repitió Ayane para sus adentros.

¿De qué le sonaba familiar?

Definitivamente se había hablado del sujeto en las oficinas federales mientras ella estuvo en la agencia, pero, además, era uno de los pocos nombres que se había llevado a casa para seguir debatiendo, entusiasmada con el caso. A ella nunca le habrían encomendado una misión de captura de esa importancia. Jace, en cambio, resultó ser la persona adecuada para encontrar a Taylor, llevarlo ante la justicia y conseguir que cantara para terminar de desarticular el club de mafiosos que había estado aterrorizando la costa este.

El corazón le brincó en el pecho.

Él tenía que saber adónde habían mandado a Brock Taylor. No solo fue uno de tantos agentes que participaban en casos de tamaña envergadura, sino que dirigió la operación y estuvo en contacto con el Programa de Protección de Testigos para cumplir la promesa de salvarle el

pellejo a cambio de nada menos que quince nombres.

—Así que también conoces los casos sonados de crimen organizado que le toca resolver al FBI —comentó Ayane, interesada. Observó a Red Eye con mayor detenimiento. No le había parecido inofensivo en ningún momento, pero cuanto más rato pasaba en su presencia, más se reafirmaba en que estaba tratando con un fulano único en su especie—. ¿De dónde has salido tú?

—Probablemente de un sitio parecido al que a ti te vio nacer, porque los dos tenemos los ojos rasgados. —Compuso una mueca de incredulidad en dirección a Sacha—. ¿No le has contado quién soy, Russ? Me asombra que seas capaz de mover a una mujer de un sitio para otro sin darle la menor explicación. Tienes que tenerla muy enamorada.

—No, no me lo ha contado —cortó Ayane—. ¿Me lo vas a contar tú?

—Digamos que trabajo para gente que tiene acceso a datos sensibles.

—Para la CIA, entonces.

Red Eye ladeó la cabeza para mirarla con los ojos entrecerrados. La pose le dio un aire tan adorable como letal.

—No exactamente. —Suspiró, teatral, y se incorporó para entrelazar los dedos sobre la mesa—. No me importaría satisfacer tu curiosidad, monada, pero no eres la clase de persona a la que uno le cuenta sus secretos. Y, además, se os están acumulando los favores. Os he regalado un nombre y también os he proporcionado una dirección exacta. Eso significa que me tendréis que dar el gusto dos veces.

—¿Qué quieres? —preguntó Sacha.

Red Eye fingió pensárselo acariciándose la barbilla afilada, ahí donde la palabra «Dios» destacaba como una especie de broma interna. Tenía la cara muy alargada y, al mismo tiempo, unos pómulos y una mandíbula que cortaban. Ayane seguía decidiendo si era o no atractivo cuando él le devolvió la misma mirada valorativa y sonrió para su coleteo.

—Quiero verla desnuda —dijo— y quiero que no se lo diga a su padre. Esas son mis dos condiciones.

Ella redujo toda su sorpresa a un leve asentimiento.

Le habría gustado decir que su propuesta la había decepcionado, cuando no ofendido. Pisaba la línea roja que se juró no volver a cruzar jamás: la de complacer a un desconocido en un sentido sexual a cambio de dinero o, en este caso, de información.

Pero aquel tipo, con su carisma agresivo y su carácter más que antisocial, había despertado su interés. Para la Ayane del pasado, la que había sufrido toda suerte de vejaciones, era catártico prostituir su desnudez por una buena causa; una reinterpretación sana del abuso. Era una situación en la que tenía el control y que, contra todo pronóstico, se le antojaba tremendamente morbosa.

Al final, la única diferencia existente entre un abuso de poder y un juego de rol que la victimizaba era el consentimiento, y el consentimiento nunca era asunto menor.

Era la pieza clave.

—Sí que ha llegado lejos la fotografía de mi cara que mi padre llevaba consigo —comentó con actitud esquivada, más para medir las reacciones de Red Eye que porque la hubiese ofendido.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres —intervino Sacha, mirándola gravemente—. Él sabe que no puede exigir nada que no esté en mi mano conseguirle.

—Eso es cierto. —Red Eye extendió los brazos, declarándose culpable—. Pero tenía que intentarlo... por si acaso.

Ayane pensó que no era la petición más descabellada que le habían hecho. Le gustó saber que podía tanto negarse como ceder, y que en ningún caso correría peligro su integridad. También se sintió agradecida hacia Sacha porque no le hubiera arreado un puñetazo indignado al japonés y, en su lugar, le hubiese entregado el testigo, reconociéndole así su derecho a decidir y demostrando que confiaba en su buen juicio.

Se puso en pie sin mayor dilación. Desmontó los tacones con un par de pataditas y, sin la menor intención de resultar sexy o emular un *striptease*, se quitó la chaqueta y deslizó por sus brazos los tirantes del sencillo vestido. A Red Eye le habrían brillado los ojos no solo al entender que le sería concedido su deseo, sino al ver que no pedía que la llevaran a un lugar privado y se quitaba la ropa en pleno palco, donde podría verla cualquiera que mirase hacia arriba.

Nadie se atrevió a abrir la boca en su proceso, al que ambos caballeros pusieron los cinco sentidos. Sacha y Red Eye estaban sentados el uno frente al otro, una distancia de metro y medio entre los dos, y no podían ser más distintos en apariencia y personalidad: uno parecía un príncipe de las nieves cuya belleza helada dolía admirar, y, el otro, un *yokai* o criatura maligna de la tradición japonesa.

Como no llevaba sujetador, Ayane se detuvo en cuanto solo el tanga quedaba por desaparecer y puso los brazos en jarras. Con el rabillo del ojo confirmó que Sacha se había acodado sobre el reposabrazos, barbilla sobre mano, y contemplaba su desnudez con una de esas miradas valorativas que se recreaban misteriosamente en lo que veían.

Entonces enarcó una ceja hacia Red Eye, de cuya sonrisa ladina apenas quedaba un rastro trastocado por la lujuria.

—¿Y eso? —Señaló su ropa interior con un gesto de cabeza.

—Has dicho «desnuda», no «completamente desnuda».

—Ya veo.

—Pero si quieres verme sin las bragas, acércate y me las quitas.

Red Eye buscó la mirada de Sacha, más para compartir con él su grato asombro que para pedir un permiso que sabía que no podía concederle nadie que no fuera ella. El esclavo se limitó a

encoger un hombro, lanzando un sencillo mensaje: «Así es todos los días».

Lanzó un silbido apreciativo al aire.

—Vaya con la nena —le oyó decir mientras se apoyaba en la mesa para levantarse.

No había esperado que fuera tan alto. Medía al menos un metro noventa, y ella, sin los tacones, apenas le llegaba a la altura del pecho. Como estaba tan delgado, más que esbelto parecía largo y estrecho como un pino, el infinito tridente plateado de Zeus clavado en la tierra con saña. Sonreía de lado, preparado para tomarse su tiempo, y eso hizo: detenerse ante ella para valorar con un vistazo tan calculador como extrañamente fascinado el material que se le ofrecía.

Parecía haber captado al vuelo la letra pequeña de la invitación de Ayane: no le había dado permiso para tocar nada que no fuera el tanga, y él se lo tomó tan a pecho que llegó a ponerse de rodillas, remangarse una camisa invisible y humedecerse las yemas de los dedos con la punta de la lengua, como si fuera a pasar la página de un libro, antes de meter los pulgares en la prenda. La deslizó por sus piernas sin rozarle la piel siquiera, y con una lentitud tal que parecía que estuviera contando hasta cien para sus adentros.

Ayane observó desde arriba su gesto de concentración, el brillo perverso de su mirada fija, y una bomba de calor envió señales placenteras por todo su cuerpo.

Dio un paso obediente a un lado para que Red Eye pudiera levantar el tanga entre los dedos, orgulloso de los resultados de su noche de pesca. Lo valoró de cerca como si se tratara de una pieza de museo. Acabó torciendo el gesto y mirando a Ayane desde abajo con un rastro de admiración.

—Una mujer como tú debería llevar lencería fina —señaló, arrastrando las palabras—, no un trapo de algodón.

—Pero si te pidiera que me regalaras tú esa lencería fina, seguro que te cobrarías otro favor.

La ambición centelleó en los ojos de Red Eye.

—Nada en esta vida sale gratis.

Ayane lo vio inclinarse hacia delante con la lentitud de quien se detendría ante un alto. Ella apoyó la mano sobre la sedosa mata de pelo negra y tiró hacia abajo para que la mirase a la cara, más por regodearse en su poder que porque quisiera abortar el contacto. Él le aguantó la mirada con la sencillez de la que los hombres como él solo hacían gala en momentos como ese, momentos en los que los dominaba la lujuria más atávica.

Porque solo la lujuria podía dominar a los hombres ingobernables.

Lo soltó, dándole carta blanca para hacer lo que quisiera. Y él, elegante pese a sus maneras, a su falta de ropa y a su absoluto desdén hacia las fórmulas lógicas de interacción social, se limitó a besarla en el centro del pubis con unos labios que eran como las alas de una mariposa.

Ayane cerró los ojos para recrearse en el estremecimiento que provocó con su contacto. Luego los abrió, todavía con la piel de gallina, y clavó en el alejado Sacha una mirada arrebatada

de deseo.

Mantuvieron una breve conversación sin necesidad de palabras que acabó con la venia de él: extendiendo un brazo en su dirección, determinó que era libre de hacer cuanto quisiera.

Envalentonada por su permiso, Ayane agachó la cabeza hacia Red Eye y le ordenó:

—Ponte de pie. Ahora me toca a mí.

El japonés enarcó una ceja, esperando que se extendiera con una explicación, pero no desaprovechó la oportunidad solo porque esta no llegara y se incorporó sin dilación. Ayane apoyó las palmas sobre su pecho rasurado, o quizá era así, barbilampiño y curado de todo vello corporal.

Clavó la vista en su barbilla.

—¿Por qué pone «Dios»? ¿Porque tú eres Dios, porque Dios está en ti, porque Dios se pone de tu parte...?

—Es nuestra primera cita, cariño. No me pongo tan íntimo con una mujer hasta unos meses más tarde.

—Ah. ¿Y qué se puede hacer contigo en una primera cita?

—Tú prueba lo que te apetezca —la invitó con un guiño— y yo te diré si puedes seguir.

A Ayane le gustó su respuesta, y más aún que no le diera ninguna orden.

Deslizando las manos por su torso y su vientre, se fue agachando hasta quedar a la altura del botón desabrochado del tejano. Con una curiosidad que hacía arder su entrepierna, pero privándose de satisfacerla por el placer de posponer la gratificación, le bajó la cremallera. Reveló un miembro grueso y venoso que iba camino de endurecerse por la sola contemplación de su desnudez; por la promesa implícita de lo que, por gusto, estaba dispuesta a hacer.

Red Eye le acarició la cabeza desde la coronilla hasta la nuca y agarró su melena como si estuviera hecha de hebras de oro.

—¿Has follado antes con un japonés? —le preguntó él.

Ella lo miró desde abajo, rodeando a la vez la base de su sexo con una mano firme.

—La verdad es que no.

Red Eye se rio entre dientes y volvió a regalarle una caricia sugerente.

—Me encanta ser la primera vez de una mujer.

Ayane sonrió también, aunque incrédula por el descaro de aquel hombre, y se comprometió a entrecortarle las carcajadas lamiéndolo de arriba abajo. Red Eye debía de estar acostumbrado a hablar durante el sexo, o a soportar torturas inimaginables, porque supo mantener la sonrisa y el gesto más plácido que arrebolado durante los primeros minutos.

Le encantaban los hombres complicados, estaba claro.

Y le gustaba su cara en particular.

No era guapo al uso, no era delicado como un cantante de J-Pop, pero había algo en el

conjunto de sus rasgos que hipnotizaba. Se sorprendió sobrecogida por lo mucho que la atraía y rodeó el prepucio con la boca para succionarlo despacio, acostumbrándose de primeras a un sabor que no le inundó el paladar por completo hasta que la introdujo ansiosamente hacia el tope de la garganta.

Él gruñó por lo bajini y le recogió la melena negra en un puño para atraerla hacia sí, acercando a la vez las caderas para chocar las ingles con sus labios.

Al comprender sus intenciones, Ayane relajó los músculos, cerró los ojos y se dejó hacer: permitió que Red Eye marcara el movimiento empujándose al fondo al mismo ritmo sinuoso que si ya estuvieran follando. Se excitó tanto como él con la facilidad con la que resbalaba, el calor humano y tan vital que le inundaba el paladar. Se llevó las manos a los pechos desnudos para masajear los pezones e hizo un sonido con la garganta para manifestar su placer. Red Eye tuvo que notar la vibración en su miembro erecto, porque emitió un ruido también y la invitó a repetirlo. Ayane obedeció, encantada, hasta que una arcada la sobrevino y se tuvo que retirar lo justo para escupir el exceso de fluidos.

Lo hizo sobre la misma moqueta del reservado, que estaba resultando ser increíblemente cómoda para lo que se proponían.

Red Eye se agarró la polla y la colocó entre sus labios húmedos. Le instó a abrir la boca dándole unos golpecitos juguetones en la comisura, y cuando ella se le ofreció, alojó su miembro en diagonal para chocarlo con el interior de su mejilla.

Ayane buscó su mirada, ahora sí incendiada por el deseo, e intentó maniobrar con la lengua para acariciarle la erección cada vez que la metía.

—¿Sabe tu padre que te encanta mamarla? —le preguntó él con la voz entrecortada.

Ella se rio cuanto se lo permitió tener la boca ocupada, aunque no por mucho tiempo. Red Eye se apartó lo justo y se masturbó deprisa para acelerar el orgasmo, momento que Ayane aprovechó para asomarse por la cadera del japonés y hacerle un gesto de invitación a Sacha con la mano. Este tuvo que descruzar las piernas y tomar impulso para levantarse de la relajada postura que había adoptado para consultar su teléfono móvil, como si Ayane solo hubiese pedido permiso para charlar tranquilamente con el japonés.

Pero estaba excitado. Lo supo nada más ponerle la mano en la bragueta y notar el insoportable calor que irradiaba.

Infiltró los dedos con fines perversos nada más le desabrochó el botón. Gimoteó, aliviada, al reencontrarse con la siempre deseada parte de ella que Dios había encajado en un cuerpo ajeno, condenándola a anhelar cada minuto del día el momento en que se uniría a él.

Ayane se aferró a las caderas de Sacha y miró hacia atrás mientras se recolocaba separando más las rodillas y arqueando la espalda. Buscó a Red Eye en su campo de visión, al que le había ofrecido su parte trasera, y meneó las caderas para captar su atención.

El japonés se rio y clavó una mirada brillante en Sacha.

—Esta siempre consigue lo que quiere, ¿no?

Ayane levantó la barbilla y vio que el eslavo la estaba observando de mucho antes, visiblemente complacido con su descaro. La tomó por el mentón con delicadeza y se inclinó para quedar a la altura de su rostro ruborizado y sudoroso por el ejercicio.

Ella tuvo que poner las dos manos sobre el suelo para no perder el equilibrio.

—Cuando depende de mí, sí —contestó en voz baja, contemplando su expresión con el gesto iluminado por el amor—. Siempre.

Aturdió a Ayane besándola en la boca muy despacio, un beso lento y a la vez ardiente que la dejó jadeando de ganas cuando recuperó la postura vertical. Sacha se arrodilló ante ella y descansó el prepucio sobre su boca entreabierta para facilitarle la tarea.

Estímulos diferentes pero igualmente deliciosos venían de su espalda: Red Eye también se había puesto de rodillas y la amenazaba con tentativas de penetración acariciándola entre los muslos con su semierección. Empaparse de su humedad presionando la polla contra sus pliegues estaba bastando para volver a ponerlo a tono otra vez después de su primer orgasmo.

Ayane se estremeció de gusto y se obligó a aguantar el peso en una sola mano para rodear el miembro de Sacha con la otra. Ladeó la cabeza, echándose la melena sobre un hombro, y lamio con fruición procurando mantener el contacto visual durante todo el proceso.

El solo hecho de tener sexo con él y con alguien más la había emocionado tanto que se sentía en pleno episodio maniaco, llena de energía exultante y desesperada por más. Se aferró al brazo grueso de Sacha cuando empezó a dolerle el hombro, y ahí colgada continuó chupando como si la vida le fuera en ello. Cerró los ojos y siguió el relieve de las venas con la punta de la lengua, la enroscó alrededor de los testículos y se los introdujo en la boca para succionarlos hasta arrancarle un gemido gutural.

Mamaba con la plena intención de devorarlo, de dejarlo seco, cuando Red Eye estuvo listo para penetrarla. Se aseguró de no desplazarla un ápice plantándole las manos en las caderas e insertándose muy despacio para que notara cada centímetro en todo su esplendor.

Ayane dejó caer la cabeza hacia delante un momento y se llevó una mano al vientre, que sentía arder con cada embate. No tardó en recuperarse y, con las palmas sobre la moqueta, volver a buscar a tientas la erección de Sacha. Él no la ayudó: se la quedó mirando con los párpados entornados mientras ella meneaba la cabeza con impaciencia. Por fin la atrapó con la boca y pudo ahogarse con su envergadura abarcándola por entero.

Red Eye la embestía por detrás, Sacha la observaba desde arriba y Ayane procuraba concentrarse en el delicioso ardor de su miembro pegado al paladar para controlar las arcadas. Se encontró con los ojos gélidos de su hombre y le hizo saber con tan solo esa mirada que, si por ella fuera, lo mantendría refugiado en su boca para siempre.

Una contracción la advirtió de que estaba cruzando un límite y tuvo que apartarse, jadeando y escupiendo fluidos sobre la alfombra. Alargó una mano hacia Sacha, todavía sin recuperarse del ataque de tos, y se aferró a su cintura para incorporarse.

Como si las manos de Red Eye replicaran los movimientos de las suyas, también él ascendió por su cuerpo para cubrirle los pechos y continuar su tortura sensual pellizcándole los pezones.

Ayane miró a Sacha como si le suplicara por su vida y enterró la cara en su vientre. Lo besó como si la camiseta no estuviera en medio: recorrió con los labios entreabiertos la línea vertical entre el ombligo y su ingle, y la ruta inversa, de la ingle al ombligo. Gimoteaba su nombre con un hilo de voz, como si estuviera soñando, y ciertamente se sentía fuera de su cuerpo, de sus cabales. Con los ojos cerrados, le lamió el bajo vientre, la erección, la tela de la prenda que se interponía entre ella y su piel pálida; todo lo cubrió con su saliva como si pretendiera marcar el territorio, ansiosa por comérselo.

Él entendió sus impulsos caníbales y la alejó de estos tirándole del pelo hacia atrás para que lo mirara. Ayane hiperventilaba y sollozaba por las penetraciones cada vez más intensas de Red Eye; hiperventilaba y sollozaba porque todo su ser le pedía que se le declarara a ese hombre, que le dijera allí mismo que lo quería, que lo adoraba. Que lo amaba por muchas razones, y una de ellas era que permitía que eso estuviera sucediendo. Un pitido molesto trataba de acaparar sus oídos y, sin embargo, todavía podía oír el jolgorio de la fiesta que se desarrollaba bajo el palco y la música con la que los invitados bailaban.

*You are the cold inescapable proof
You're the evil, the way in the life and the truth
You're revival beginnin' and you're genocide
And I watch in wonder
(...)
If there's nothing but pain, put it on me*^[7]

Sacha recorrió con el pulgar la línea que separaba sus labios y presionó la comisura para que abriera la boca del todo. Con la otra se apretó la erección, lista para descargarse, y esperó a que Ayane sacara la lengua para correrse con un amago de sonrisa canallesca. Ella le sonrió cuanto lo permitió la apertura, y se rio aún más encantada cuando él acertó a escupirle en la boca. La cerró y arropó su saliva con la lengua antes de tragar, orgullosa, y volvió a abrirla para pedirle que lo repitiera, o que la besara, o que siguiera llenándola de semen, algo, lo que fuera. Y él obedeció en paz: terminó de vaciarse en su barbilla, en su mejilla, en todo su rostro, y cuando presintió que Ayane iba a gritar, presa de su orgasmo vaginal, lo acalló encajándole la polla aún erecta entre

los labios.

Red Eye la ensartó con una última embestida que la impulsó hacia delante, provocando que el miembro de Sacha le tocara la campanilla, y se vació en su interior con las manos aún plantadas sobre sus nalgas. Le soltó un azote que la envió otros tantos centímetros en dirección a Sacha, colmándole la garganta aún más.

Ella, en lugar de derrumbarse, se abrazó a las caderas del esclavo y descansó la mejilla contra su torso. Sobre la música y sus propios jadeos, acertó a oír el gruñido de Red Eye:

—¡Y que vivan las mujeres, joder!

Capítulo 8

Hacía horas desde que se había levantado, había pedido un taxi al aeropuerto y había volado desde el JFK hasta el Roma-Fiumicino para a posteriori coger un segundo vuelo a Cerdeña. Había tenido que aprovechar que Sacha dormía a pierna suelta, o, de lo contrario, se habría opuesto a su viaje relámpago. Pretendía darle una grata sorpresa reuniéndose con la persona que conocería el paradero del último nombre de la lista, que seguía siendo un misterio para los dos.

Habían pasado cuarenta y cinco días trabajando de sol a sol para estudiarse los perfiles del otro criminal que les quedaba pendiente: el japonés que Red Eye había apuntado con su dedo acusador. Ayane había descubierto lo exhaustivo que era Sacha cuando se trataba de averiguar los secretos de la futura víctima y de trazar estrategias que le permitieran acorralarlo sin correr riesgos innecesarios. Considerando su minuciosidad, no le extrañaba que hubiera tardado años en neutralizar a los objetivos anteriores: para él nunca era llegar, ver y vencer, sino localizar, estudiar a fondo y luego vencer.

Su admiración durante ese mes y medio no había hecho sino crecer. Sus barreras defensivas, por otro lado, no habían hecho sino derrumbarse, alentadas por lo que le inspiraba su inteligencia y la pasión con la que no había dejado de seducirla cada noche sin faltar una.

Escabullirse a Europa para echarle una mano en sus planes y a la vez poner distancia no le había parecido mala idea. Estaba confundida por la facilidad con la que se la había metido en el bolsillo pese a haberle advertido que no veía claro un futuro familiar con ella.

Tenía que pensar, y con él tan cerca no lo habría conseguido.

Hacían veinticinco grados en la capital sarda, la temperatura ideal para comprar una toalla de rayas blancas y azules y tirarse en la playa a tomar el sol.

Ayane tonteó con la posibilidad tras echar un vistazo al cielo despejado a través de sus gafas de sol. Sería un delito desaprovechar la oportunidad de hacer turismo. Era la primera vez que pisaba territorio italiano, y apenas la segunda que viajaba a Europa.

Por desgracia, el deber era lo primero.

El móvil vibró en el bolsillo de su pantalón.

Antes de sacarlo, supo de quién se trataba.

En su línea de no poner nunca puntos ni signos de interrogación pero sí respetar las mayúsculas y las tildes para honrar su carácter severo, Sacha había enviado dos sencillas palabras.

Dónde estás

Ayane se planteó no abrir el mensaje ni contestar por el gusto de torturarlo, pero enseguida se dijo que a esas alturas carecía de sentido hacerse la difícil. Llevaban un mes y medio conviviendo como una pareja a casi todos los niveles.

Comprobó de un vistazo rápido que el encargado del *renting* seguía tecleando en su ordenador para gestionar la reserva. Se dio media vuelta, como si se trajera entre manos una conversación muy privada, y tecleó una respuesta rápida.

Me he ido hace alrededor de quince horas. ¿En serio acabas de darte cuenta de que no estoy a tu lado en la cama?

Como dicen Los Beatles, *it's been a hard day's night, and I've been sleeping like a log*.^[8] Estaba cansado de haber trasnochado. Asuntos personales me tuvieron ocupado toda la madrugada y debía recuperar el sueño.

Ayane le enarcó una ceja a su coquetería.

Era la clase de respuesta que le habría dado un inofensivo ligue de una noche.

Pero no, me he dado cuenta hace rato. Lo que pasa es que no he querido preguntar por si solo habías salido a dar una vuelta, no me fuera yo a convertir de pronto en un controlador.

Sí, claro. Había ido a por cruasanes.

No te jode, guaperas.

No habría sido una sorpresa desagradable. Me gusta la bollería industrial tanto como a cualquiera.

¿Y bien? ¿Qué pasa? ¿Te ha vuelto a secuestrar la trata asiática?

Ayane bufó una especie de carcajada incrédula.

Parece que «trasnochar» te pone de buen humor.

Y yo que tú no haría bromas con eso.

Luego me pasas la lista de las cosas con las que puedo bromear.

¿Dónde estás, Ayane?

Ayane apartó el *smartphone*, no fuera a ser que se enterase de que acababa de sonreírle a la pantalla. Necesitaba un respiro y pensar en el futuro a corto plazo. Tenían localizado al penúltimo pedófilo de la lista y ella se iba a encargar de encontrar al que cerraba el círculo. Era cuestión de semanas, tal vez días, que la historia acabara... y no tenía ni la menor idea de qué

sucedería después o qué quería que pasase.

Te veré pronto.

—Aquí tiene las llaves —le dijo el encargado de la empresa de *renting*—. Siento mucho no poder ofrecerle algo más económico. Con tan poca antelación solo nos quedan motos pequeñas y deportivos.

Ayane se ajustó las Ray-Ban sobre el tabique y le dirigió una sonrisa encantadora. Le faltó tiempo para quitarle las llaves del Jaguar de la mano y arrojarlas al aire para captarlas al vuelo.

—No se preocupe, me ha alegrado usted el día. No se puede imaginar lo importante que es para mí disfrutar de las cosas caras y bonitas. —Movi6 los dedos en sus narices—. Se lo devolveré sano y salvo mañana por la mañana. *Ciao!*

—*Ciao, bella.*

Sintió la mirada del tipo clavada en su espalda mientras buscaba el modelo deportivo. El corazón le dio un vuelco al ver el acabado brillante de la carrocería. A lo mejor no le sobraba el tiempo para visitar los monumentos renombrados de la ciudad, pero sospechó que merecería la pena haberse gastado una cantidad indecente de dinero a cambio de conducir un rato por la costa sarda.

No sabía en qué momento había empezado a disfrutar de nuevo de las pequeñas cosas. Porque, con independencia del gasto desorbitado en vuelos con escala de última hora y coches de lujo, darse una vuelta por la carretera no era más que un caprichito inocente que un par de meses atrás ni habría pensado en concederse.

Se montó en el asiento del piloto y conectó el móvil al estéreo con el cable USB que muy convenientemente habían guardado en la guantera. Bajó la capota del coche con una sonrisa pueril en los labios.

Sí, era de esa clase de personas a las que les gustaba conducir por las interestatales de la América profunda con el silbido del viento ametrallándole los oídos y una canción de Bruce Springsteen rompiendo los altavoces. Le encantaba bajarse en las gasolineras con el pelo encrespado por el azote de la brisa, que se tornaba violenta a partir de cierta velocidad, y sentir las piernas débiles de haber pasado horas al volante.

Sin habérselo propuesto, reconectó con una parte de sí misma que se le había olvidado por completo; ese lado vanidoso que había tirado más de ella para seguir adelante que ninguna ambición. Arrancó el coche y salió a toda mecha del aparcamiento subterráneo para incorporarse enseguida a la carretera que la conduciría hasta su destino, una urbanización de viviendas unifamiliares situada en la zona más próxima a la playa de Quartu Sant'Elena. Eso le daría alrededor de una hora de travesía para ir haciéndose a la idea de lo que se encontraría y

enfrentarse con otra actitud a sus sentimientos por Sacha.

Si no hubiera tenido que poner toda su atención en la conducción, habría cerrado los ojos y se habría dejado llevar por la melodía de Miley Cyrus. Hacía una temperatura perfecta y la brisa húmeda le alborotaba la melena suelta. Apoyó un codo en el borde de la ventanilla y condujo en paz, con una leve sonrisa en los labios, utilizando una sola mano.

Eso era estar viva.

Incluso alegrarse de estarlo.

*There are layers to this body
Primal sex and primal shame
They told me I should cover it
So I went the other way
I was tryin' to own my power
Still I'm tryin' to work it out
And at least it gives the papers somethin' they can write about
(...)
And you dare to call me crazy, have you looked around this place?^[9]*

Ayane consultó Google Maps conforme se aproximó al barrio que le habían chivado sus informantes. Tomó un desvío para acceder a la zona privada y ralentizó la marcha.

Le habían descrito el aspecto de la casa. Buscaba un número veintidós color dorado y una puerta pintada de azul.

Pensaba que aquello de la pintura índigo era más propio de la cultura griega, pero estaba claro que se equivocaba.

Una calidez inesperada la inundó al imaginar cómo sería la vida allí. Vino acompañada de una pequeña punzada de dolor por lo diferente que debía ser de Washington solo por el paisaje: casas pequeñas y blancas amontonadas sobre la playa, el antónimo más radical de los altos rascacielos de las capitales estadounidenses. Saltaba a la vista que allí se movían a otro ritmo, ordenaban sus prioridades de un modo diferente. Probablemente sus habitantes extranjeros, curados ya del frenetismo capitalista, hubieran descubierto la felicidad tras adaptarse a la vida contemplativa.

Aparcó en la acera más próxima al número veintidós y bajó sujetando una cajetilla de cigarrillos Belomorkanal que se había apropiado porque podía. Extrajo un pitillo y lo encendió para ganar tiempo en su tranquilo paseo hasta el destino.

Una tranquilidad impostada, pues enmascaraba los nervios a flor de piel.

Las casitas contaban con un pequeño patio delantero que se notaba que sus dueños mimaban

con esmero. La doble puerta de madera de la vivienda a la que se dirigía estaba emplazada en un arco de medio punto. Las ramas más perezosas de una preciosa buganvilla fucsia caían sobre ella como si pretendiera ocultarla del mundo real; como si fuera el acceso a un secreto país de fantasía.

Unos pasos por delante de la entrada, entretenida regando la hilera de petunias que dotaban de color el jardín, se encontraba una mujer joven. Saltaba a la vista que no era de allí: rizos cobrizos y piel salpicada de pecas, más quemada que tostada en la zona de los hombros descubiertos gracias a un vestido de gasa.

Descalza y despeinada, parecía un animal salvaje.

Como si la hubiera percibido, la pelirroja dejó de tararear la canción y se incorporó con la regadera en la mano. Se secó la frente sudorosa con el antebrazo y clavó en la desconocida una mirada de incompreensión. Supuso que tenía gafas o por lo menos las necesitaba, porque tuvo que estrechar los ojos para formarse una opinión sobre ella.

Solo que ya traía la opinión de casa, como Ayane pudo comprobar al ver que la joven palidecía abruptamente y la regadera se le caía a los pies con un golpe seco.

Se había comprometido a presentarse ante ella con una sonrisa efusiva o, como mínimo, inofensiva, pero lo que le salió fue una mueca de disculpa.

Podía figurarse que no le haría ninguna gracia que apareciera sin avisar. Desgraciadamente para ella, Ayane tenía que priorizar la venganza de Sacha, *su* venganza, a la sensibilidad de la nueva novia de Jace. Si eso implicaba presentarse de repente, lo sentía, pero así eran las cosas.

—Supongo que ya sabes quién soy —comentó desde la distancia con languidez. Dio una lenta calada al cigarrillo y avanzó hacia ella sin perder la expresión calmada. Confiaba en que su exmarido no se habría enamorado de una mujer capaz de echarla con cajas destempladas—. Disculpa por la intromisión. —Levantó las dos manos en señal de armisticio—. Te prometo que es por una buena causa.

La vio tragar saliva, más y más afectada conforme pasaban los que podrían haber sido los segundos más tensos de su vida.

—Yo... yo... yo... —balbuceó. Fue a agacharse para recoger la regadera, pero Ayane se le adelantó. De pronto estaban las dos agachadas rozándose los dedos y mirándose a una distancia imprudente, como en una escena de comedia romántica. Esto hizo sonreír a la recién llegada sin querer; sonreír de verdad, con humor, lo que gracias al cielo relajó a la pelirroja lo suficiente para incorporarse con brusquedad, inspirar hondo y hablar con propiedad—: Jace no está en casa todavía. Llegará en un rato.

—¿Puedo pasar mientras tanto? Me he tirado doce horas en un vuelo con escala y llegar hasta aquí me ha tomado más de tres cuartos de hora. El *jet lag* me va a matar y tengo un hambre canina.

Le tendió la regadera como si fuera una ofrenda de paz.

La mujer la miró igual que si estuviera contaminada.

Sus recelos le parecían comprensibles, pero no era eso lo que la instaba a mostrarse paciente con ella, sino algo mucho más simple: lo bueno de haber sobrevivido a situaciones extremas era que ahora podía moverse en entornos socialmente hostiles con total indiferencia.

—Claro —murmuró ella.

Se dio media vuelta, rígida todavía por el shock y la contrariedad, y empujó la puerta.

Ayane ya sabía que acababan de mudarse, pero cualquiera llegaría a esa conclusión una vez traspasado el recibidor. Todavía había cajas de cartón amontonadas al fondo del pasillo y en la salita de estar, la única estancia aparte de la cocina de la planta baja, como pudo observar tras medir con un vistazo rápido y particularmente interesado las dimensiones de la casa.

Le dio la sensación de que todas las cajas que veía eran cuantas cajas habían traído consigo, y se podía figurar que la mayoría pertenecían a la parte femenina. Apostaba por que Jace no se habría llevado nada más que una maleta con su poca ropa, decidido a dejar atrás cualquier cosa que pudiera recordarle el fracaso de su vida pasada.

—¿Quieres...? —La joven carraspeó—. ¿Quieres un café? ¿Un té helado? Me sale muy rico, la verdad, pero no sé si te gusta el melocotón y siempre lo hago así porque es mi fruta preferida. Hay mucha gente que es alérgica, eso es lo malo. Aunque suelen ser alérgicos a la pelusilla que lo recubre, a la piel, o a la cáscara, o como quiera que se diga, no al fruto en sí mismo. También tengo... eh... Alcohol —siguió balbuceando. Entrelazó las manos en el regazo para disimular un temblor del que Ayane se había percatado al vuelo—. No sé si eres de esas personas que beben por la mañana. Aquí hay gente que bebe a estas horas. Y, bueno, supongo que en Australia todavía es de noche, o sea que si en alguna parte del mundo son más de las ocho, tienes excusa para... Oh, habías dicho que tienes hambre. Hay *cannoli* en la nevera. Los hice ayer de postre porque estoy haciendo un recorrido por toda la gastronomía italiana, ya sabes, para mimetizarme. Es una receta casera y me han salido buenos, o eso dice Jace, pero no sé si lo dice para contentarme porque la *cassata* de la semana pasada me salió asquerosa y me lo tomé tan a pecho que se ha decidido a darme la razón como a los tontos... ¿Te gusta el pistacho? Los *cannoli* están rellenos de pistacho y ricotta.

Ayane se había dejado caer en una butaca que se le antojó solitaria, pensando que era improbable que una pareja de enamorados se hubiera sentado en un lugar distinto del sofá que les permitiría abrazarse cómodamente.

Desde allí le sonrió.

—Lo que tú quieras servirme estará bien. No me voy a poner exquisita después de presentarme sin avisar.

—Bueno, pues... pues... Ahora vengo.

Al verla desaparecer como si la princesa de un país lejano le hubiera ordenado que le preparara el baño, su sonrisa tendió a la ternura. Ni siquiera le había dicho su nombre aún, y ese era un dato que Debbie no le había proporcionado. Quizá no se lo dijo porque temió que Ayane viajara a Cagliari con ideas preconcebidas; que dedicara el viaje a imaginarla morena y exuberante si se llamaba Magdalena, o dulce y diminuta si la bautizaron como Pauline. Pero estaba convencida de antemano de que no sería morena, ni de raza mixta, ni alta o esbelta, y, definitivamente, tampoco sería una mujer con la que resultaría imposible construir un hogar confortable. Jace no tenía un pelo de tonto y jamás habría cometido el mismo error dos veces, aunque quizá ni él mismo se hubiera dado cuenta aún de que, en gran medida, había elegido una vida con aquella chica en particular porque su personalidad le iba como anillo al dedo. Podía imaginarlo sonriendo enternecido mientras la joven arrancaba a hablar con una perorata que solo tenía sentido para ella, ya fuera guiada por el entusiasmo o por los nervios.

La chica apareció bajo el umbral cargada de dulces y con un termo de lo que parecía café. Ayane se levantó para ayudarla y disponerlo todo sobre la mesita rústica con cuidado, lanzándole miradas indiscretas sin temor a que ella se lo reprochara. Volvió a tomar asiento, feliz de que Jace no compartiera su vida con una mujer que la obligara a compararse. Las dos eran como la noche y el día, ambas atractivas de un modo distinto.

Por supuesto, el día, la luz, lo resplandeciente, era la otra.

La vio tomar asiento con la espalda rígida en el sofá, tan lejos como lo permitió la disposición del mobiliario. No la culpó de no tener la iniciativa de servirle. Se imaginaba que le parecería el colmo comportarse como la doncella de la exmujer de su hombre, de la que era más que obvio que le había hablado.

A saber en qué términos.

—Es exactamente como me figuré que sería la casa de Jace —comentó para romper el hielo, sosteniendo la taza de café. Echó un vistazo alrededor procurando exteriorizar su aprobación.

—La he decorado yo.

—A eso me refería —señaló, conteniendo una sonrisa. No quería que ella la malinterpretara—. Él no tiene tan buen gusto. Salvo cuando se trata de mujeres, claro está. —La abarcó con un ademán que, para su sorpresa, hizo que la joven se ruborizara. Apoyó la taza en el platillo que no había dejado de sostener, metida en su papel de visita formal—. No me has dicho tu nombre.

Fue un movimiento involuntario del que se arrepintió enseguida, pero Ayane lo captó: la joven frunció el ceño, sin entender por qué no sabría de la existencia de la nueva pareja de su exmarido.

Un comprensible sentimiento de traición oscureció su semblante.

—Maxine. Y tú eres Ayane —añadió para ayudarse a asimilarlo. Agachó la mirada y la fijó en sus manos entrelazadas, que sudaban por los nervios.

Ayane decidió ser más radical subrayando que no estaba allí para arruinarle la vida. Dejó la taza sobre la mesa y se quitó la chaqueta de cuero.

—¿Dónde la puedo colgar? —preguntó con suavidad—. Tengo que tratarla con mucho cariño. Mi hombre se enfadará si se la devuelvo en pésimas condiciones.

Maxine levantó la cabeza. Fueron tantas las emociones que surcaron su semblante que sintió pena por ella. Debía de ser terriblemente difícil moverse por el mundo siendo tan expresivo. Dios sabía que las personas transparentes que iban con el corazón en la mano eran más susceptibles al sufrimiento.

Si eso era así, Ayane no pensaba proporcionarle más.

—En el mismo respaldo del asiento, si quieres... —Se obligó a carraspear y tomar las riendas de la situación—. ¿Por qué has venido?

—Para hacerle una consulta profesional a Jace sobre un caso federal que llevó hace tiempo.

—Ya no es agente del FBI. Lo dejó.

—Pero no creo que le hayan borrado la memoria, ¿no? Es importante, Maxine —recalcó, y se apoyó en una mirada grave para transmitirle hasta qué punto—. Si no, no estaría aquí, créeme. Mi hombre es el primero al que no le hace ni puta gracia esto —añadió por lo bajini.

Al menos, no se la haría una vez lo supiera. Red Eye podía follársela por delante y por detrás en sus narices y que él ni se inmutara, pero Jace Ryder era harina de otro costal. Por su exmarido sí se sentía amenazado.

Por otro lado, no sabía cómo referirse a Sacha. «Novio» era un término demasiado ingenuo considerando lo que les había unido y la clase de sexo que tenían.

Por el momento estaba cómoda con la definición escogida.

Que era su hombre estaba clarísimo.

—¿No podrías haberlo llamado? —insistió Maxine.

—¿Eso no te habría afectado exactamente igual?

—Exactamente igual, no. No es lo mismo escuchar tu voz que verte en persona.

Una mujer posesiva, pensó. Eso debía de encantarle a su exmarido, junto con su expresividad y la dulzura que no la abandonaba pese a estar molesta.

Más dolida que furiosa, pero lista para defender su territorio aun así.

Ayane cruzó las piernas.

—¿Por qué te sientes amenazada? —inquirió, ladeando la cabeza con curiosidad—. Eres tú la que vive con él, y las dos sabemos que no se vino contigo a la otra punta del mundo porque yo lo rechazara, sino porque era lo que quería. Has ganado, por así decirlo.

Maxine sacó la cabeza y empezó a mascullar por lo bajo.

—Es demasiado pronto. E inesperado. Podría reaccionar de cualquier manera.

—Siéntete libre de echarme, entonces. Esta es tu casa.

Aquello horrorizó a Maxine más incluso que la idea de que su exmarido pudiera romper a llorar nada más ver a su ex. Era una persona con valores. Unos valores que en según qué casos podían ser absurdos por resultar dañinos para uno mismo. Si Ayane hubiera estado en su situación y hubiese albergado sus sentimientos, ni siquiera le habría abierto la puerta.

La admiró al ver que se recomponía por mera testarudez. Alargó una mano hacia la bandeja de *cannoli* y devoró uno con impaciencia, sin mirarla a la cara.

Una pregunta que no se atrevía a formular flotaba entre las dos como un gas tóxico.

—Bueno —retomó Ayane—. Háblame de...

—¿No me mencionó? —interrumpió en un arrebato—. ¿No te habló de mí?

Ayane consideró legítima su pregunta, pero le respondió como si su inseguridad fuera una soberana estupidez para que le quedara claro que desconfiar de él era absurdo.

—¿Te refieres a cuando me sacó de un avión de rehenes? —replicó con serenidad—. ¿O cuando me llevaba a terapia psiquiátrica? ¿O cuando me veía deambular por la casa como un alma en pena y estaba seguro de que decirme algo más comprometedor o sentimental que «buenos días» me empujaría a cometer un suicidio aparatoso? —Observó que ella se ruborizaba furiosamente—. Ya lo conoces, Maxine. No es la clase de tipo que antepone sus necesidades a las del resto, y, en su opinión, decirme que se había enamorado de otra mujer equivalía a apuñalarme mientras dormía. Eso no significa —prosiguió con un cabeceo resignado— que yo no supiera de tu existencia. Reconozco a un hombre amargado por el amor imposible cuando lo veo.

La respuesta no aplacó a Maxine. Se quedó mirando un punto perdido en el ventanal con vistas al mar, los ojos vidriosos por un recuerdo no muy lejano que le resultaba insoportable.

Se podía figurar que las cosas no habían sido fáciles para ella. Tampoco para Jace. Huelga decir que la propia Ayane también había lidiado con una importante cuota de sufrimiento en toda aquella historia de enamoramientos y desamores. A veces se había preguntado no solo cómo sería Maxine, sino cómo estaría lidiando con el hecho de haberse enrolado en una relación seria con un hombre recién divorciado.

No parecía una muy buena decisión, pero Ayane no estaba para juzgarla. Ella se estaba acostando con un hombre en una situación aún más compleja.

Vio que se levantaba, superada por —y también molesta con— su propia debilidad, y se perdía en el pasillo. Ayane le concedió unos minutos de gracia para recuperarse del shock, pero como pasaba el tiempo y no regresaba, acabó levantándose en silencio y buscándola por la planta baja.

Se encontraba de espaldas a la entrada de la cocina, con las manos apoyadas en la encimera. No se le ocurrió hacer la pregunta de rigor, que siempre le había parecido de un cinismo y una

insensatez intolerables: «¿Te encuentras bien?». En su lugar esperó con paciencia a que terminara de secarse las lágrimas y se girara hacia ella.

—Has dicho que tienes un... hombre —dijo, acongojada—, pero Jace me contó hace poco que nunca has creído en la monogamia y que eras... que eras... que siempre has querido abarcarlo todo...

—No me cabe la menor duda de que lo ha dicho —se mofó, poniendo los ojos en blanco.

—... y no me quiero poner aquí en plan Dolly Parton con Jolene —continuó. Ayane se rio con la referencia, lo que sorprendentemente relajó a Maxine y la ayudó a hablarle con franqueza—, pero... Por favor, quiero a ese hombre más que a mi vida. Sé que tú y él tenéis una historia, una historia llena de sufrimiento; la clase de sufrimiento que une a dos personas de por vida y de una forma que yo no podría entender... Sé que, aunque no esté enamorado, él siempre sentirá debilidad por ti y que eres... una espinita clavada, o algo así. Por eso te pido... te pido... —Tragó saliva y la enfrentó con los ojos cuajados de lágrimas—. No me hagas lamentar haberte abierto la puerta. Si te lo llevas...

—¿Llévámelo? —repitió en voz alta, levantando las cejas—. Cariño, Jace no es *souvenir*. Algo diría al respecto, ¿no? Tenle fe a sus sentimientos, por Dios.

—Le tengo fe a sus sentimientos. Pero también le tengo fe a su sentido del deber. Y miedo. Sobre todo miedo —apostilló en voz baja, más para sí misma.

Ayane comprendió a qué se refería. Probablemente desde su nacimiento, Jace había sentido que tenía una deuda para con el mundo y que pecaba de injusto y egoísta cuando priorizaba sus necesidades. Apostaba su alma por que eso había cambiado ya, y por que Maxine era la primera que había atestiguado ese cambio, pero momentos de debilidad sufrían incluso los guerreros más fuertes.

—Ahora mismo, Maxine, tú me gustas más que él —reconoció sin rodeos—, y eso es algo que Jace y yo tenemos en común. Si me llevo a alguien a alguna parte, antes te elijo a ti para ponerte en mi salón. No tienes de qué preocuparte.

Ella se mordió el labio inferior para reprimir un acceso de lágrimas. Estuvo tentada de abrazarla, pero supuso que recibir consuelo de la exmujer de su novio no haría sino empeorar la situación.

Para su inmensa sorpresa, fue Maxine la que le dirigió una mirada agobiada, la que se le dedicaba a las amigas del alma, y le preguntó:

—¿Crees que me pedirá que me case con él?

Ayane soltó una carcajada sincera; tan sincero como fue el regusto amargo que le dejó en la boca. Seguía siendo humana, y si bien Jace no se equivocaba al decir que ella quería abarcarlo todo, su exmarido siempre sería algo que se le había escapado de las manos y que en otras circunstancias habría intentado amarrar.

Incluso si eso la hubiese obligado a renunciar a todo lo demás.

Por suerte o por desgracia, algo de generosidad humana le había contagiado durante su relación, porque pensaba situar sobre todas las cosas la felicidad a largo plazo de Jace Ryder.

Le puso una mano sobre el hombro y se lo estrechó con cariño.

—No te quepa la menor duda. Eres todo lo que siempre ha querido, Maxine, y es lo bastante listo para verlo y hacer lo que se debe al respecto. Puedes desquiciarte con su introversión y con lo estúpido que se pone cuando pierde su equipo de béisbol, pero nunca temas que no vaya a comprometerse. Si algo sabe hacer ese hombre, es tomarse en serio las cosas.

El rey de Roma las encontró así: a Maxine tratando de recomponerse del llanto y a Ayane limpiándole las lágrimas con una sonrisa de circunstancias.

—¿Ayane? —pronunció desde el umbral de la puerta. Ella se giró hacia él con expresión soñadora, hasta cierto punto encantada de haber descubierto con la visita que había dejado de sentirse la víctima de sus sentimientos. Pero tuvo que moderar su entusiasmo, porque Jace no se alegraba de verla. O, mejor dicho, no se alegraba de lo que su llegada había provocado: la tristeza de la dulce Maxine—. ¿Qué significa esto?

Ayane se encogió de hombros para restarle importancia al asunto, algo que por lo visto no sabían hacer ni el uno ni el otro: la pareja ideal. La anfitriona se esforzó por aparentar naturalidad dedicándole al recién llegado una sonrisa desvalida.

No surtió efecto. Apaciguar los ánimos turbulentos de Jace solía requerir de la intervención de un equipo de SWAT.

Estaba claro que no iba a tomarse su paseo por Cagliari con filosofía.

—Me voy al salón —anunció Ayane para darles intimidad—, que todavía no he probado los *cannoli*.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir sin avisar? —exigió saber Jace en cuanto cruzó el umbral de la salita.

Se había dejado a Maxine en la cocina.

A lo mejor habían acordado que se entrevistaría con Ayane en privado, dándole así unos minutos de cortesía a la anfitriona para ir recomponiéndose tranquilamente.

Dejando la puerta del salón abierta, eso sí.

—Ha sido algo improvisado —resolvió en cuanto terminó de masticar un delicioso pedazo de *cannolo*.

Era el tercero que se comía.

No pudo evitar preguntarse si no estaría abusando de la hospitalidad de Maxine, que no solo pensaría que había ido hasta allí para robarle a su novio, sino también para comerse sus postres.

—¿Improvisado? ¿Más de diez horas de vuelo con escalas es improvisado? Y eso suponiendo que vengas de Estados Unidos. —Sacudió la cabeza, perplejo—. Nunca dejas de sorprenderme.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Jace le lanzó una mirada de advertencia con la que estaba familiarizada, pero que bien podía haber olvidado en los últimos tiempos. Unos meses atrás no se habría atrevido a tratarla como algo distinto de una bonita figura de cristal, no se dijera abroncarla por atrevida.

—No es un cumplido, Ayane —suspiró, hastiado—. ¿No te has parado a pensar ni por un segundo en cómo le sentaría esto a Maxine?

Ayane no pudo evitar enarcar una ceja.

—¿Tenía que conocer la existencia de Maxine, acaso? ¿La mencionaste en alguna ocasión por nombre propio? Y, ya que estamos, ¿había manera de averiguar que te habías mudado a Cerdeña con ella? —Sospechando que muy pronto la vergüenza hacia sí mismo lo haría enmudecer o, peor, lo entristecería, Ayane prosiguió con aire desenfadado mientras se sacudía las migajas del regazo—. Descuida. Solo estoy exagerando. Estaba al tanto de su lugar en tu vida. Pero no he venido para asegurarme de que te tiene a cuerpo de rey, Jay-Jay. He venido por trabajo.

—¡Como si vienes para pedir agua! —rezongó él, de nuevo en su papel de ofendido—. No tienes un pelo de tonta. Podías imaginarte que sería desagradable para ella.

Ayane se encogió de hombros y se reclinó en el respaldo con un ademán apático.

Pero antes se sirvió otro *cannolo*.

Había preparado suficientes para alimentar a un regimiento. No echaría de menos un puñado.

—Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

—Podrías haberme llamado —insistió, resentido.

—Vale, Jace —cedió cansinamente—. Podría haber hecho muchas cosas. Para empezar, podría haberte dicho que no cuando me invitaste a salir hace mil años, pero se me ocurrió ceder y aquí estamos ahora. ¿Te importa si nos dejamos de discusiones maritales y vamos al grano? Necesito tu ayuda.

Aunque no lo pronunció con tono ominoso, Jace abandonó la pose indignada y la perplejidad que le dejó su respuesta descarada para enderezarse como el soldado que había sido. La miró de arriba abajo, de pronto sobrepasado por la antigua necesidad de asegurar su buena salud.

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió con otra actitud, una más benévola—. ¿Estás bien? Pareces... —le costó encontrar la palabra adecuada, y, cuando la pronunció, fue con una mezcla de alivio y... ¿recelo?—. Pareces mucho mejor.

Ayane cabeceó, conforme con la apreciación, y esperó a tragar la masa de pistacho.

—Eso sí me lo voy a tomar como un cumplido.

—Es un cumplido para ti, desde luego, pero no para mí —apostilló con un sentido del humor retorcido que solo se permitía revelar ante ella, una mujer a la que ya no tenía que impresionar—. No sé cómo tomarme que divorciarte de mí te haya sentado tan bien.

Ayane puso los ojos en blanco.

—A ti tampoco es que los terrores nocturnos te tengan con el alma en vilo, amigo mío. No te he visto tan bronceado en la vida —señaló después de echarle un vistazo. Parecía un auténtico pescador italiano: la camisa blanca de lino abierta al pecho, el bañador debajo, unas sandalias cerradas para moverse por la playa—. Te has convertido en la pesadilla de los nativos mediterráneos, ¿eh? Un guiri forrado de pasta que llega a sus pueblos para gentrificarlos y exigir supermercados con productos de su tierra.

A su pesar, Jace esbozó una sonrisa exasperada. Eso le provocaba Ayane ahora que no era una sombra de lo que solía ser: una exasperación indudablemente afectuosa.

Sin dejar de mirarla como si aún no se lo creyera, se sentó frente a ella.

—Pues yo no sé en qué te has convertido tú.

—¿Que no? Si lo has dado a entender: en una ex irritante que se presenta donde no es bienvenida.

Jace se pasó una mano por el pelo, de pronto afectado.

—No digas eso —murmuró, no sin irritación—. Me alegro de verte. Es solo que no es justo para Maxine. Apenas he firmado el divorcio hace una semana, y...

Ayane lo interrumpió levantando una mano.

—Lo entiendo y lo respeto. Y lo siento, también. Podría haberlo hecho de muchas maneras, pero supongo que una parte de mí quería husmear. Ver con mis propios ojos la vida que te has construido —recalcó, y lo acompañó de un vistazo apreciativo a su alrededor que culminó en su acompañante—. Estaba segura de que te buscarías las habichuelas, Jay-Jay, pero existía la posibilidad de que te hubiera arruinado la vida y no me habría perdonado lo de mirar para otro lado. No una vez estuve en condiciones de afrontar las consecuencias de mis actos. —Él sacudió la cabeza, no supo si porque ya carecía de sentido incidir en el tema o porque no estaba de humor para retomarlo. Ayane suspiró—. El caso es que necesito de tu sabiduría.

—Si es algo relativo al FBI, lo dejé hace...

—Lo sé. Debbie me lo dijo. Es la que me comentó que te habías mudado a Cagliari y me dio tu nueva dirección, la que figuraba en los papeles del divorcio que le enviaste por correo. Ya, ya sé que eso no es muy legal que se diga, pero tú también sabes que siempre me las apañé para conseguir lo que quiero. —Jace no pudo contener una sonrisa que parecía decir «hay que ver cómo eres». Es una duda sobre un caso de mafias que llevaste hace unos años. Brock Taylor, ¿te suena?

—¿Cómo no me va a sonar? Fue la primera operación relevante que me adjudicaron en el cuerpo. El tipo delató a toda su quinta de sicarios y camellos y el Programa de Protección de Testigos tuvo que reubicarlo antes de que le hicieran la corbata colombiana por chivato.

—Ajá. ¿Sabes dónde está?

Jace se mostró extrañado.

—Esa información es confidencial, y tú lo sabes.

—Vamos, no me jodas —bufó Ayane. Se palmeó los muslos antes de incorporarse lo suficiente para declarar que sus intenciones eran muy serias—. Ya no te pueden empapelar por revelar detalles. Tú mismo lo has dicho: no formas parte del cuerpo.

—¿Que no me pueden empapelar estando fuera? Anda ya, Ayane, que no eres nueva. —Se reacomodó en la silla con gesto grave—. No me digas que has venido hasta aquí para pedirme que me juegue el cuello sacando del archivo un caso sensible con más de cinco años de antigüedad. A lo mejor el tal Taylor ya ni siquiera está en el Programa de Protección y ha vuelto a su casa.

—Lo dudo. Lo sabría.

—¿Y por qué ibas a saberlo? —Arrugó el ceño—. ¿Qué negocios te traes tú con el fulano?

—Lo estoy buscando para saldar una deuda pendiente.

—¿Una deuda? ¿De qué naturaleza? No será económica, porque nunca le has prestado dinero a nadie.

—No, no es económica. La verdad, Jace, cuanto menos sepas del tema, mejor. Solo te pido que aproveches que tienes amigos en el FBI para pedirles que sustraigan la carpeta de Taylor o contacten al programa para averiguar a dónde coño lo mandaron. Es crucial —insistió al ver que abría la boca para protestar. Le sostuvo la mirada de una manera que tuvo que resultar convincente, porque Jace vaciló—. Yo no puedo hacerlo. Lo he dejado también, y con demandas de por medio. No preguntes.

Se quedaron en silencio unos segundos. Él decidió digerir el motivo de su visita con un *cannolo*, que devoró con la mirada perdida hacia dentro, hacia sus pensamientos, justo después de servirse una taza de café ya frío.

Jace solía odiar las bebidas frías, especialmente su café. Supuso que era comprensible que esto hubiera cambiado al mudarse a un país tan cálido, junto con muchas otras cosas.

—¿Tiene algo que ver con lo que pasó? —preguntó en voz baja al cabo de un rato—. En Shanghái, quiero decir.

—No con exactitud —respondió Ayane sin dudar. Quería demostrarle que ya no había necesidad de que se anduviera con paños calientes al mencionar su pasado—. Pero está claro que si no hubiera pasado unas dudosas vacaciones en el continente asiático, no me importaría una

mierda quién fuera Taylor.

—¿Lo buscas para sacarle información? —continuó tanteando él. Era tan incapaz de dejarlo estar sin indagar como de disimular su nerviosismo. Ayane sacudió la cabeza—. ¿Para llevarlo ante la justicia? No, qué estupidez. Es obvio que estás obrando al margen de la ley. —Una pausa en la que buscó su mirada—. ¿Por venganza?

Ayane inspiró hondo con cansancio y le hizo una caída de ojos.

—No quieres saberlo, Jay-Jay.

—Te equivocas —replicó con vehemencia—. Todo lo que quiero es saber. Es cuanto he querido. Ya no pienso que vaya a mejorar mi vida o vaya a poner las cosas en su sitio, pero rellenará algunos espacios en blanco que no me dejan dormir.

Podría haberse enzarzado con él en la discusión de nunca acabar, esa que, cada cierto tiempo, repitieron igual que un dúo artístico con sus bises. Jace persistía en conocer la verdad, Ayane respondía a la defensiva, llegando a azuzarlo con el látigo de la crueldad para ponerlo a salvo de la escabrosidad de su experiencia, y los dos acababan hechos polvo.

Y vuelta a empezar.

Esta vez se decidió a romper el círculo vicioso.

—Desde que te fuiste —comenzó con la vista fija en el borde de la mesa, ahí donde los dedos de Jace jugaban, nerviosos, con la pieza de tela—, me he dado cuenta de algunas cosas. Una de ellas es que no soy una buena persona.

—Ayane, por Dios —se desesperó—. Eso no es...

—No estoy diciendo que sea una mala persona, tampoco —le interrumpió con una mano en alto—. Simplemente soy una mujer que ha permitido que sus nuevas creencias determinen el modo en que actúa. Ya no creo en la reinserción social de ciertas alimañas. Ya no creo que se puedan dejar los escarmientos en manos de una entidad superior, llámese tribunal, Dios o karma. Ya no creo que los cuerpos de seguridad nacionales resguarden a la población de los peligros o los juzgados impartan justicia real.

—¿Y en qué crees?

Ayane se llevó una mano al corazón.

—En proteger lo que para mí es querido —respondió con sencillez—. Lo que para mí es sagrado.

Jace cambió de postura, atraído por su apasionada declaración.

—¿Y qué sería eso?

—Lo primero de todo, las infancias. La dignidad de las mujeres. La libertad: la que no está condenada a desaparecer por el capricho de aquellos que tienen dinero y pueden permitirse arrebatársela. Las familias, joder —masculló, tensa. No pensaba solo en Sacha y Yeva, sino en la Ayane y el Jace del pasado, que jamás se verían de nuevo—, para que vuelvan a reencontrarse.

Para que no sufran pérdidas irreparables.

Cuando quiso darse cuenta, Jace la miraba con la cabeza ladeada y una dulce sonrisa en los labios.

—Hablas como el héroe por el que siempre me tomaste a mí —dijo con voz queda.

—No soy ninguna heroína. Lo que me inspiró a preocuparme por esto fue mi propia experiencia, así que no deja de ser una especie de venganza egoísta por lo que sufrí. Lo que pretendo decirte —se inclinó hacia delante y apoyó el codo en la mesa para hablarle en tono confidencial— es que ya no quiero colgarme medallas. Solo quiero liberarme. Terminar de curarme. Y creo que el proceso pasa por destruirme del todo. Matarme para renacer. Tocar un fondo que ya toqué siendo la víctima, solo que, ahora, en calidad de victimaria... ¡No me mires así! —se quejó al ver que la sonrisa de Jace permanecía intacta, si acaso ahora acompañada por un brillo conmovido en los ojos—. ¡Por si no te has dado cuenta, estoy prácticamente confesándote que me he convertido en una sádica!

—Eso no es nada nuevo. Eras la sádica y yo era el masoquista, ¿o ya no te acuerdas? —Encogió un hombro, divertido, y se la quedó mirando a sus anchas un rato más hasta que se dio por complacido. Ladeó la cabeza para examinarla desde otro ángulo, como si pretendiera confirmar una teoría. Y la confirmó—: Te vuelves a parecer a ti misma, ¿sabes? Me recuerdas a la mujer que conocí en el trabajo hace tan solo una vida.

Se había expresado con una gentileza y un afecto tales que un nudo se le formó en la garganta. Ella también lo llevaba pensando unos días; que había empezado a recuperarse en el momento en que tomó las riendas de su vida yendo a Shanghái para arrastrar a Sacha hasta los juzgados.

Los cambios no se habían hecho evidentes hasta unas semanas atrás.

—Bueno... —logró articular, arrasada por la emoción—. Dicen que las almas se reconocen de sus vidas anteriores. Es normal que te suene de algo.

«A lo mejor nos encontramos en la próxima, también... y en esa sale bien», estuvo tentada de decir, pero habría sido una crueldad imperdonable. No solo dirigida hacia él y hacia la anfitriona, sino hacia ella misma, la que indudablemente había salido más perjudicada en la historia.

Aun así, le habría encantado soltarlo solo para ver cómo reaccionaba.

La parte de su carácter que ansiaba ver el mundo arder insistía en llamar la atención cuando Jace estaba cerca, incitada por el amor frustrado que al fin había aprendido a empujar al fondo de su corazón. Otra parte de su ser desearía poner a prueba la flexibilidad y adaptabilidad de los sentimientos de Jace: averiguar si Maxine tenía razón y ella podía llevárselo o, en un caso aún más atractivo, podría quererlas a las dos a la vez, solo que de manera diferente.

Nada la complacería más. No ya porque pretendiera regocijarse en los afectos de su exmarido, sino porque demostraría que no eran tan diferentes después de todo.

Al fin y al cabo, ¿no era ella la primera que estaba aprendiendo a vivir amando a dos

hombres, a cada cuál más distintos, a cada cuál menos aconsejable?

—Llamaré a Dawson —cedió Jace al cabo de un rato—. A ver qué puede hacer.

Capítulo 9

Ayane consultó el móvil por tercera vez en el último cuarto de hora. Furiosa por la compulsión que había empezado a desarrollar, bufó y acabó arrojando el *smartphone* al interior de un bolsito de ganchillo que Maxine le había prestado para la playa.

No podía ser que a su edad estuviera obsesionándose con los mensajes o la falta de ellos de un hombre. Si algo bueno debía de tener haber sido secuestrada y abusada durante un año entero, esperaba que fuera haber superado las absurdas debilidades de las que las mujeres eran víctima cuando se enamoraban.

Se pasó las manos por el pelo aún húmedo del chapuzón y se incorporó para abrazarse las rodillas.

A fin de evitar seguir sembrando discordia, se había bajado a la cala Regina, la playa más próxima a la casa, para disfrutar de la brisa y las vistas; que no del sol, porque su piel no lo soportaba y estaba orgullosa de lucir una palidez vampírica.

Por lo visto, una sombrilla, una toalla de rayas, unos auriculares y un conjunto de ropa interior combinada y lo bastante discreta para pasar por un bañador era cuanto una mujer necesitaba para sanar sus heridas. El atardecer teñía de ámbar las aguas cristalinas y le confería a las siluetas de los bañistas un halo nostálgico de coche analógico.

Aún le quedaban unas horas de visita en la isla de Cerdeña. No tenía otro remedio que esperar a que Dawson escaneara el contenido del archivo y terminara de ponerse en contacto con los trabajadores del Programa de Protección de Testigos asociado a la oficina federal. La suerte les había sonreído: eran las siete de la mañana en Washington D.C. cuando Jace llamó por teléfono a su antiguo compañero. Esto le daba a Dawson toda la mañana y parte de la tarde para conseguir la información.

Debía de ser grande el favor que le debía al exagente.

O a lo mejor no era consciente de los riesgos que estaba corriendo.

En cualquier caso, no era problema de Ayane. Había decidido no volver a preocuparse por nadie que no estuviera en una situación de vulnerabilidad fulminante.

Siete horas después, todavía no había noticias.

Cerró los ojos y se tendió sobre la espalda. Descansó una mano sobre el pecho y se esforzó por vaciar la mente de pensamientos para concentrarse en la canción de SZA que había escogido para amenizar el rato.

Se le escapó un suspiro cansado.

Tendría que buscarse un hotel.

O dormir bajo el mismo techo que la feliz pareja.

Dudaba que eso fuera a hacerle gracia a Maxine. Pero a Ayane, de una forma extrañamente retorcida, sí se la hacía, y todavía estaba tratando de averiguar por qué.

Sí, había pasado el tiempo. Sí, se encontraba mucho mejor. Sí, estaba distraída y tenía un objetivo vital, lo que, dijeran lo que dijeren, era la verdadera cura de los corazones rotos. Pero también era cierto que seguía queriendo a su exmarido y una parte de ella nunca dejaría de lamentarse por no haber luchado por él.

Entonces, ¿por qué pesaba más la alegría de verlo cómodamente asentado en una isla mediterránea con una encantadora acompañante? ¿Sería posible que, junto con la Ayane destrozada, se hubiera marchado asimismo la Ayane egoísta? ¿O había protagonizado tantas y tan dolorosas derrotas que había aprendido a aceptar los fracasos, incluido el de su matrimonio?

Evocó el rostro redondo y adorable de Maxine y se le escapó una sonrisa.

Era por ella, comprendió. Aquella criatura le había facilitado las cosas. Si hubiera sido una mujer solo un poco menos dulce, Ayane habría puesto el grito en el cielo. Pero era perfecta. Y darse cuenta de que la mujer perfecta para Jace era una mujer que ella no podría haber sido jamás, ni siquiera pelándose la piel, ni siquiera puliendo las partes afiladas de su ingenio, habría llegado a parecerse a ella en lo más remoto.

El fracaso no había sido su culpa, en definitiva. Estaba destinado a ser.

Volvió a incorporarse, esta vez con las rodillas recogidas, y prendió un cigarrillo con la vista clavada en el horizonte del mar. La visión marítima le produjo una extraña tranquilidad, incluso le dio consuelo. Saber que había tierra más allá de una extensión de agua que parecía infinita la llevaba a pensar que también había vida más allá de Jace, más allá de lo que ella era en ese momento: un futuro aún inconcebible que se presentaría un día insospechado.

A veces la impaciencia por descubrir qué felicidad la esperaba a la vuelta de la esquina le crispaba los nervios, pero ya estaba encaminada a descubrirla. Solo debía permitir que la sorprendiera en un descuido.

Terminó de fumarse el pitillo y recogió las cosas para regresar a la casa. Le habían proporcionado una copia de las llaves y Maxine hasta se había ofrecido a prepararle un tentempié, aunque fuera evidente que preferiría no tener que complacerla más de lo estrictamente necesario.

A primera vista, Ayane había pensado que la criatura no tenía la menor posibilidad de sobrevivir en un mundo tan duro como el que había habitado Jace hasta entonces, y creyó que por eso había escogido la tranquila Cagliari para pasar el resto de su vida con ella: para proteger sus sensibilidades y su feminidad de las crueldades contra las que él solía luchar. La había compadecido por su casi absurda inocencia, porque había que ser absurda e inocente para preguntarle a la exmujer de un nuevo novio si este alguna vez le pediría matrimonio.

Pero ahora opinaba distinto. Opinaba que la facilidad para adaptarse a las circunstancias la hacía una superviviente. Había visto a Ayane y, aunque la hubiera vencido el sentimiento, había estado a la altura de la visita. Sabía dominar sus instintos primarios, el que le pedía que la echara como a un perro, por lo que ella entendía como lo que estaba bien.

En ese sentido, Maxine y Jace eran iguales. Personas que ondeaban la bandera del deber.

Entró en la vivienda con el desenfado de quien se hallaba muy cómodo en su piel. Se encontró con Jace en el pasillo principal, a gusto en el pijama que había improvisado combinando una camiseta de algodón desgastado y un pantalón corto de cuadros.

Justo volvía de la cocina, que despedía un aroma delicioso. Cargaba consigo una botella de Coca-Cola recién sacada de la nevera.

—Creía que en Italia se cenaba a las nueve o a las diez.

—Y así es, pero nosotros todavía tenemos el horario americano. No llevamos aquí ni una semana.

Señaló hacia el salón con un gesto de cabeza, a lo que Ayane enarcó una ceja.

—¿No piensas ayudarla?

—Odía tener a la gente revoloteando a su alrededor en la cocina —se lamentó con un suspiro—, así que no intentes ser amable con ella ofreciéndote a colaborar.

—Ni se me habría pasado por la cabeza. No quiere verme ni en pintura —bromeó en su camino al salón. Observó que Jace le lanzaba otra mirada de advertencia. Ayane se dejó caer en la misma butaca de antes. Le pasó un brazo por encima al respaldo—. ¿Has hablado con la pequeña para tranquilizarla?

—¿«La pequeña»? No seas condescendiente con ella. Estás en su casa —la advirtió, serio.

—¿Condescendiente? ¿Eso piensas de mí? La llamo así porque, por si no te has dado cuenta, es adorable. No te pongas a la defensiva, que yo estoy en otras cosas que nada tienen que ver con tu novia.

—Eso me ha comentado ella; que la has tranquilizado contándole que hay un hombre en tu vida. No ha servido, claro. —Jace puso los ojos en blanco, tiernamente exasperado—. Entre que piensa que todas las mujeres harían lo que fuera para hacerme suyo y que se cree que si me dices «ven», yo lo dejaré todo, no hay forma de convencerla de que estoy serenísimo. Es un poco insultante, si lo piensas —añadió, reflexivo, e imitó a Ayane arrojándose sobre el sofá de cualquier manera.

—¿Asumir que te vendrías conmigo si te invitara a la fiesta de mi vida? Más que insultante, me parece de sentido común. Soy bastante mona y divertida, ¿sabes?

Jace se rio a su pesar y terminó sacudiendo la cabeza, dándola por perdida.

—No eso, sino que se me tenga por una marioneta que baila al son de quien le toque las palmas. En fin, no puedo culparla. No sabía que estaba casado cuando nos conocimos, ni que

andaba buscándote como un loco mientras intimaba con ella.

—¡Jace Maverick Ryder! —se indignó con una mano sobre el pecho—. ¡No eres más que un despreciable casanova!

Él volvió a carcajearse, de nuevo en contra de sus sólidos principios.

Oh, cuánto le habría gustado a Ayane disponer de un poco más de tiempo para arrancárselos del todo y revelar al hombre libre y juguetón que había debajo; el que solo sacaba a relucir de vez en cuando.

—Seguro que para ti eso no es nada, que has sido una diablesa la mitad de tu vida.

—Y la otra mitad también, lo que pasa es que aún no ha empezado. —Le guiñó un ojo.

Jace le sostuvo la mirada. Un rastro de diversión arrancaba destellos índigo a sus ojos profundamente grises, el color de la melancolía por antonomasia. A lo mejor esa había sido siempre una pista de que había nacido sometido por la nostalgia hacia lo imposible.

Ayane lo descartó por cabezonería. Se negaba a aceptar que Jace nunca pudiera ser del todo feliz, feliz de un modo absurdo y asqueroso, feliz de esa manera en que solo lo eran los locos, los ignorantes y los niños.

—Entonces es verdad lo del tipo ese —comentó con pies de plomo. Para que no le viera la cara, Jace se concentró en servir dos vasos de Coca-Cola—. No te veo en los ojos el brillo de las mujeres enamoradas, pero eso es porque tú no te enamoras como el resto de la gente. Lo que sí se te nota es la impaciencia, que también es bastante indicativo.

Esperando aparentar naturalidad, Ayane cogió su vaso y dio un sorbo.

—¿Qué tiene que ver la impaciencia?

—La sentimos cuando queremos a alguien y ese alguien no está. Hacemos las cosas más rápido y nos levantamos de la mesa antes de tiempo; no porque nos esté esperando en alguna parte, sino porque sentimos que la vida se ha convertido en un cumplimiento obligatorio de responsabilidades hasta que llega el momento de volver a verla. Es inconsciente.

—A lo mejor solo parezco impaciente porque sigo esperando a que Dawson me dé datos.

—¿No existe el hombre, entonces?

Ayane sonrió para sí misma con resignación.

—Sí. Existe.

—Espero que sea la persona correcta para ti —resolvió al final, con un desenfado de pega—. A lo mejor con él sí sientas la cabeza en condiciones.

No le pareció que su vieja amargura estuviera empañando la camaradería del presente. Como a ella, a él también le pesaba haber dedicado años de su vida a una persona que no había sabido darle lo que quería.

Ayane se rio con desdén.

—Hay que ver, Jay-Jay... —Meneó la cabeza—. Si me dices que nunca me entendiste,

acabaríamos antes.

—Nunca te he entendido, no —reconoció con la mirada fija en ella—. Supongo que formaba parte del encanto de la situación.

—Sí, seguro. La fantasía sostenía nuestro matrimonio. Y no me importaba contribuir a esa ilusión escondiendo mis supuestos defectos; así nunca dejarías de admirarme. Qué equivocada estaba. El tiempo me ha demostrado que la admiración es la enemiga del amor. Nadie quiere a su lado a un tipo al que decepcionarás en el momento en el que le reveles tu imperfección. Esto último no lo digo por ti —agregó con la vista clavada en el vaso de Coca-Cola, que removía con rítmicos movimientos de muñeca—, solo pienso en voz alta.

—¿A él no lo has decepcionado con tu imperfección?

Ayane pensó en la canción de SZA que había estado escuchando en bucle en la playa. *Nobody gets me like you*, decía el estribillo.

«Nadie me entiende como tú».

Para entenderla había tenido que pasar por experiencias de miedo que no le desearía ni a su peor enemigo. Lamentaba que ese hubiera sido el precio que Sacha había tenido que pagar para que ella no estuviera sola en el mundo con sus pesadillas y su padecimiento.

—Digamos que no se le habría ocurrido decirme que con la persona adecuada sentaré la cabeza «en condiciones», insinuando que a lo mejor dejo de querer acostarme con quien me guste si se me aparece el príncipe de la polla verde —se burló—. Nunca se ha tratado de la persona adecuada o la persona equivocada, Jace. Se ha tratado de mí. De que yo soy así. Follo con quien me apetece, cuando me apetece, y eso no me hace estar más o menos enamorada del hombre con el que quiero estar todo el tiempo. Y no me digas que es una locura o una manera de vivir el amor y el sexo que va contra la naturaleza, porque el ser humano no vino al mundo con limitaciones del tipo romántico o sexual. Hay gente que es monógama porque de verdad es incapaz de desear a nadie más si ama a alguien, pero eso no es lo habitual, y lo demuestra la cantidad de infidelidades que se dan. El amor no anula el deseo.

No había sido buena idea sacar a colación el sexo. No era un tema que una mujer pudiera debatir con su exmarido con total impunidad. Lo notó en el modo en que Jace se revolvió con notable incomodidad, afectado por las imagen mental que ella había plantado sin querer en su mente.

—Las infidelidades son una muestra de que no quieres tanto a la persona con la que estás.

—Las infidelidades nunca son una prueba de tus sentimientos hacia la persona, sino una demostración de tu carácter. No es que no la quieras; es que no le eres más leal de lo que eres leal a tus impulsos —corrigió.

—Eso es egoísta, y, además, el respeto y la lealtad son dos de los apellidos que tiene el amor.

Si se lo faltas, si la traicionas, no la estás amando.

—El respeto y la lealtad son la forma de amor de los hombres solemnes como tú, pero no eres el único tipo de personalidad que existe, Jay-Jay. Hay tantas maneras de querer como criaturas en el planeta. Como ya has podido observar, el quid de la cuestión, lo que hace tan difícil la búsqueda de la pareja ideal, no es ni siquiera la reciprocidad de los sentimientos. Es encontrar a alguien que viva las relaciones igual que tú.

—Lo dices como si fuera algo sectario.

Ayane soltó una carcajada y brindó por su curiosa conclusión levantando la Coca-Cola.

—Hombre, siempre es un tanto sectario rodearse exclusivamente de gente que piensa como uno mismo, y no se diga ya si para colmo vetas a los que no. Pero imagina la de dolores de cabeza que nos ahorraríamos si no nos empecináramos en empatizar con lo que nos resulta incomprensible; en hacer que nos quieran aquellos que han demostrado que no nos valoran.

—Quiero creer que aquello con lo que no predicamos no tiene por qué ser incomprensible.

—Y, aun así, no me comprendes —resolvió con suavidad—. No te lo reprocho. No estamos hablando de que yo te haya contado una situación de la que he sido víctima y con la que es sencillo empatizar; todos hemos sido víctimas alguna vez, al fin y al cabo. Estamos hablando de estructuras mentales. Tu cabeza ha sido diseñada para la monogamia, ya sea por influencia cultural o porque es un estilo de vida que se adapta a tu personalidad. La mía no. No puedes pensar como yo por más que te esfuerces.

—Pero tú sí has podido pensar como yo. Y durante años.

Ayane suspiró y se recostó contra el respaldo.

—La presión social es una herramienta poderosa. Te puede convencer de que tu manera de ser está equivocada; de que está bien ser polígamo y/o poliamoroso a los veinte años, pero a los treinta debes sentar la cabeza. Por no mencionar que hacemos sacrificios por amor. Sacrificios que ni siquiera lo parecen de tanto que queremos a nuestro monógamo en serie —añadió con una sonrisa afectuosa. Él se la devolvió con un tinte de amargura—. Lo que no significa que no tuviera pensamientos lujuriosos hacia otros hombres. Jamás los habría llevado a cabo, pero no puedes...

—... cambiar las estructuras mentales de nadie. Lo veo —refunfuñó por lo bajo.

—¿Ahora lo ves? —se burló—. Me da la sensación de que llevo años hablando contigo de esto. Me suena incluso habértelo explicado hasta la saciedad durante nuestra primera cita. ¡Y durante la siguiente, a ver si así te quedaba claro que no íbamos a casarnos!

—Me acuerdo de que en esos momentos pensaba que no decías más que estupideces y que acabarías siendo monógama conmigo. Supongo que ahí está la muestra de que no te entendía... o no quería hacerlo. Pero ahora sí. Durante un tiempo he querido a dos mujeres a la vez —reconoció en voz baja, mirándola con indudable afecto—. Eso es un hecho. La clave de mi

«monogamia en serie», como tú la has llamado, es que nunca me planteé estar con las dos en la práctica. Sabía que escoger a una conllevaría renunciar a la otra. Más que nada porque uno no lo puede tener todo.

—¿Y eso quién coño lo ha dicho? Nadie a quien yo admire tanto como para prestarle atención, eso seguro. ¿Por qué elegir? Elegir es complicarse, es abrazar la mediocridad, es negarse la multiplicidad, donde residen la sabiduría y el placer. Es vivir sin explotar tus capacidades, en definitiva. Quiero decir, ¿por qué aceptar un modo de vida que te obliga a hacer sacrificios y a negarte experiencias? ¿Por qué resignarte a que no puedes tener todo lo que quieres? Jamás viviré de acuerdo a un planteamiento basado en que el mundo nunca se plegará a mi voluntad. Algún día me moriré, y por Dios que lo haré habiendo tenido todo lo que se me haya metido entre ceja y ceja.

—Para mí suena más complicado no elegir. Hay más gente de la que preocuparse. Pero no dudo que te morirás satisfecha —concluyó con una sonrisa cariñosa—. Es extraño hablar de esto en mi casa de Cagliari. Hablarlo contigo. Me siento como si fueras una visita más, una muy sabia y desconcertante, pero no mi exmujer. Hasta hace unas horas, mi exmujer era el fruto de un sueño del que cada vez me acuerdo menos.

Ayane se encogió de hombros, aunque una punzada de dolor le había atravesado el pecho.

—Eso es lo que hace el olvido.

—No es que lo haya olvidado. Es que... —Se pellizcó el puente de la nariz—. Has sido tantas mujeres en los últimos meses que ya no sé si me inventé aquella con la que me casé, o la que vino tras... la operación, o... Pero ese no es el tema. El tema es que a él le parece bien tu forma de vida, ¿no? —retomó tras armarse de valor con una gran bocanada de aire—. No es celoso.

—No empezaría a definirlo con ese adjetivo, pero no, no lo es. —Estuvo a punto de corregirse, porque sí que lo parecía cuando Jace entraba en la conversación. En cualquier caso, no era algo que su exmarido tuviera que saber—. No tenemos que hablar de mi nuevo... novio, si es que así puede llamarse. Y tampoco pasa nada porque sea incómodo. Todo esto es raro y hay que permitir que sea raro hasta que deje de serlo.

—¿Y si nunca deja de serlo?

—Pues tendremos que conformarnos con saber que una persona a la que una vez quisimos demasiado pulula por el mundo. Y, afortunadamente, lo hace de la mano de alguien que le entiende.

Jace abrió la boca para decir algo, pero su móvil empezó a vibrar sobre la mesa. Ayane llegó a leer el nombre que apareció en la pantalla: Dawson.

Intercambiaron una mirada antes de que el exagente se levantara para coger la llamada.

—Dime. —Una larga pausa—. De acuerdo. Espera que coja papel y bolígrafo... —Buscó a su alrededor. Ayane le hizo un gesto y sacó su propio iPhone para indicarle que apuntaría en él los

datos. Jace le recitó en voz alta una dirección en Miami—. Muchas gracias, Dawson. Espero que hayas sido discreto. Sí, sí... Ahora yo te vuelvo a deber una. O, si quieres, estamos en paz y nos perdemos de vista para siempre —bromeó.

La llamada concluyó unos instantes después, justo cuando Maxine apareció en el salón con las manos vacías. Por un momento Ayane pensó que había escuchado la conversación y no le había hecho ninguna gracia el inocente intercambio de ideas, pero ella solo preguntó:

—¿Estábamos esperando a alguien para la cena? Acaba de sonar el timbre.

—No lo he escuchado —se justificó Jace, levantándose enseguida para atender la puerta.

A juzgar por el gesto aprensivo de Maxine, todavía no se sentía tan cómoda en su nuevo barrio como para tomarse una visita intempestiva como algo natural.

Ayane se incorporó también para ayudar a la anfitriona a traer los platos de la cocina. Por curiosidad, miró por encima del hombro en el camino al pasillo para descubrir quién era.

Si hubiera cargado la olla de pasta en el momento de la revelación, habría puesto perdido el suelo. Un hombre tan grande que dejaba en ridículo las dimensiones de la casa entornó los ojos nada más reconocer al propietario, el primer rostro con el que se topó.

—Por supuesto —oyó decir a Sacha en un tono que no le había oído antes, entre burlón y amenazador. Parecía haber respondido a una duda que llevaba un rato atormentándole.

—¿Black Russian? —preguntó Jace. La perplejidad era tal que lo único que se le ocurrió inquirir fue—: ¿Cómo sabes dónde vivo?

—No lo sabía —se limitó a responder, y entonces alzó la barbilla para mirar a la inmóvil Ayane por encima del hombro del exagente.

Enarcó una ceja en su dirección, su silenciosa manera de pedirle explicaciones.

Ella todavía estaba paralizada por la sorpresa como para reaccionar.

Por suerte, Jace ató los cabos deprisa. Se fijó en la mirada que los conectó en la distancia y disimuló a tiempo el pasmo porque aquel y ningún otro fuera el nuevo hombre de su exmujer.

Maxine fue la última en percibir la poderosa presencia del recién llegado, y su reacción no tuvo desperdicio.

—¡Oh! —exclamó desde el umbral de la cocina—. Oh... —repitió con algo menos de entusiasmo, probablemente asimilando que un sospechoso de haber colaborado con la trata de personas acababa de presentarse en su casa. Su mirada voló hasta Ayane—. ¿Lo has... invitado tú? —A la aludida no le quedó otro remedio que asentir antes de que Jace sacara su arma. Daba por hecho que a Sacha no se le ocurriría procurar el menor daño a la pareja, y todo fluiría con mayor normalidad si no lo tomaban por un polizón—. Oh, vale... —Esta vez notó cierta molestia en su respuesta, aunque más relacionada con la de una anfitriona exigente: «Podrías haber avisado», le reprochaba en silencio—. Voy a poner la mesa.

Ayane creyó que Sacha se impondría instándola a marcharse con él en el acto, pero tras el

visto bueno de Maxine, se abrió paso en el recibidor como si de veras hubieran quedado para cenar. Su rostro no reflejaba ninguna pista de lo que estaba pensando.

El de Ayane debía de estar delatándolo todo.

Quiso preguntarle qué diablos hacía allí, pero fue imposible porque al cabo de unos minutos estuvieron sentados en torno a la mesa del comedor haciendo sus mejores esfuerzos para que no fuera evidente que aquello no tenía ni pies ni cabeza.

Jace estaba visiblemente molesto. No solo aparecía ella de repente, sino que se tomaba la libertad de invitar a su jodido novio. Ayane seguía en shock. Sacha no mediaba palabra, como si se hubiera comprometido con incomodar al personal.

Maxine era la única que le veía el chiste a la situación.

—Bueno, Black Russian... —comentó la anfitriona.

—Me llamo Sacha —corrigió sin mirarla.

—¡Oh, Sacha! ¡Un nombre muy ruso!

—Soy ucraniano.

—Oh, Dios, qué confusión más desafortunada —balbuceó, suspendiendo en el aire sus movimientos frenéticos—. Debería haber dicho que es un nombre eslavo, ¿no? Eso incluye los dos países. Porque son dos países, claro, y no uno, como quiere Rusia. —Risa nerviosa—. Es horrible lo que está pasando por allí, y no parece que vaya a solucionarse pronto... Mejor me callo. Mi madre siempre dice que nunca se debe hablar de política o religión en la mesa.

—Los dos temas más interesantes —apuntó Sacha.

Maxine le dio la razón con una sonrisa sincera. Era la única que se alegraba de que hubiera aparecido, y como para no. Estaba claro que así la probabilidad de que Ayane se llevara a su novio de vuelta a Estados Unidos descendía de manera considerable.

Ayane y Jace intercambiaron una mirada rápida, sin embargo. Ninguno de los dos entendió cómo fue posible que Maxine, aun siendo la persona más dicharachera del universo, lograra enzarzarse en una conversación con el hombre más hermético del mundo.

—Y... ¿a qué te dedicas, Sacha? —inquirió mientras le servía más pasta.

—Estoy a punto de vender unas empresas en Asia —respondió con ambigüedad—. Es lo que me ha estado manteniendo mientras me tomaba un año sabático. He estado viajando por ahí... Esto está delicioso, por cierto.

—¡Muchas gracias! ¿Qué países has visto? Yo siempre he querido ver Europa. Jace me ha prometido que nos iremos de viaje por Francia, Alemania y España en cuanto nos hayamos asentado aquí.

—París es decepcionante, pero me sorprendió la modernidad de Berlín. A la península ibérica no volvería, me temo. No en verano. Es la peor pesadilla de las personas acostumbradas al frío y pálidas de piel como nosotros. —Señaló los hombros quemados de Maxine con un gesto de

cabeza—. Pero entiendo por qué habéis elegido Cagliari. Un sitio y una casa muy bonitas.

Ayane se giró para mirarlo con palpable incredulidad.

¿Ahora los alababa? ¿Quién diablos era ese hombre que conocía todas las fórmulas de cortesía y utilizaba los cubiertos como si le hubiera enseñado Julie Andrews, la reina de Genovia?

Maxine estaba que no cabía en sí de gozo.

Apostaba por que no había tenido aún un invitado tan interesante.

Ni lo volvería a tener.

—No te imaginaba tan amable, Sacha. En Fuego y Sangre no hablabas mucho...

—No es un sitio al que se vaya a conversar.

—Eso es verdad, claro, claro. Reconozco que te he estado guardando rencor por todo el tema de Yellow Bird... No sé si te acordarás, pero, cuando desapareció, intenté que los organizadores me echarais una mano para localizarla, y tú... Bueno, no tiene sentido reprochar esto ahora porque es obvio que tú no estabas involucrado y ya la han encontrado.

—Me acuerdo de ti y de tu preocupación, sí. Espero que entendieras que era poco lo que yo podía hacer al respecto.

«Se podrá tener cara», estuvo a punto de mascullar Ayane.

—Tampoco habría estado mal que fueras más amable, pero... En fin, ya ha pasado todo, gracias a Dios. ¿Quieres un poco más? Seguro que un hombre de tu tamaño come en cantidad industrial.

—Sí, gracias. —Y le regaló una de sus sonrisas tan encantadoras como escasas.

Ayane no daba crédito.

Menos aún lo dio cuando Maxine se ruborizó.

Estaba claro que tenían el mismo gusto en materia de hombres.

Jace comió lo justo para aparentar normalidad, pero Ayane apenas probó bocado. Permaneció clavada como una estaca en el asiento mientras la cena discurría como cabría esperar en la casa familiar durante las fiestas navideñas: unos conteniéndose para no gritar, otros deseando escabullirse, y unos terceros ajenos a esto, incluso encantados con el hecho de haber acabado con la diversión.

Para cuando llegaron los postres, Ayane flotaba en un estado de irrealidad. Debía de estar soñando. Ni en sus más locas pesadillas se le habría ocurrido pintar a Sacha y a Jace en el mismo escenario.

Sus dos vidas colisionaban dramáticamente.

—¿Os hospedáis en un hotel?

—Por supuesto. No íbamos a abusar de tu hospitalidad, Maxine —respondió Sacha. Se habría referido a ella por su nombre completo de manera deliberada, a sabiendas de que así captaría su

atención y la haría enrojecer de nuevo. Ayane ni siquiera lo miró—. Deberíamos irnos yendo. Se ha hecho tarde y tengo que pedir la llave en recepción.

—Sí, sí, sí...

El alivio de Maxine era palpable. Seguro que había pasado todo el día preguntándose con el corazón en un puño si tendría que alojar bajo su mismo techo a la exmujer de su novio.

Ayane no la habría puesto en esa tesitura, pero... ¿de qué hotel estaba hablando aquel impresentable?

Todos se levantaron a la vez. Jace, concretamente, estuvo a punto de estrellar la silla contra la pared contraria. En un gesto de cortesía obligado, los anfitriones acompañaron a la pareja a la salida. Sacha se había ocupado de coger la chaqueta que descansaba sobre el respaldo de la butaca. Se la puso a Ayane sobre los hombros con gentileza, pero el modo en que descansó las manos sobre ella un instante, ejerciendo la presión adecuada para erizarle el vello, indicó que no la esperaba una sesión de caricias.

Ayane ya estaba de pie en el patio de entrada, deseando perderse de vista, cuando Sacha se despidió.

—Gracias por la velada —le dijo a Maxine, aguantándole la mirada con esa intensa seriedad suya que dejaba a una mujer sin saber qué pensar o qué hacer con las manos.

La anfitriona no fue inmune, y asintió con la cabeza manteniendo una sonrisa vacilante en los labios y los dedos entrelazados en el regazo. Abrió la boca para decir algo, pero no llegó a pronunciar palabra: Sacha le rodeó la cintura con un brazo recio como una barra de metal y se inclinó sobre ella para besarla. Sin intención casta. Sin el menor respeto hacia nadie. Aprovechó que Maxine tenía los labios entreabiertos para desarmarla con un beso húmedo de película pornográfica; la clase de beso que solo se podía atestiguar con el alma en vilo y los pies anclados a la tierra por obra del pasmo, la única razón que justificó que Jace se quedara paralizado.

Maxine apoyó una mano en su pecho, quizá inicialmente con la intención de apartarlo, pero, ya fuera por el pueril motivo de devolverle a su novio los celos que había estado experimentado todo el día o por mero regocijo, acabó entregándose a él.

Para cuando Sacha se apartó como si no hubiera pasado nada —solo los restos del pintalabios de la joven delataba su actividad—, Maxine había perdido el equilibrio y el sentido común y se había quedado clavada en el hall con una sonrisa turbada.

—Adiós —dijo Sacha, y salió por la puerta a paso ligero dejándolos a todos atrás.

Ayane no se atrevió a consultar la reacción de Jace y echó a andar en pos del esclavo sintiéndose una estúpida *groupie*. Solo que una *groupie* no se habría atrevido jamás a gritarle en cuanto perdieron de vista la urbanización y se adentraron en la escarpada pendiente que conducía a la playa.

—¿Se puede saber de qué coño vas?! —se quejó, pero no consiguió sonar enfadada.

No lo estaba.

En cuanto el asombro se disolvió, entendió que su arrebató con Maxine le había hecho gracia... cuando no la había excitado indirectamente. A nivel de espectáculo, había sido cómico. Brutal. La clase de puesta en escena que Ayane habría llevado a cabo para perturbar a los demás por el gusto de ver el mundo arder.

Sacha no medió palabra. Llegó a la playa en cuestión de zancadas, tal era la proximidad. Se estaba quitando la camisa negra botón a botón cuando Ayane lo alcanzó, hiperventilando por el esfuerzo de caminar a su ritmo y sudando por culpa de la chaqueta de cuero.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—Tu móvil tiene un geolocalizador —respondió sin mirarla.

—¿Un...? ¿Ahora me estás controlando? —jadeó. Él tampoco contestó a eso, claro. Siguió desnudándose con la mirada fija en el mar, más o menos iluminado por las farolas del paseo marítimo. A esas horas estaba casi vacío—. ¿Cómo coño has tardado tan poco en llegar a Cagliari desde Nueva York?

—Alquilé un avión privado sobre la marcha —resolvió con sencillez, como si fuera lo más natural—. Se tardan alrededor de nueve horas si el vuelo es directo.

Ayane volvió a jadear y masculló un insulto por lo bajo. Arrojó la chaqueta al suelo para que la brisa marina le refrescara el escote y los hombros y puso los brazos en jarras.

—¿Qué pensabas que estaba haciendo? ¿Delatarte ante las autoridades italianas? ¿Siquiera has matado a alguien en territorio europeo?

—He matado a alguien en prácticamente todos los países.

Dobló la camisa con minuciosidad y la dejó sobre la arena. Los tejanos fueron después. Verlo desnudo salvo por el bóxer oscuro la hizo vacilar un instante, pero no tardó en recordar que estaba molesta.

O estaba fingiendo molestia.

—¿Entonces es por eso de verdad? ¿Creías que iba a delatarte?

—Digamos que sentía curiosidad por los motivos que te habrían traído a Cerdeña en particular. No me han decepcionado. —La miró por encima del hombro. En la semioscuridad, el brillo de sus ojos parecía tan peligroso como el de una pantera hambrienta—. Me pregunto qué es lo que sucedió anoche que te inspiró a escabullirte para visitar a tu exmarido. Quien dice «anoche», dice cualquiera de los últimos días.

Ayane abrió la boca para seguir quejándose, pero su comentario la distrajo.

—¿Crees que he venido a verlo por gusto?

—¿Has venido a verlo por disgusto? —Meneó la cabeza y volvió a darle la espalda. Lo masculló entre dientes, pero ella lo escuchó—: Haces que me enfade por idioteces.

A Ayane se le escapó una sonrisa.

—Pensaba que no tenías esa habilidad, dicho por ti mismo.

—Ya te digo que la tengo.

Y echó a andar hacia la orilla. Se sumergió en las aguas veteadas de rayos de luna, dejándola con la palabra en la boca y un palmo de narices. Por acto reflejo lo siguió, pero se quedó de pie en la orilla, donde el agua solo podía acariciarle las puntas de los zapatos.

Observó las ondas que su cuerpo habían pintado en la superficie y esperó, sin saber muy bien qué decir, a que saliera. Pero él se quedó allí, peinándose el pelo ahora mojado con los dedos.

Desde el agua le lanzó una mirada severa.

—¿Pensabas que no lo entendería? —inquirió con voz queda.

—¿El qué? ¿Que quisiera ver a Jace? Bueno, es obvio que ha herido tus sentimientos. Y, en cualquier caso, no tengo por qué avisarte de adónde voy.

—No era necesario —atajó, obviando su reproche—, porque claro que lo comprendería. Soy el mismo tipo que no mucho tiempo atrás viajó a Washington para confirmar que el famoso marido estaba siendo bueno contigo.

Su contestación le encogió el estómago.

Se acordaba muy a menudo de aquella noche que sintió que la seguían en su ruta habitual al club de alterne. Se acordaba, también, de las conclusiones que sacó al respecto: que pretendía asegurarse de que no le vendía al FBI. Era uno de los detalles que no había conseguido desentrañar hasta el momento y que le habían estado pesando ahora que su relación había mutado a algo diferente.

Por supuesto que la siguió para cerciorarse de que era feliz.

Y por supuesto que no lo era.

—He venido a Cagliari para averiguar dónde está Brock Taylor —soltó de sopetón. Sacha dejó de mesarse el pelo en el acto—. Jace podía darme la información porque aún tiene contacto con la agencia. Gracias a él, ahora lo sé y podemos seguir avanzando... Y sí, gracias a mi viaje, también sé ahora que «el famoso marido» está bien. Contento. ¡O lo estaba hasta que se te ha ocurrido morrearte con su novia!

—Por si acaso él se había morreado con la mía —replicó a la defensiva.

A Ayane se le escapó una exhalación incrédula muy parecida a una carcajada.

—No te lo puedo creer —murmuró—. Tú prefieres pedir perdón a pedir permiso, ¿eh?

—¿Quién ha dicho que vaya a pedirle perdón? —replicó con desdén.

—Eres un capullo, y... y... —Se mordió el labio y lanzó una mirada exasperada al cielo—. No puede ser que me estén pareciendo atractivos los celos de un hombre. ¡A mí, entre todas las mujeres! ¡A mí, que hace un rato estaba defendiendo que no somos dueños de nadie!

—A lo mejor te lo parecen porque no eres ni poliamorosa ni una abanderada del amor libre,

sino una bruja sádica disfrazada de moderna —la acusó sin cambiar la expresión indiferente.

Ayane pestañeó una vez para asimilar su tono neutro antes de romper a reír. Notaba la risa en el estómago arrasándolo todo.

No podía recordar la última vez que se había reído así.

No supo en qué momento Sacha se había tranquilizado, si justo después de desahogarse insultándola o un rato antes, cuando comprendió que Ayane no podía ya dar un paso en la dirección contraria a sus brazos si no era para ayudarlo de algún modo. Si no era pensando en él.

—Ven aquí —le pidió con una mano extendida.

—¿Al agua? Ni de coña. Me da miedo así de oscuro.

A Sacha le divirtió su aprensión.

—¿Desde cuándo te aterra la oscuridad? Lo peor que puede pasarte ya te ha pasado.

Y era verdad. El único monstruo que encontraría en el agua estaba a la vista, y resultaba que no tenía el menor interés en hacerle daño. Era un monstruo relativamente domesticado. Lo suficiente para confiar en él, pero no tanto como para perder el encanto de su condición imprevisible.

Él era lo oscuro.

Oscuro y tentador.

Ayane se desnudó y arrojó las prendas a su espalda con una intención teatral que hizo que Sacha sacudiera la cabeza con un amago de sonrisa. Se adentró en las aguas calmas no muy convencida. Estaba preparada para aferrarse a Sacha en cuanto llegara, pero cuando estaba a punto de alcanzarlo, él se movió hacia las profundidades con la ceja de los retos alzada.

—¿Qué haces? ¡No me vayas a dejar aquí sola, ¿eh?! ¡Que me da miedo!

—No te va a venir mal sentirlo un ratito.

—Eres un... —Dio un respingo al notar una onda cerca del tobillo, como si un pez hubiera pasado nadando a toda pastilla—. ¡Sacha! ¡Como aparezca un tiburón...!

Él se rio de ella a dos, tres metros de distancia, sumergido hasta la barbilla igual que un tiburón al acecho.

—Los tiburones no suelen acercarse a la costa. Y, de todos modos, las especies peligrosas habitan el Pacífico, no el Mediterráneo.

—¿Ahora eres biólogo marino? —rezongó, abrazándose los hombros.

—Además de la fantasía sexual de la nueva novia de tu exmarido, sí —convino con una sonrisa burlona.

—Te tienes que creer muy gracioso —refunfuñó Ayane sin dejar de consultar las aguas, como si la escasa visibilidad fuera a permitirle ver el fondo—. Me largo. Ahí te quedas.

Se dio la vuelta y caminó con torpeza para salir. Supo que él se estaba acercando al oír sus brazadas y ralentizó el paso aposta para que pudiera detenerla rodeándola con los brazos. La

superficie la cubría por las caderas cuando sintió que acoplaba el amplio pecho a su espalda. No fue un abrazo juguetón, sino la clase de inmovilización que se le practicaba al enemigo.

Ayane se estremeció cuando él apoyó la mejilla contra la suya.

—¿Por qué te fuiste sin avisar?

Se lo preguntó con un hilo de voz, como si no quisiera que nadie se enterara, él mismo el que menos, de que era vulnerable.

Ella tragó saliva y cerró los ojos.

—Porque llevamos más de un mes viviendo como si fuéramos una pareja, y... —vaciló—. No sé cómo... Estoy familiarizada con el compromiso de un matrimonio, pero tú eres... Somos compañeros de trabajo, por ponerlo de un modo... suave, y también nos acostamos, y luego eres tierno, y yo soy tierna contigo, y... No es que no sepa qué es lo que quiero o me estés confundiendo, es que soy consciente de la que es tu prioridad y no me gustaría hacerme ilusiones. Tú mismo me dijiste que no habrá un futuro para ti hasta que hayas concluido tu...

—*Malyshka*.

—¿Qué?

—No vuelvas a abandonarme —le ordenó con voz grave.

—¿Has escuchado una palabra de lo que te he dicho? —se quejó, desesperada. Pero el pulso agitado revelaba que algo así era justo lo que necesitaba oír.

—Suelo escucharte a no ser que arranques a decir sandeces.

—¿Qué sandez he dicho ahora, si puede saberse? ¿Y qué coño pretendes al soltar eso de que no te abandone? ¿Es que odias la soledad de repente? ¿O me estás pidiendo exclusividad? ¿Quieres una promesa de amor eterno? Porque, según tengo entendido, eso es algo que tú no puedes darme a mí. Dijiste que no estás en posición de entregarte.

—Yo creo que dije todo lo contrario —ronroneó cerca de su oído, amenazando con derretirla—. Hace no mucho tiempo me pediste que nunca dejara de desearte, y yo te contesté que el amor no se agota. No era una promesa; era algo mucho mejor. Era un hecho.

—El amor no me garantiza que vayas a quedarte conmigo para siempre —balbuceó, sobrecogida por su confesión—. Depende de tu voluntad, no de tus sentimientos.

—No puedo prometerte nada considerando la realidad material en la que nos estamos moviendo, *malyshka*. Mañana, sin ir más lejos, podrían arrancarme de tu lado.

Eso era cierto. Podían matarlos en un ajuste de cuentas en cualquier momento. Era ingenuo pensar que las familias de las víctimas no querrían venganza o que, por más inútiles que fueran las fuerzas de seguridad, permanecerían en el anonimato para siempre.

—Ya ves que nuestro contexto actual, lo de fuera, podría jodernos de lo lindo, pero no voy a subestimar lo que hay dentro de tu cabeza —continuó Sacha—, porque a veces parece que tu exmarido es algo que no va a dejar de pasarnos nunca. O, mejor dicho, que nunca se te va a

pasar.

Ayane estuvo a punto de sacudir la cabeza, pero por mera vanidad se negó a darle el gusto.

—Tú me gustas más —resolvió con aparente indiferencia.

—¿Por qué?

Se lo reservó por pura malicia, para no tranquilizarlo del todo, pero desde el primer momento Sacha había tenido algo que encendía su corazón y su piel; algo que Jace jamás tendría. Y es que la comprendía a un nivel al que ni siquiera ella se entendía a sí misma, y no porque se hubiera esforzado, sino porque su alma la había reconocido en el preciso instante en que la vio. No le habían asustado sus anhelos reprimidos, ni le habían dado asco sus ambiciosas aspiraciones sexuales, ni había deplorado su afán por ser mejor que los demás.

Y había otro detalle que la inclinaba a postrarse ante él.

Jace lo había dejado todo para meterse en la boca del lobo y salvarla de las bestias. Pero Sacha los habría matado a todos uno a uno, como estaba matando uno a uno a los verdugos de su hija.

Después de haber conocido a un hombre así, los demás se le quedaban y quedarían cortos.

Ayane aprovechó que Sacha había aflojado su amarre para darse la vuelta hacia él. La estaba mirando como si no tuviera párpados, de ese modo penetrante que antaño la inquietaba y ahora la hacía regocijarse en su feminidad. En la importancia que sabía que tenía para él.

—Sabes más idiomas —improvisó echándole los brazos al cuello—. Eres más alto... —continuó, deslizando las manos por su nuca húmeda y la espalda, tensa por la dureza de los músculos—. Me llamas *malyshka*... Detalles, ya ves.

Él tuvo que leer la verdad en su sonrisa de abandono; esa verdad que podía acallar verbalmente pero no ocultar de su mirada inteligente, porque dio por zanjada la discusión inclinándose para besarla. Deslizó las manos desde sus hombros hasta las nalgas, y ahí las dejó para atraerla hacia sí.

—En el colegio estudié inglés y castellano —le contó en voz baja, como si le estuviera diciendo guarrerías—, que falta me harían para lidiar con los clientes extranjeros que se acercarían al negocio familiar. De mi padre aprendí el árabe y el francés; de mi madre, el ucraniano y el ruso. Mi interés por el japonés vino más tarde, pero ya tenía facilidad para los distintos alfabetos y no lo encontré muy complicado.

—Así que mi lengua es la única que aprendiste por gusto... —ronroneó ella—. Parecía que te hubieras estado preparando para mí.

Él entrecerró los ojos y curvó los labios, una expresión que le confirió un atractivo innombrable.

—Desde luego, no me habría venido mal tomar un curso de acondicionamiento previo. Y dos o tres vacunas, como las que te ponen antes de que te internes en la selva.

Ayane se rio y se puso de puntillas para volver a besarlo. Pretendía que fuese un contacto divertido, un par de besitos tontos distribuidos alrededor de su boca, pero él la agarró de la nuca con firmeza para que no pudiese escapar de sus furiosas atenciones. Sintió que un calor poderoso la invadía y a la vez la dejaba laxa para él, que parecía haberse propuesto comérsela.

—Qué bien te sientan los celos, Melnyk —se rio entre besos—. ¿A qué sabe Maxine, por cierto?

—Demasiado dulce para mí —respondió con una ronquera sexy—. Yo quiero veneno.

—Y yo también —susurró, y le acarició los labios entreabiertos con el índice—. Por eso estamos aquí.

Lo vio tragar saliva con la vista fija en su boca jadeante. Sacha se agachó para levantarla por los muslos y rodearse la cintura con sus piernas. Ella sonrió como si estuviera borracha y le peinó los mechones rubios acariciándole las sienes con los dedos. Se inclinó para besarlo en la frente, el lateral de la nariz y la comisura del ojo: repartió pequeños besos por todo su rostro, que esa noche parecía el de un niño, joven y sano.

—Te deseo tanto... ¿Cómo puedes dudarlo, crío estúpido? —musitó con ternura—. Si a veces siento que eres tú lo que me ha hecho sobrevivir.

Él le rodeó la nuca con la mano y la acunó dulcemente. Su mirada siempre enigmática, siempre rastreadora, examinó el rostro femenino como si quisiera memorizarlo.

—Has sobrevivido porque tú no puedes morir.

—¿Ah, no?

—No. No puedes morir. No te dejaré.

Ayane había dejado de intentar entender la revolución de su cuerpo en los momentos en los que sentía que Sacha también estaba presente, en los que los dos conectaban. Solo sabía que era tan amada y temida a partes iguales como ella lo amaba y lo temía a él. Necesitaba inventar una manera aún más íntima de fundirse con el hombre que tenía delante, porque nunca era suficiente, pero jamás perdía la esperanza de conseguirlo.

Lo besó de nuevo, esta vez como si así quisiera decirle que lo adoraba, despacio y con una dedicación que pretendía conmoverlo. Sacha la correspondió prodigando a la vez caricias por sus hombros, por su espalda, y tan solo un rato después, como no podía ser de otra manera, estaba enterrándose dentro de ella.

Ayane gimoteó débilmente y se movió como le fue posible, ansiosa por esa deliciosa fricción sin la que ya no sabía o no quería vivir. Él se adentró en las aguas sosteniéndola entre sus brazos para que la gravedad les facilitara el trabajo. Solo se escucharon las ondas que creaban sobre el agua, sus jadeos entrecortados y los besos al pellizcar la piel mientras la embistió paciente y profundamente.

Podría haber cometido una locura, como decirle que lo quería a viva voz, pero no se le ocurrió

arruinar el momento y se dejó llevar.

Capítulo 10

Siguiendo lo que Sacha había señalado como un orden lógico, habían tomado un avión destino Tokio para encontrarse con Takahashi Fuku. La razón que planteó para anteponer el japonés al americano había resultado verosímil: aunque aún no sabían qué sería de ellos una vez completada la lista, ambos estaban seguros de que su periplo no concluiría en el continente asiático, así que carecía de sentido irse a Estados Unidos para volver otra vez desde Japón.

Sacha desconocía si se imaginaba viviendo en Ohio o en Nueva York. Lo que tenía muy claro era que ni en mil años asentaría su hogar definitivo, en el caso de que pudiera construir uno, en ningún rincón de Asia.

En Tokio menos aún.

En su camino al barrio de Sumida, donde se encontraba el restaurante tradicional que regentaba Takahashi, Sacha no podía evitar mirar a su alrededor con una mueca desdeñosa.

De entrada, las ciudades monumentales no le suscitaban emoción alguna; si acaso un respetuoso interés cultural. Por desgracia, la curiosidad que pudiera sentir hacia las antiguas costumbres japonesas moría aplastada bajo el desprecio que le generaba lo que entendía por una sociedad profundamente machista, levantada gracias al colonialismo y la brutalidad hacia sus vecinos y, por qué no decirlo también, sobre unos niveles de pedofilia alarmantes.

Si le hubiera importado un carajo cómo se percibía a sí mismo, le habría avergonzado reconocer que no le habría preocupado la pedofilia si no la hubiera sufrido en sus carnes. Pero a raíz de lo ocurrido, se había empapado de tanta información al respecto que se había convertido en un experto de la materia.

Y no se sentía orgulloso.

La motivación inicial era buscar pistas que lo guiaran hasta Yeva, incluso explicaciones que le ayudaran a comprender por qué le había sucedido eso a ella, por qué le había sucedido eso a él. Era posible que alguna información fuera poder, pero otra clase de datos le habían enviado de cabeza a vomitar en el inodoro y a reventarse los nudillos contra una pared.

Le constaba que más de una agencia de cazatalentos de Japón había cometido abusos sexuales contra los adolescentes que soñaban con convertirse en nuevas estrellas pop. Los padrinos pedófilos de las *boy-bands* estaban a la orden del día. En el último año, el país había roto un récord de casos de abuso infantil en centros sociales: más de ciento veinte mil. Era una suerte que la policía hiciera su trabajo y hubiera logrado desarticular redes de pederastia que habían cometido atrocidades inimaginables para las mentes inocentes. Y si bien era sabido que el estándar de belleza femenino mundial fomentaba los rasgos infantiles, el *anime* japonés en

concreto había convertido los uniformes escolares, la virginidad y los cuerpos aún por desarrollarse en una fantasía oscura que se creían en el derecho de cumplir. A la vista estaban las innumerables medidas de prevención que debían tomar las adolescentes para no ser asaltadas en el transporte público o grabadas en los baños de las estaciones y los centros comerciales.

Algunas tiendas de *merchandising* disponían de plantas de juguetes para adultos que consistían en muñecas hiperrealistas con órganos sexuales listos para el uso que no aparentaban más de diez años de edad.

Solo pensarlo le ponía de un humor de perros.

—Tengo que ir a ver a mi madre —pensó Ayane en voz alta, sacándolo de su inquietante silogismo. Para prestarle la debida atención, Sacha tuvo que enfocar la vista y olvidarse de escudriñar a los hombres con los que se iban cruzando como si fueran culpables del delito—. Sabe que me encuentro bien desde que regresé, pero no sé cuánto más tiempo podré escamotearle la prueba física de que he sobrevivido.

—¿Dónde vive?

—En Minato, muy cerca del barrio de Shibuya. Creo que se mudó allí porque, con la vida nocturna que hay, si sales a pasear al perro te topas con más caucásicos que japoneses. Vivió tanto tiempo en Estados Unidos que supongo que no quería echar de menos a los blancos. O a lo mejor quiere practicar su inglés. —Ayane hizo una pausa para escrutar su rostro—. ¿Te encuentras bien? Estás muy raro desde que hemos aterrizado.

Prefirió no hacerla cómplice de sus pensamientos. Era más norteamericana que japonesa, pero apostaba por que no se tomaría bien su desprecio hacia la cultura asiática.

—Recuerdas lo que nos dijo Red Eye, ¿verdad? —inquirió en su lugar—. Puede que Takahashi no sea un miembro renombrado de la yakuza, pero se mueve en el mundillo y su restaurante estará atestado de gente metida en las mafias. Esto no va a ser tan sencillo como trincar a un millonario en el *jacuzzi* de su suite de lujo.

—Precisamente por estar vinculado a la yakuza debería esperarse que le disparen por la espalda en el camino de vuelta a su casa —replicó ella, encogiéndose de hombros—, pero te concedo que no va a ser tan sencillo. Apuesto a que tiene guardaespaldas.

Sacha se fijó en su semblante sereno, en su caminar relajado. De no haber sido por sus rasgos asiáticos, habría podido pasar por una turista: llevaba todo el paseo admirando la arquitectura de la zona residencial de Mukojima, en la que ya se habían adentrado, y sacando el móvil en cada esquina para capturar el paisaje urbano.

—Te has acostumbrado muy rápido a la vida mercenaria —señaló en tono neutro.

—Que he nacido para la acción lo sabemos todos desde hace tiempo, y no únicamente la acción sexual. Parece que solo me había equivocado de bando.

Sacha la siguió observando de reojo con un mal presentimiento.

El ir y venir de los transeúntes le impedía tener la vista puesta en ella por mucho tiempo; debía girar los hombros para esquivarlos y anticipar el modo de atravesar enormes grupos de turistas. Aquella no era la zona más frecuentada por los amantes de los viajes, pero Tokio seguía siendo la ciudad con más habitantes del mundo.

No terminaba de sentirse cómodo con la implicación de *malyshka* en su historia. Al principio, cuando ella misma demostraba unos lógicos miramientos hacia sus actos y motivaciones, podía consolarse con que el sentido común la haría dar dos pasos atrás en el preciso momento en que la situación la superase. Pero ahora parecía creer que era ella la que superaría todos los obstáculos. Conforme iba reencontrándose consigo misma, esos recelos que formaban parte del instinto de supervivencia iban diluyéndose, abriendo paso a esa condición fundamentalmente temeraria que siempre le había preocupado de ella.

Era consciente de que nada podía detenerla. Nada podía convencerla de hacer algo distinto de su voluntad. Pocos riesgos traía su cabezonería cuando él estaba en plena posesión de sus facultades y podía diferenciar las distracciones de la misión original, porque entonces contaba con la protección incondicional de un hombre capaz de cualquier cosa. Pero ahora que todo se había mezclado, que *malyshka* no era un problema secundario sino una bomba de relojería a punto de saltar de su bolsillo, que el fin de la lista y la hora de tomar decisiones sobre el resto de su vida se acercaban, sentía que su concentración y, por ende, sus habilidades, se estaban viendo perjudicadas de manera significativa.

Se notaba al descubierto. Sus emociones al descubierto. Incluso su miedo, uno que no había sentido en años, quedaba al descubierto.

Malyshka también.

O *malyshka* sobre todo.

—¿Qué te pasa? —insistió Ayane. Había tenido que detenerse ante un semáforo. Miraba a Sacha con una ceja enarcada—. Estás más raro que un perro verde, y eso ya es decir.

Él se limitó a callar, confiando en que la habitualidad de su silencio la aplacaría.

Solía enfadarse cuando ella lo desconcertaba, o cuando sus sentimientos hacia ella lo desconcertaban, pero ya ¿para qué? Debía centrar cada esfuerzo en lo verdaderamente importante. Y, aun así, *malyshka* no se cansaba de jugar con él, la mayor parte del tiempo sin darse cuenta. Su escapada a Cagliari le había causado una conmoción emocional de la que aún se estaba recuperando. No solo porque se hubiera escabullido para ver a su condenado exmarido, sino por el simple hecho de marcharse. De dejarlo atrás sin miramientos. Durante horas tuvo que enfrentarse a la posibilidad de vivir sin ella y todavía estaba tratando de aceptar lo trágica que se le había antojado la sola imagen mental.

Llevaba un buen rato sabiendo que estaba enamorado de ella, pero mientras decidió de forma racional y voluntaria no hacer nada al respecto, se creyó a salvo. Y, además, había cometido la

insensatez de pensar que el sentimiento no podía ir a más.

Pero si lo de antes era enamoramiento, ¿qué diablos era lo de ahora?

¿Qué demonios sería lo de mañana?

Decían que la única emoción más poderosa que el amor era la pérdida, y él se veía de pronto enfrentándose a las dos. Yeva le había obligado a desprenderse de su humanidad, de su individualidad y de sus necesidades vitales para centrarse en la venganza. Ayane le instaba a activarlas de nuevo con todo lo que eso conllevaría: aceptar que su hija estaba muerta y debía seguir adelante. Aceptar que no, no la estaba reviviendo al matar a sus asesinos, y que sus asesinos se acabarían tarde o temprano porque no eran infinitos. Algo aún peor, incluso: *malyshka* le hacía desear algo tan sumamente egoísta como soltar la carga de un dolor insoportable y refugiarse en una belleza y un amor que en teoría no debería volver a querer.

Porque llevaba años viviendo con un principio fundamental por bandera, y era el de que un padre tenía que morir con su descendencia.

Si no en un sentido físico, al menos en el emocional.

Casi respiró aliviado al llegar a las puertas del restaurante. Se trataba de un *ryōtei*, un local establecido en una vivienda japonesa donde, además de servir comida tradicional, se contrataba a las geishas actuales para amenizar las veladas con su compañía o bien sus talentos, que podían variar desde el canto hasta el baile pasando por el uso de un instrumento.

A Ayane le había atraído la idea de disfrazarse de una de ellas. Algunos de los *ryōtei* solo admitían clientela masculina, y Zekkei, el nombre que recibía el local de Takahashi, era uno de estos.

A Sacha no le habría importado hacer la ruta solo. Es más, habría preferido saber a Ayane sana y salva en casa de su madre mientras él agujereaba al hijo de puta bajo su propio techo. Pero *malyshka* había encontrado un desahogo personal en el arte de matar. Y, lamentablemente, mientras esto supusiera una catarsis para ella, no se vería en posición de arrebatarárselo.

¿Con qué pretexto y sin caer en la hipocresía, si a él le movía la misma necesidad?

Sabía cómo se sentía. La emoción no se reducía al momento de la violencia. Comenzaba mucho antes, durante la planificación estratégica. Él se obsesionaba con localizar a los tipos y estudiar sus currículos; incluso acechándolos durante los días previos. Era menester para desempeñar su trabajo con la mayor discreción y limpieza, pero más de una vez había estudiado más de la cuenta con tal de alejar sus turbulentos pensamientos.

Podía entender por qué Ayane se había divertido de lo lindo en el avión averiguando a qué agencia de geishas recurría Takahashi, comprando a posteriori todo el *attrezzo*, cuidadosamente guardado en la funda que llevaba consigo, y cómo se las arreglaría para hacerse pasar por una trabajadora. Tener el control de la situación, ser quien dominara la narrativa, proporcionaba una satisfacción que no se podía sacar de ninguna otra parte.

Y no había que subestimar el poder del entretenimiento a la hora de mantener a raya el desconsuelo.

Sacha había estado en sus zapatos. Había sido ella, esa criatura nerviosa y sobreexcitada ante la perspectiva de matar. Pero quizá porque se acercaba el fin de su viaje, o quizá porque le había curtido la experiencia, ya no se sentía así.

Se sentía un maestro sabio pero demasiado viejo para continuar al pie del cañón.

—Te veré luego —se despidió ella con un guiño, como si solo fuera a cubrir un turno de camarera.

El corazón le dio un vuelco porque él sí era consciente del grado de peligrosidad, y en un arrebató que sabía que podría haberle costado su cariño, la agarró de la muñeca y la apresó en un abrazo.

Malyshka se quedó inmóvil, inicialmente asombrada. Más tarde podría invadirla la decepción y hasta el asco. A una mujer como Ayane no le gustaban los débiles; por eso solo había sido capaz de amar a su marido igual que una enfermera de guerra a un soldado lisiado, desde una superioridad de la que ni ella misma sería consciente. Ya le había demostrado, además, que lo admiraba por su crueldad, un rasgo que no era fingido pero que tampoco era cuanto anidaba en su corazón.

—Ten cuidado —murmuró contra la raíz de su pelo.

Se separó con brusquedad y la dejó a la vuelta de la esquina para entrar en el local como lo que él sería.

Un cliente.

Nada más entrar, lo recibió el aroma del marisco y las verduras al vapor. Como en toda casa tradicional que se preciase, tuvo que descalzarse en la entrada y salvar el escalón que lo conduciría a un pasillo.

Tal y como había consultado en la página web del establecimiento, disponía de habitaciones privadas para diferenciar a la clientela. A pesar de las puertas correderas selladas a cal y canto, se oía el jolgorio de los numerosos grupos de hombres que solían frecuentar esa clase de servicios. Con toda seguridad, empresarios que andaban de celebración o los propios miembros de la yakuza, que siempre tenían algo por lo que brindar.

El suelo crujió a su paso conforme la encargada lo guio a uno de los salones libres. Un olfato desacostumbrado a los olores asiáticos y afinado para captar sutilezas se percataría del leve aroma a juncos, la elástica materia prima del tatami. La iluminación tenue y la educación de la mujer le hicieron pensar que aquel era un restaurante que no le importaría haber visitado para

llevar a cenar a *malyshka*.

Solo a cenar, como hacían las personas normales.

Quiso la casualidad que un cliente corriera una de las puertas cuando Sacha pasaba por su lado. Fue el tipo quien dio el respingo, y, desde luego, no fue porque no estuviera acostumbrado a los sobresaltos, sino porque iba tan borracho que había perdido su agilidad.

Sacha lo reconoció en el acto por los tatuajes tradicionales.

En Japón no era habitual toparse con un sujeto cubierto de tinta; quizá por eso se asociaba el arte de la tinta en la piel a la yakuza. No le habría extrañado que perteneciera a la misma considerando el motivo que los obligó a interactuar por primera y última vez. Aquel era el temible asiático que le tendió el teléfono para que se comunicara con Kincaid.

—Black Russian —balbuceó, arrastrando las palabras—. Qué casualidad.

—Sí.

—¿Qué te trae por aquí? —indagó. El abuso de alcohol le hacía entrecerrar los ojos—. ¿Negocios? ¿Placer?

—¿Al restaurante? La comida, fundamentalmente.

El tipo amagó una sonrisa y cabeceó en reconocimiento del chiste.

—¿Con quién hablas, Goro? —gritó una voz desde el interior.

—Un viejo compañero —respondió en el mismo idioma, japonés con acento de la capital—. Si estás solo, únete a nosotros. Estamos de celebración... Pero preséntate tú. Yo tengo que mear.

Tal era su torpeza que le embistió con el hombro sin querer en su tambaleante estampida hacia el excusado. Sacha lo vigiló por encima del hombro con la legítima duda de si no le estaría tendiendo una trampa. Los mafiosos eran traicioneros por naturaleza, aunque aquel había demostrado ser un mero mandado desde el principio.

Y, para colmo, estaba borracho como una cuba. Aún no había conocido a un hombre que pudiera sacar un arma a una velocidad letal en semejante estado, no se dijera ya planear una emboscada.

Sacha comprendió que era su día de suerte nada más cruzar el umbral. Sentado a la mesa junto con un grupo de mercenarios bien vestidos, se hallaba el dueño del local: Takahashi Fuku.

Soltero. Mediana edad. Obeso mórbido. Su condición física lo habría limitado a la hora de colaborar con la yakuza. Tendría que haberse resignado a ayudar llenándoles el estómago y ofreciéndoles un lugar más donde maquinar con la tranquilidad de pasar desapercibidos.

Se podía figurar que, a diferencia de otros muchos propietarios, la mayoría más humildes que Takahashi, este no se ofrecía a prestarle favores a la mafia porque le hubieran plantado una pistola en la cabeza. Tenía que hacerlo por gusto, o, de lo contrario, ¿de dónde habría sacado una invitación exclusiva a un encuentro de pedófilos?

Diez pares de ojos apuntaron en su dirección.

—Buenas noches. —Acompañó el saludo en japonés de la reverencia de rigor—. Y buen provecho. —Señaló los copiosos platos con un movimiento de cabeza.

Servida en vajillas tradicionales, reconoció los *matsutaké* propios de la estación estival, las anguilas de mar con arroz avinagrado y láminas de besugo crudo con jalea de algas a medio cuajar. Los boles lacados estaban bien surtidos de salsas de soja.

Supuso que al menos cuatro de las seis botellas de sake estaban vacías.

—¿Y tú quién coño eres? —le ladró uno de los borrachos violentos—. ¿Trabajas con Goro?

—Durante un tiempo coincidimos en Shanghái —le concedió antes de tomarse el atrevimiento de sentarse—. Soy el propietario del casino Sajiao.

La expresión del increpador sufrió un cambio radical. No debía ser ningún secreto para gentuza igual de turbia que sus antiguos propietarios que el casino practicaba alegremente el tráfico humano.

—¡Póngase cómodo, hombre! —Palmeó un asiento a su lado. Como era tradición, se habían distribuido en posición de loto en torno a una mesa baja—. ¡Y cuéntenos qué le trae por aquí!

Sacha hablaba un japonés aceptable, pero la inmensa mayoría de los comensales se habría pasado al inglés casi de inmediato con tal de complacerlo. Era mundialmente conocida la debilidad de los asiáticos por los blancos caucásicos. Sus cánones estéticos eran crueles con las mujeres extranjeras, pero no los aplicaban a las personas que cumplían el canon de rubio de ojos azules.

No obstante, Sacha no estaba lidiando con ciudadanos japoneses al uso. Se encontraba en una reunión de la yakuza, y la yakuza tenía un espíritu tan nacionalista que despreciaba todo lo exterior.

Fue de esperar que lo enterraran en preguntas sobre la gestión del casino. No era la primera vez que trataba con los altos mandos del crimen organizado. Entendía su lenguaje y la que era su intención —averiguar si podrían hacer negocios en el futuro, además de adivinar si era o no de fiar—: no en vano había estudiado el comportamiento de sujetos como aquellos durante años para mimetizarse en ambientes turbios.

Cuando se hubieron cerciorado de que estaban ante uno de los suyos, el sutil interrogatorio abrió paso a una conversación más informal que aireaba sin miedo alguno los chanchullos que les ocupaban en el momento.

Si Sacha hubiera tenido vocación de héroe, habría tratado de memorizar nombres y rostros, pero nunca había pretendido colaborar con la policía si no podía obtener a cambio algo más que satisfacción personal o un simple agradecimiento.

La vida criminal le había enseñado que eso de que el desierto estaba hecho de pequeños granitos de arena, de las generosas contribuciones de la comunidad, era pura basura. El desierto estaba plagado de bestias asesinas, de corazones podridos, de hijos de puta capaces de las

mayores calamidades. Incluso si ayudaba a meter a dos en la trena, al día siguiente los habrían sustituido por otro par, y habrían reforzado el tándem sumando tres más por si acaso.

No merecía la pena.

Nada merecía la pena.

Solo si tenías suerte podías engendrar una hija y creer durante un rato que al menos tu mundo era menos cruel. Solo si tenías suerte, podías conocer un día a una mujer, merecerte su amor y optar por luchar por ella.

Pero solo por ella.

Se limitó a comer y beber en silencio. Habló cuando alguno de los comensales se dirigió a él, casi siempre para confirmar que su chiste le había resultado hilarante o cerciorarse de que tenía el vaso lleno. No osó hacer preguntas indiscretas. Procuró, de hecho, no quedarse mirándolos a la cara durante más tiempo del que recomendaba la prudencia.

Takahashi era el único al que de vez en cuando echaba un largo vistazo, y no consumido por el odio, como en la mayoría de sus citaciones. El sake le habría adormilado si no hubiera tenido tan presente su objetivo; Sacha dejaba al alcohol actuar solo hasta cierto punto. Así pues, le había adormecido la ira.

A veces le sucedía sin bebidas de alta graduación por medio. Un ánimo nostálgico le caía encima como una sombra y de pronto le pesaban los hombros, le dolía el pecho y la lengua se le hacía densa, se le pegaba al paladar. Se le aflojaban las muñecas. Le sobrepasaban los años que llevaba haciendo lo mismo, y en lugar de mirar con rabia a la futura víctima, se miraba a sí mismo y se compadecía.

El que había viajado a un rincón desconocido del mundo para matar a alguien en su propia casa era él. El que estaba allí solo, sin un brazo, sin medio corazón, sin su hija, era él.

Esa conclusión que surgía de repente para desestabilizarle era rápidamente silenciada, pero esa noche la dejó estar con una actitud diferente.

Buscó en el rostro de Takahashi algo que le hiciera especial. Algo que le hiciera el mayor terrorista de todos los tiempos. Pero solo veía a un tipo mediocre. A un cobarde. Un saco de huesos recubierto de carne flácida que al final del día, lo mataran o solo se muriera por causas naturales, sería un puñado de escombros. Como él mismo.

Como Yeva.

Un simple mortal, un hombre que todos los días comía, meaba y se hurgaba la nariz había violado a una niña de cinco años porque le había apetecido. Porque ese día se levantó con esa aspiración. Que hubiera sido un príncipe noruego no habría hecho la verdad más soportable, pero la mediocridad que se escondía tras la maldad de los hombres no dejaba de asombrarle. Tampoco la invulnerabilidad con la que se blindaban para creer que merecían infligir semejante horror a los niños.

Sacha lo miraba y lo miraba, dando cortos sorbos a su vaso, y quería preguntarle. «¿Por qué?». Sin animosidad alguna; solo con afán de conocer. Por qué él, por qué su niña, por qué quería hacer eso, por qué no se conformaba con una esposa corriente, con una vida corriente, con una familia corriente. *Por qué*. Quería preguntarle si no pensó que esa niña tendría una madre y un padre. Si no pensó que a esa niña le dolería. Si no pensó que esa niña podría tener un futuro brillante por delante, o nada brillante en absoluto, pero sí el derecho a vivir, y a vivir feliz. Si no la miró a la cara y vio que sufría. Si no se conmovió con eso. Si no quiso suicidarse después. Por qué no se suicidó después. Por qué no se suicidó antes de hacerlo.

Odiaba excederse en la bebida por eso. La pena encontraba grietas por las que filtrarse en cuanto bajaba la guardia.

Y entonces la puerta se abrió y dos geishas entraron.

Sacha agradeció que Ayane se hubiera maquillado copiosamente para la ocasión. Con los polvos blancos, los labios rojos pintados como una reina de corazones y el cabello recogido en el historiado moño que definía la estética de las acompañantes, a la yakuza le habría resultado imposible reconocer a la famosa hija de Kincaid, a la que de todos modos apenas echaron un vistazo rápido cuando pasó de mano en mano la fotografía que ahora, gracias al cielo, estaba en su poder.

A ojos de los presentes, *malyshka* solo era una preciosa criatura envuelta en un kimono de seda. A diferencia de la geisha original que la dirigía, Ayane vestía una prenda florida y un cinturón con un nudo trasero con cola, indicativo de su juventud e inexperiencia: la otra lucía un color más sobrio y un nudo corto.

Sacha se preguntó cómo era posible que supiera andar sobre las sandalias de madera como una profesional si no había vivido nunca en Japón. Luego recordó que era poco lo que sabía sobre ella —solo lo importante— y se dijo que, por una vez, no sería mala idea indagar en el pasado, los conocimientos y las manías de alguien por puro gusto y no para descubrir su punto débil.

Los hombres recibieron a las mujeres con aplausos, en buena parte porque habían entrado con una selección de postres tradicionales y el té que las geishas aprendían a servir con una elegancia envidiada en todo el mundo.

Sacha sabía que no debía centrar su atención en Ayane, pero dudaba que alguien interpretara su fijación como una señal de que la conocía: todos los presentes la habían nombrado su favorita por su atractivo demoledor y por la coqueta torpeza de la que hizo gala al sentarse entre Takahashi y Goro.

Ella, por su parte, estaba tan metida en el papel, incluso sobreexcitada por la importancia de su desempeño aquella noche, que ni siquiera le dirigió una mirada.

Sacha sorbió discretamente los restos de sake de su vaso para hacer hueco para el té. El

yakuza sentado a su izquierda tuvo la gentileza de explicarle qué eran las geishas, por qué se solicitaban sus servicios, y, en un despliegue de sabiduría entrañable viniendo de un tipo de tan dura apariencia, arrancó a parlamentar sobre el significado de los fajines, la diferencia entre *furisode* y *tomesode* y el estilo *taiko* de los nudos.

Él apenas podía concentrarse.

A esas alturas debería haberse acostumbrado a ver a Ayane en medio de un puñado de hombres. Le gustaba ser el centro de atención y que la agasajaran, y sin duda se lo merecía. Pero que se tratara de aquellos hombres, hombres peligrosos, la clase de hombres que le habían hecho daño en Bangkok, en Shanghái, lo mantuvo particularmente alerta y hasta le hizo enfurecerse con ella.

Estaba seguro de que era el deseo de venganza lo que hacía que Ayane se desenvolviera con una naturalidad asombrosa, pero él no quería que tuviera que desenvolverse de ninguna de las maneras.

Al cabo de una primera media hora de charla banal, la única clase de charla que podía mantener un grupo de borrachos, la geisha original y Ayane sirvieron el té y lo repartieron por orden de importancia junto con la bandeja de dulces.

Sacha cubrió el cuenco humeante con la mano y esperó a que todo el mundo estuviera surtido. La pistola empezaba a quemarle en el bolsillo interior de la chaqueta. Quería acabar con ello cuanto antes, pero Takahashi tenía una vejiga de acero, porque era el único que no había necesitado salir a orinar. Habría de esperar a que se marchara a casa o, en su defecto, a que el resto de los invitados lo dejaran cerrando el negocio para finiquitar el asunto de una vez por todas.

Y pensar que apenas un año atrás procuraba retrasarse lo máximo posible para que la lista le durara para siempre y no tuviera que hacer frente jamás a una vida sin un propósito. Quizá seguiría aferrado a esa línea de pensamiento si *malyshka* no se hubiera inmiscuido en su venganza, subrayando sin darse cuenta los riesgos que estaba corriendo no ya él, sino alguien a quien llevaba un maldito año y medio tratando de proteger.

Para nada; tratando de proteger para nada, comprendió al ver que tras un largo y segundo buche al té, Takahashi emitía una tos sorda y se disculpaba por lo bajini. Nadie le prestó atención. Estaban obnubilados con los ademanes elegantes de la geisha veterana y con la astucia de la joven, pero Sacha sí que se percató de que, cuanto más bebía para sofocar la tos, más empeoraba esta. Los carraspeos no tardaron en convertirse en un ataque con todas las de la ley, obligando a actuar al yakuza que tenía a su lado, que procuró resolver el tonto incidente con un par de palmaditas en la espalda.

Takahashi se llevó la mano al cuello con los ojos inyectados en sangre, a punto de salirse de las cuencas, y ahí fue cuando todos los presentes, incluida Ayane, dejaron lo que estaban

haciendo para preocuparse.

Ella intentó ayudarlo frotándole la espalda y dándole a beber de su propio té, pero para ese momento el japonés había empezado a vomitar sangre sobre la mesa, sangre mezclada con sake y con algunos restos de comida.

Ninguno de la yakuza hizo el menor esfuerzo por echarle una mano, como si supieran de antemano cuál era la conclusión inevitable: que Takahashi se derrumbara sobre la mesa con los ojos fuera de las cuencas, las comisuras de la boca salpicadas de espumarajos y dos hilillos de sangre manando de la nariz.

Cuando se extinguieron los gritos de espanto de las dos geishas, un silencio más solemne que violento se asentó en la estancia.

Para cerciorarse de que estaba muerto, el yakuza sentado junto al cadáver aún caliente lo agarró del pelo y le levantó la cabeza del plato de dulces.

—Nunca ha sabido cuándo dejar de comer y beber, ¿eh? —comentó con desdén.

Un par de invitados se echaron a reír.

—Pero... pero... —balbuceó Ayane—. ¿Qué ha ocurrido?

—Veneno —resolvió Goro, contemplando el cuadro con la boca torcida en una mueca de asco—. Mucho estábamos tardando en quitarnos a este cerdo de en medio. Siempre me ha molestado cómo se ríe. Parecía un jodido cerdo en el matadero.

—Y empezaba a oler mal a partir del segundo plato —corroboró un segundo yakuza.

—Alguien tendría que ir a echarle un vistazo a su testamento, no vaya a ser que perdamos nuestro punto de encuentro. ¿Le habrá pasado el *ryōtei* a su hijo? —planteó un tercero—. Joder, el hijo... Nos pedirá que vengamos a su padre.

—No si lo ha envenenado su mujer. Suri es la que está en la cocina, ¿no?

—Ni se te ocurra ponerle un dedo encima a Suri, desgraciado —le regañó el que parecía el cabecilla—. ¿Dónde vas a encontrar un plato de marisco fresco como el suyo sin tener que trasponer hasta Hokkaido?

—Es verdad... —Un tipo con un tatuaje en el cuello cabeceó—. Pero si no ha sido alguno de vosotros, alguien tendrá que pagar el pato.

—Por eso no hay de qué preocuparse —resolvió Goro. Sacó una pistola reluciente del bolsillo trasero del vaquero, donde había estado marinándose toda la noche, y apuntó a la cabeza de la geisha veterana. Sin pedir permiso u opinión, le voló la cabeza de un disparo y la volvió a guardar donde estaba. Entonces clavó una mirada turbia en Ayane—. Has tenido suerte de ser la guapa.

Acto seguido, se levantó y el resto de los yakuza lo imitaron. No se molestaron en dejar aunque fuera una propina y, uno a uno, fueron abandonando la habitación sin registrar ni a Sacha ni a Ayane, que se había quedado helada.

En cuanto se extinguió el eco de las conversaciones y carcajadas desahogadas, el esclavo cerró los ojos un momento para reprimir un estallido colérico. En completo silencio, depositó cien mil yenes sobre la mesa, se puso en pie y esperó a que una *malyshka* aturdida y tambaleante lo replicara para abandonar el *ryōtei* antes de que la yakuza cambiara de idea y volviera sobre sus pasos.

Apenas habían cruzado el umbral de salida cuando el grito de espanto de la que presumió esposa del muerto cortó el aire. Sacha no miró atrás y se aseguró de que Ayane tampoco lo hacía cogiéndola de la muñeca y guiándola como si de una niña caprichosa se tratara hasta el corazón del barrio de Sumida.

Una vez estuvieron resguardados por el enjambre de abejas que era Tokio en horario nocturno, Sacha rompió el silencio con la vista clavada al frente.

—Cómo cojones se te ocurre.

—¿Qué? —balbuceó, perpleja y todavía demasiado conmocionada para siquiera enfocar la mirada—. ¡Te juro que no he sido yo! ¿Cómo iba a envenenarlo? ¿Con qué? ¡No entiendo nada de venenos!

Sacha le dirigió una mirada perdonavidas.

—No me mientas, Ayane.

—¡No te estoy mintiendo! ¡Pensaba que habías sido tú!

—Tampoco me insultes. Puedo ser lo suficientemente estúpido para meterte en la boca del lobo cuando pareces tan desesperada por matar que pierdes el sentido común, pero no lo bastante para verter veneno en una tetera que irá a un salón atestado de yakuzas.

—El veneno no podía estar en la tetera, o de lo contrario habrían muerto todos. No sé cómo ha podido pasar, no sé de qué... Y Sakura... —La voz se le apagó—. Sakura era una buena mujer. Le han disparado como si nada, le han...

Sacha observó que se frotaba las manos con angustia y no paraba de balbucear.

Estuvo a punto de sonreír con alivio.

El peligro que había corrido le había caído del cielo para demostrar su argumento.

—Cuando te dedicas a esto, la gente inocente muere. Y no por causas naturales —señaló, confiando en meterle el suficiente miedo para que se apeara del barco—. A veces, incluso, es uno mismo el que debe meterle una bala en la cabeza al que no se lo merece para llegar hasta el que sí. Tendrás que acostumbrarte si pretendes dedicar tu vida a acabar con los malos.

Ayane alzó la mirada hacia él. Se había toqueteado la cara con nerviosismo y ahora tenía el maquillaje cuarteado.

—¡No pretendo dedicar mi vida a acabar con los malos! —jadeó—. Solo te estoy ayudando. Una vez termines, yo... yo... —Tragó saliva—. No sé qué es lo que voy a hacer, por eso me he centrado en el objetivo actual. Por eso me he... volcado en él tanto como tú.

—¿Entonces? ¿Qué pretendes hacer? Porque solo nos queda uno.

Se estaba dirigiendo a ella, pero en el fondo se lo repetía a sí mismo.

Le costaba creer que estuviera tan cerca de la línea de meta, y sobre todo se le complicaba aceptar que allí no le esperaba ninguna satisfacción.

No de las que podían prolongarse en el tiempo.

Ayane echó un vistazo a su alrededor, como si en los caminares apresurados de los tokiotas fuera a encontrar una solución a sus males. Tenía un aspecto frágil y desamparado, el mismo que cuando le confesó en un avión destino Texas que se marchaba con él porque nadie le estaba esperando en ninguna parte; porque no tenía ningún otro sitio al que ir. Debía de haberse dado cuenta de que el futuro estaba cogido con pinzas, y de que no pintaba mucho mejor que cuando despertaba cada mañana en un casino de Shanghái.

—No... lo sé... No lo sé —reconoció. Alzó la mirada hacia él—. ¿Qué vas a hacer tú?

Esa era una excelente pregunta.

No podía prometerle una respuesta de excelencia similar.

No podía prometerle una respuesta, a secas.

Pero la vio tan asustada por lo que acababa de presenciar que tuvo que apiadarse de ella y ofrecerle un consuelo temporal.

Le limpió con la yema del pulgar uno de los lamparones de maquillaje.

—Algo se nos ocurrirá.

[La historia sigue en...](#)

EL AMOR

Clandestino 8

ELEANOR RIGBY

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)

ENCUÉNTRAME EN
INSTAGRAM
@TONTOSINOLEES

^[1] Perdido en la niebla, me temo que todavía puedo caer más bajo. Es peligroso, porque lo quiero todo y no me importa lo que cueste.

^[2] Dejaré que el mundo arda, dejaré que el mundo arda por ti. Así es como siempre tuvo que acabar.

^[3] Chica, me haces daño. Sabes que me encanta, sí, te quiero. No hay nada mejor para mí ahora que tu veneno, nena. (*Poison*, Brent Faiyaz)

^[4] «Querida mía».

^[5] Oh, bendice mi corazón cuando los lobos me lleven, no te derrumbes cuando regrese de mi tumba. Olvida mis encantos; nunca volveré a ser la misma. Hemos llegado tan lejos solo para volvernos locos. (*Don't Go Insane*, DPR IAN).

^[6] «Labios de diosa» en japonés.

^[7] Eres la fría prueba inescapable, eres la maldad, el camino en la vida y la verdad, eres el comienzo del resurgimiento y el genocidio, y yo observo maravillada (...) Si no hay nada salvo dolor, ponlo sobre mí. (*Put It On Me*, Matt Maeson)

^[8] Ha sido una noche dura y he estado durmiendo como un tronco.

^[9] Hay capas en este cuerpo, sexo primitivo, vergüenza primitiva. Me dijeron que debería taparlas, así que me fui en la dirección contraria. Estaba intentando empoderarme, todavía estoy

tratando de hacer que funcione; al menos eso le da a los periódicos algo sobre lo que escribir. Y tú te atreves a llamarme loca; ¿acaso has mirado a tu alrededor?